

CATECISMO
DE
LOS ADULTOS,

Ó SEA
ESCUELA RELIGIOSO-FILOSÓFICA,

COMPUESTA POR EL LICENCIADO

D. ANTONIO ALVAREZ CHOCANO,

vecino y Abogado de la Villa de Estepa.

Segunda edicion.

SEVILLA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO Á CARGO DE JUAN MOYANO,
CALLE DE FRANCOS NÚM. 42.

1845.

CATECISMO

DE

LOS ADULTOS.



Al 9 a
2

CATECISMO
DE
LOS ADULTOS,

Ó SEA

ESCUELA RELIGIOSO-FILOSÓFICA,

compuesta por el licenciado

D. ANTONIO ALVAREZ CHOGANO,

VECINO Y ABOGADO DE LA VILLA DE ESTEPA.

BIBLIOTECA

Facultad de Teología

Compañía de Jesús

TOMO II.

GRANADA

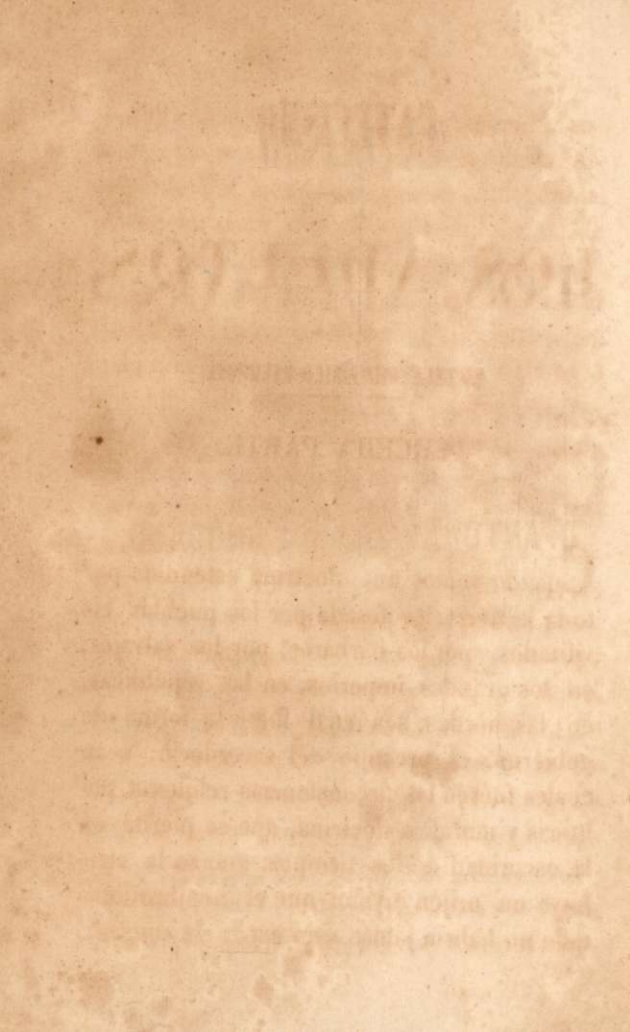
136790

SEVILLA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO A CARGO DE JUAN MOYANO
Calle de Francos, núm. 42.

1845.

2ª ed. en cubierta



CATECISMO

DE

LOS ADULTOS,

Ó SEA

ESCUELA FILOSÓFICO-RELIGIOSA.

TERCERA PARTE.

Cuando vemos una doctrina estendida por toda la tierra; profesada por los pueblos civilizados, por los bárbaros, por los salvajes; en los grandes imperios, en las repúblicas, en las hordas; sea cual fuere la forma de gobierno, el prestigio del sacerdocio; sean cuales fueren las circunstancias religiosas, políticas y morales: doctrina, que se pierde en la oscuridad de los tiempos: que se la atribuye un origen divino: que el hombre limitado no habria jamás sido capaz de conocer,

y cuya suposicion no le hubiera ocurrido; parece, que notamos en ella el sello de la divinidad. Y si esta doctrina es de la mayor importancia: si su certeza ó falsedad decide de la justicia y de la moral, de la felicidad del hombre en esta vida y en la otra: si enlaza al mortal con Dios, elevándole hasta los cielos; le dá una dignidad, que es la fuente de todo lo sublime de sus ideas, de todas las grandes concepciones, de los altos pensamientos, de esa majestuosidad, con que se alza sobre la tierra, y toca con su espíritu y recorre los ámbitos del empíreo; aseguramos, que solo una revelacion ha podido enseñarla á los hombres: que estos la han recibido de Dios.

Pues hé aquí lo que sucede con el dogma de un Mesias, de un Salvador, que habia de venir á la tierra, para levantar al caido linaje humano, que yacia, privado de la felicidad de la gracia, colocado en el estado de justicia, en que tan poco tenia que esperar de su estremada flaqueza.

No digan los judios, posteriores á Jesucristo, que ellos debian esperar un gran con-

quistador, un príncipe terreno. O están ciegos, ó mienten con la mayor desvergüenza, queriendo escapar del peso de las profecias, que les abruma.

Obrando ya por espíritu de partido: impulsados de pasiones, que le son tan fatales, se esfuerzan en desfigurar todo lo que sirve para convencerles; y se esfuerzan, porque es necesario que tambien acerca de ellos se cumplan las profecias.

Los judios esperaron á un rey espiritual y eterno, sacerdote eterno, pobre, abatido, lleno de dolores, la gran víctima, de que las demas eran figuras, el verdadero cordero pascual, que con su sangre habia de salvar al género humano. Eso esperaron, y solo desde que vino han torcido el verdadero sentido de las Escrituras, con las que los convertidos, los cristianos comprobaban la razon que tenian, para acusarlos de deicidas.

Esperabánle, como los demas pueblos del mundo, y mas iluminados que todos: pues no atenidos á las tradiciones antediluvianas, que emanaban de una revelacion jenérica

poco circunstanciada, los judios poseian preciosos libros de varones santos de su pueblo, que recibieron la gracia de la inspiracion; y anunciaron del Salvador el tiempo, sus caracteres todos y los resultados de su venida.

Chocante hubiera sido que con mas datos ignorasen lo que las demas naciones sabian: si, las demas naciones; porque la esperanza de un Reparador consolaba al género humano desde Cabo-Horn hasta el Noresta, desde Cabo Oriental hasta el del príncipe de Gales, viniendo hácia el Occidente.

Los judios seguramente no estuvieron privados de tales tradiciones; y con todo eso quiso Dios favorecerles con revelaciones particulares; desde que apartó de los corrompidos caldeos al gran pastor que habia de ser padre de este pueblo.

El Talmud Jerosolimitano, que es la explicacion mas antigua de la Misnah ó de la compilacion de las sentencias de los profetas y sabios antiguos desde Moisés hasta Rabi Judá Hanasí, que vivió en tiempo del emperador Antonino, trae cuatro articulos, en los

cuales se encierra la fé judáica; y el último es, que el Mesias ha de venir.

El Talmud babilónico, que tambien explica la Misnah; que es posterior al otro, y atestado de fábulas, admite los cuatro artículos, á los que él añade hasta trece; siendo el 12.º que todavia no ha venido el Mesias, que Dios prometió.

El Zohar, que es uno de los libros de los cabalistas, compuesto por Rabí Simeon y su hijo Rabí Eleazar ó Eleasor, y comprende una oscura explicacion de la Biblia, habla de la maldicion de la serpiente, á quien se condena á que el hijo de la mujer quebrante su cabeza, en los mismos términos que hablan los santos padres; siguiendo en esto el Zohar la explicacion de los antiguos Rabinos.

El judio convertido Heydeck, que no podrá acusársele de ignorante en cuanto concierne á los sagrados libros; teniendo la circunstancia de poseer las lenguas orientales, asegura en su tomo 1.º páj. 48 y 49, que «la constancia de los profetas del Señor, su «estilo singular y admirable, la simplicidad

«divina de sus palabras, la sublimidad de sus
«ideas, las espresiones enérjicas, la grandeza
«de los asuntos de que tratan, nos aseguran
«la divinidad de su inspiracion. Sus cánticos
«están llenos de dulzura y suavidad, llenos
«de gloria y magnificencia, llenos de armo-
«nía divina y éstasis: sus amonestaciones lle-
«nas de amor y cariño, de celo y de fuego
«celestial: sus profecias proferidas con cer-
«teza, con ardor, con deseo, con fé segura y
«confianza: la magestad resplandece en sus
«obras, y la gloria divina está conocida en
«ellas. El principal objeto de sus profecías
«era el grande y admirable suceso de la ve-
«nida del Mesías.»

En una nota, citando el pasaje Sanhedrin, cap. 9, pone el testo hebreo de la declaracion hecha por los rabinos, que vertida por él al castellano, dice: «Todos los profetas
«no tenian otro fin en sus profecias, sino la
«venida del Mesias; y todo lo que anuncia-
«ban, se dirigió á la redencion.»

Rabi Salomon (in Dan) conviene en que la piedra, que sin mano se desprendió del

monte, y destruyó la imájen y el reino de la idolatria de Babilonia, es el Mesías, el Salvador del mundo.

No han parado en esta confesion: han pasado á decir, que el pecado de Adan no se perdonará, sino por medio del Mesias, ó por el sacrificio del Mesias; esplicando así el Talmud y el Zohar las palabras del cap. 53 de Isaías.

Apremiados los rabinos por las palabras de los profetas, en que anuncian al Mesias, pobre, abatido y muerto; y queriendo que fuese un conquistador mundano, tuvieron la ocurrencia de suponer dos Mesias, uno de la tribu de Judá y familia de David, que seria glorioso; y el otro de la de José, que seria aflijido. Y claro es, que para esta suposicion habian de violentar las profecias, y salvar por los graves inconvenientes, que á tan peregrina ocurrencia ellas oponen.

Pero, ¿qué necesidad tenemos de consultar á los Talmudistas y Cabalistas, ni á los rabinos anteriores? Ahí están las profecias mismas: ellas claramente anuncian al Mesias;

y lo anuncian de una manera, que no deja lugar á la duda.

Es verdad que segun se observa, muchas veces se presenta el anuncio del Mesias, envuelto en otros, ó en relaciones de hechos de aquellos tiempos; porque los profetas dejaban escapar ciertos rayos luminosos en el momento de la inspiracion; no siendo aquellos dueños de las ideas que presentaban, y del órden en que iban colocadas. Por eso suele aparecer mezclada la profecia de hechos, entre los que media un gran espacio, de figuras con sus figurados.

Pero sin necesidad de examinar esos cuadros, para sacar de ellos todo lo concerniente al Mesias, los profetas nos anunciaron á este Salvador; y el objeto de sus anuncios se descubre á la vista menos perspicaz.

Desde que Dios pronunció su fallo de condenacion contra Adan, Eva y la serpiente engañadora, dejó vislumbrar la venida de un Reparador: y esta idea, recibida entonces; robustecida tal vez con nuevas revelaciones; pasando por tradicion oral, que fa-

vorecia la larga edad de los antediluvianos, se gravó en el corazon de los hombres, y corrió con ellos en todas latitudes y lonjitudes, formando asi un dogma universal, que no se borró jamas; que se consignó en documentos públicos, y vino á los tiempos históricos, para que se perpetuase en la mas remota posteridad su memoria.

«Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre su descendencia y la tuya. Ella quebrantará tu cabeza, y tú insidiarás su calcañal.» Esto dijo Dios á la serpiente infernal en el paraiso, y ya comenzó á vislumbrarse al Mesias. La herida de cabeza figura un golpe de muerte; la del calcañal una ofensa leve. Asi se anunció la muerte del pecado por medio del hijo de la mujer. «Entre tu hijo y su hijo» dice la version caldaica.

Habiendo separado Dios á Abrahan, para que fuese padre de aquel pueblo de donde habia de salir el Salvador, le dice: «En tí serán benditas todas las gentes de la tierra (cap. 12 vers. 3). Cuando iba Dios á destruir á Sodoma, reveló á Abrahan su deter-

minacion, diciendo antes: «¿por ventura, pondré yo ocultar lo que pienso hacer, á Abraham, cuando pienso hacerlo célebre por una grande y robusta descendencia; y cuando en él han de ser benditas las naciones todas de la tierra?» Cuando Dios puso á Abraham á la gran prueba de que sacrificase á su propio hijo; y este patriarca se prestó obediente á ella, dijo Dios: «por mí lo he jurado: porque esto hiciste, y por mí no perdona te á tu unijénito hijo, te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que se halla en la ribera del mar. Poseerá tu posteridad las puertas de sus enemigos, y en tu descendencia serán benditas todas las gentes de la tierra, porque obedeciste mi voz.» (cap. 22.)

Muerto Abraham, recibió su hijo Isaac el depósito de esta gran promesa. Se le repitió el anuncio del Mesias que saldría de su estirpe, y no de la de Ismael, su hermano de padre. «A ti y á tu descendencia daré todas estas rejiones; cumpliendo el juramento que

«hice en favor de tu padre Abraham. Y multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo; y daré á tus descendientes todas estas rejiones; y en tu descendencia serán benditas todas las gentes de la tierra.»

Como Isaac tuvo dos hijos, Dios se dirige á aquel de quien habia de hacer salir al Mesias; para que no se pueda dudar, á cuál de las ramas de aquel tronco habia de corresponder tan gran dicha. Consuela á Jacob, cuando huia á la Mesopotamia, y le dice: «Yo soy el Dios de Abraham tu padre y el Dios de Isaac. A tí y á tu descendencia daré la tierra en que duermes. Será tu semilla como el polvo de la tierra. Te estenderás hácia el occidente y oriente, hácia el septentrion y mediodia; y en tí y en tu descendencia serán benditas todas las tribus juntas de la tierra.»

Claramente se ve aqui, que no seria un guerrero el que vendria á cumplir esta feliz promesa: que no seria uno de estos hombres feroces, coronado de laurel, manchado de sangre de millares de desgraciados: que no

seria un conquistador, que á costa del reposo, de la propiedad, de la libertad, de la vida de los demas hombres, engrandeceria á los judios; sino al contrario, un bienhechor del género humano, que vendria á derramar igualmente sobre todos los pueblos las bendiciones del cielo; que como eternas, han de ser espirituales, ademas de la tranquilidad y placer puro y verdadero que en esta vida las acompañan.

Cuando estos patriarcas no componian mas que una pequeña familia, se les anuncia que despues de padecer por cierto número de años la servidumbre bajo los ejipcios, adquiririan la libertad: serian dueños de aquel pais, en que las promesas fueron pronunciadas; y formarían sus descendientes un pueblo numeroso. Esta es la parte transitoria y temporal, á la cual sigue la eterna, «que todas las naciones de la tierra serian benditas en su semilla, en uno de su posteridad.»

Jacob, de quien habia de salir el Mesias, estando en el lecho de la muerte, no aterrado y aflijido como suele suceder á los hom-

bres; sino tranquilo, resignado y contento; sin perder aquel carácter grave y sublime que solo Dios puede imprimir y conservar; que jamás se puede contemplar sin admiracion, reúne á sus hijos para anunciarles lo que habia de suceder en los posteriores tiempos. No da la preferencia á Ruben su primojénito, ni á José el virtuosísimo, que de tantos bienes le colmara, ni á Benjamin, que tan amado era de su corazon. No; Jacob no era mas que el conducto por donde Dios anunciaba á su Mesias; y las afecciones particulares del padre no alteraban la verdad. Jacob dice lo que Dios le inspira.

Cuando llega su vez á Judá su cuarto hijo, se espresa asi: «Judá, tus hermanos te
«darán alabanzas. Tu mano caerá sobre las
«cervices de tus enemigos. Los hijos de tu
«padre te adorarán. Judá, cachorro de leon:
«á la presa, hijo mio, subiste. Descansando,
«te recostaste como un leon y como una
«leona. ¿Quién le despertará? No será quita-
«do el cetro de Judá y el gefe de su descen-
«dencia, hasta que venga el que ha de ser

«enviado, y este será la espectacion de las gentes.»

El testo hebreo dice: «La vara no se apartará de Judá, ni lejislador de entre sus pies, hasta que venga Schiloh, y á él la obediencia de los pueblos.»

El Targum de Onkelos, dice parafraseando: «No será quitado el príncipe de la casa de Judá, ni el escriba de los hijos de sus hijos para siempre, hasta que venga el Mesias, á quien el reino pertenece; y los pueblos le obedecerán.»

El testo de los samaritanos, se espresa de esta manera: «No será quitado el cetro de Judá, ni el gefe de entre sus estandartes, hasta que venga el pacífico; y los pueblos le obedecerán.»

El Septante: «El comandante de Judá no faltará ni el gefe de su familia, hasta que venga lo que le está reservado; y esta es la espectacion de las naciones.»

La version siriaca dice lo mismo que el Septante; y en todas las versiones antiquísimas hay una admirable conformidad. Este

nombre misterioso Schiloh parece al Jehová, que nadie sabia su propio significado; nadie conoció su esencia; pero todos admirablemente concuerdan en traducirlo de un modo conveniente al Mesias: todos buscaron el equivalente en nombres, bajo los cuales el Salvador fué anunciado: el Enviado, el Mesias, dueño del reino, el pacífico, el que está reservado, la espectacion de las naciones, etc.

Muchos comentadores explicando esta profecia, han observado, que el príncipe del Sanhedrin fué siempre de la tribu de Judá; lo cual aparece de una constante tradicion. Otros han considerado que el mando que tuvieron los Macabeos, era el que á Judá correspondia, y por las circunstancias de aquel pueblo fué ejercido por tan eminentes varones; siendo al fin el cetro de Judá. Otros sostienen que el tiempo de usurpacion no debe contarse; y que Herodes fué no un rey, sino un tirano, puesto alli por los conquistadores romanos; hasta que á poco del nacimiento de Jesucristo el pueblo le reconoció,

y entónces se pudo decir que habia concluido el cetro de Judá.

Todo esto esplica la profecia; todo está bien dicho. Pero yo me atengo á las juiciosísimas observaciones del abate Pluche, en el tomo 15 de su Espectáculo; y muéveme á ello, ademas de dichas observaciones, la reflexion de que en tiempo de Jacob ni los hebreos habian tenido rey, ni parecia que habian pensado tenerlo. En tiempo de Moises tampoco lo tuvieron; y sí jueces, que eran los propios gefes de aquel pueblo. Mas adelante fué cuando por el capricho de imitar á otros, ocurrió á los judios tener un rey.

Natural era, pues, que Jacob hablase de unos gefes propios de la clase de gobierno, que Dios por medio de Moises estableció en su pueblo escojido.

Ya hemos dicho, que el hebreo pone vara en lugar de cetro; y esta vara Schebeth, de quien probablemente viene el Suptron de los griegos y el Scipio de los latinos, es una palabra cuyo sentido varia segun la calidad del que lleva aquella insignia, que casi siem-

pre lo es de mando, direccion ó presidencia. Es, pues, un báculo para apoyarse, un cayado, un baston, un cetro: y en el caso presente denota la señal distintiva de un gefe ó cabeza de familia ó tribu, que tiene el cargo de enumerarla; un Mehokek, palabra muy conocida y frecuente en la Sagrada Escritura.

Este nombre se dió á los cabos de las tropas, que contra Sisara vinieron al socorro del pueblo judio, y á los principales que en las ceremonias á que concurría aquel pueblo le conducian. Tales directores usaban un baston honorífico; y llegó á figurar á la reunion misma, que bajo tal insignia marchaba. Débora felicita á las cabezas de las familias de Maguir ó de la media tribu de Manasés, que habitaba al otro lado del Jordan, y tambien á los comandantes de Zabulon, que vinieron al socorro de Barac, al frente de sus tropas; teniendo en la mano el baston ó cetro que caracterizaba al oficial diputado, para la enumeracion del ejército, «cum baculo numerantis, censentis populos.»

Cuando en el desierto se hizo la apertura del pozo, que Dios manifestó á Moises, cantaron los israelistas: (Núm. 21, 17 y 18.) «Suban las aguas de este pozo. Cantad el feliz descubrimiento de este pozo, que los gefes de Israel hicieron abrir; y á cuyo trabajo asistieron los principales del pueblo, teniendo al frente á su conductor, y llevando sus bastones en la mano. Cum præside et cum baculis suis.»

Cuando se disputó en el desierto sobre la perpetuidad del sacerdocio en la familia de Aaron, tuvieron las doce cabezas de las doce tribus de Israel orden de ir al Tabernáculo, para consultar al Señor; llevando otros tantos cetros, cuantos eran los gefes y cuantas eran las tribus convocadas. Cada gefe llevaba el suyo. Nason tenia entónces el cetro de Judá. Al de Aaron llamaron vara ó cetro de Leví, que fué el que se floreció á presencia del Arca, y se depositó en el Tabernáculo. Los otros gefes tomaron cada uno su cetro.

Tan cierto es, que bajo este nombre vara

ó cetro se entendia toda una tribu, ó un cuerpo sometido á la direccion de un gefe, que llevara tal insignia, que á Aaron se dice: «Une contigo al Tabernáculo á todos tus hermanos, á toda la vara de Leví y al cetro de vuestro padre.» Los doce cetros de Israel significan las doce tribus, descendientes de Jacob. Los dos maestros á quienes Moises encargó la direccion de las obras del Tabernáculo, dice la Escritura, que eran Hooliab del cetro de Dan, y Bezeleel del cetro de Judá. (Exod. 1.) En fin, á cada paso se encuentra en la Escritura, y siempre bajo tal sentido, la palabra cetro.

Conque el cetro de que habla Jacob, cuando no pensaba en la posibilidad de que los hebreos tuviesen rey, es el cetro ó baston de tribu, el cetro que significa la tribu misma, y que se mantendria mientras la tribu existiese.

Conque el Mesias que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente, aquel hijo de la mujer, descenderia de Abraham por Isaac, de Isaac por Jacob, de este por Judá; y ven-

dria al faltar el cetro ó vara de esta tribu, el gefe de ella; al ir á deshacerse, confundirse y perder su nombre la tribu, que no se confundió cuando las demas; la tribu que andando el tiempo, habia de quedar sola entera.

Judá formó al fin el pueblo judio, que hasta el nomdre tomó de esta tribu: Judá dió sus majistrados: Judá se mantuvo en cuerpo; y cuando dejó de estar asi, cuando se deshizo, vino un personaje que se miró como el Deseado, la Espectacion de las naciones; y los pueblos en general comenzaron á tributarle adoracion; por cuyas señales, segun la profecia de Jacob, debemos conocer al Mesias. Ya en esta profecia va apareciendo el carácter sacerdotal del que se esperaba: se confirma la figura de Melquisedec, por quien se dijo del Cristo: «Tú eres eterno sacerdote segun el órden de Melquisedec.» En esta profecia de Jacob, se dice de ese gran personaje, que «lavaria en vino su estola, y en la sangre de la uva su palio.»

El precepto de la celebracion de la Pascua, del sacrificio de aquel cordero, cuya

sangre libertó de la matanza del ángel al pueblo judío; de aquel cordero misterioso, cuyos huesos no debían romperse, es una clara profecía del pacífico, de la gran víctima cuya sangre abriría las puertas de la gloria, liberando del pecado, y cuyos huesos no debían ser quebrantados.

Balaam, extranjero, profetizó también de Cristo á despecho del rey Balac, que le hizo ir para maldecir á los hebreos. «Lo veré, dice, ó lo veo; pero no el modo:» es decir, no veo cómo será: «lo contemplo; pero no «cercano. Saldrá una estrella de Jacob: se «levantará una vara de Israel.... De Jacob «será el que domine y pierda las reliquias de «la ciudad.» La version caldaica, dice: «Se «levantará de la casa de Jacob, y será unji- «do el Cristo de la casa de Israel.»

Cuando Dios manda á Moisés ir á Egipto para salvar al pueblo escogido; considerándose incapaz de ello aquel varón admirable, dice: «Señor: suplicote que envíes al que has de enviar.»

En el cap. 18 del Deuteronomio previe-

ne Moises al pueblo hebreo, que no imite las supersticiones de los demas: que no tenga esplicadores de ensueños, augures, encantadores, adivinos, ni busque de los muertos la verdad: que todas estas cosas las abomina Dios: que sea perfecto y sin mancha: que solo á Dios oiga. Luego dice: «El Señor tu «Dios te suscitará un profeta de tu gente y «de entre tus hermanos, asi como yo: á este «oirás como pediste á Dios en Horeb.... y el «Señor me dijo: Un profeta les suscitaré de «enmedio de sus hermanos, semejante á tí; «y pondré mis palabras en su boca, y hablaráles todo lo que le prevendré. Aquel «que no quiera oir las palabras que en mi «nombre dirá, aqui estoy para castigarlo.»

Aqui es donde Dios manda matar al falso profeta; y dice, que se conocerá que un profeta es verdadero, si se cumple lo que anuncia.

Despues de haber dicho Moises que Dios levantaria un profeta de enmedio de sus hermanos, á quien todos deberian oir, el cual predicaria los preceptos de Dios; y

que el que no lo quisiera oír, sería castigado, profetiza en el cap. 18 del Deuterón. la desobediencia de los judíos á este gran profeta, y los castigos horribles que por esto sufrirían. ¡Y qué modo de profetizar! Parece que se lee la historia de los judíos después de la muerte del Cristo, con todos los accidentes espantosos, con todos los rasgos orijinales de ella.

«Serás perdido. Tu perdición pasará en
«proverbio. Serás la fábula entre todos los
«pueblos, en que el Señor te introducirá.
«Sembrarás mucho y cojerás poco; porque
«las langostas lo devorarán todo. Plantarás
«viñas y las cavarás; y no beberás el vino,
«ni de ellas cojerás; porque todo será pasto
«de gusanos. En todos tus términos tendrás
«olivos; y no te podrás untar con aceite, por-
«que desfallecerán y perecerán. Enjendrarás
«hijos é hijas, y no los gozarás; porque serán
«llevados en cautiverio. La tiña consumirá
«todos los árboles de tu tierra.

«El advenedizo que contigo habite en la
«tierra, te sobrepujará, y será mejor que tú.

«Tú descenderás y le serás inferior. Él te
«esplotará y no será esplotado por tí. Él esta-
«rá en la cabeza y tú en la cola. Vendrán
«sobre tí todas estas maldiciones; y los que
«te persiguen, te oprimirán hasta que muer-
«ras; porque no oíste la voz del Señor tu
«Dios; ni observaste sus mandatos y las ce-
«remonias que te prescribió.

«Y se verán en tí para siempre y en tu
«descendencia signos y prodijios; porque en
«la abundancia de todas las cosas no has ser-
«vido al Señor tu Dios con placer y alegría
«de corazón. Servirás á tu enemigo, á quien
«te entregará el Señor, sufriendo hambre,
«sed, nudez y todo género de penuria; y pon-
«drá sobre tu cerviz su yugo de hierro, hasta
«que te quebrante.

«El Señor traerá sobre tí á una lejana
«gente de las estremidades de la tierra, se-
«mejante en su ímpetu al águila volante, cuya
«lengua no podrás entender, gente procacísi-
«ma, que no tendrá consideracion con el
«anciano, ni se apiadará del niño; y devorará
«el fruto de tus jumentos y todas las frutas

«de tu tierra, hasta que perezcas, y no te
«quede trigo, vino, aceite, bueyes, ovejas;
«hasta que te disperse, y te destruya en to-
«das tus ciudades, y sean demolidas tus su-
«blimes y firmes murallas, en las cuales todos
«los tuyos tenían su confianza.

«En todo el pais que te dará el Señor tu
«Dios, te verás sitiado dentro de tus puertas,
«y comerás el fruto de tu vientre, y las car-
«nes de los hijos y de las hijas, que el Se-
«ñor tu Dios te haya dado, en la angustia y
«desolacion, con que tu enemigo te oprimi-
«rá. El hombre delicado y lujurioso envidiará
«á su hermano y á la esposa, que se acuesta
«en su lecho, y en su egoismo no les dará de
«las carnes de sus hijos que comerá; porque
«ninguna otra cosa tiene en el asedio y pe-
«nuria, con que te destruirán dentro de tus
«puertas tus enemigos.

«La mujer tierna y delicada, que ni se
«dignaba pisar la tierra, ni fijar su planta por
«su escesiva molicie, se guardará de su ma-
«rido, que se acuesta en su seno, para no
«darle parte de las carnes de sus hijos, del

«fruto de su vientre, de los que en aquella
«hora han nacido. Comeránlos, pues, clan-
«destinamente por la penuria del tiem-
«po, en el asedio y devastacion, con que
«dentro de tus puertas te oprimirá tu ene-
«migo.

«Si no guardáres é hicieres todo lo que
«contiene la ley escrita en este volúmen, y
«temieres al nombre terrible y glorioso del
«Señor, aumentará tus plagas y las plagas
«de tu posteridad, grandes y perennes pla-
«gas, malísimas y perpétuas enfermedades;
«y convertirá contra tí todas las aflicciones
«de Egipto que temiste, y te añadirán. Ade-
«mas todas las angustias y plagas, que no
«están escritas en el volúmen de esta ley, las
«traerá sobre tí el Señor, hasta que te ar-
«ruine. Y restareis en pequeño número los
«que antes erais por vuestra multitud como
«las estrellas del cielo, porque no oiste la
«voz del Señor tu Dios. Y así como antes
«el Señor se alegraba entre vosotros, ha-
«ciéndoos bien, y multiplicándoos; así se ale-
«grará trastornándoos, y dispersándoos, para

«que desaparezcais de la tierra, en cuya posesion habeis de entrar.

«Te dispensará el Señor entre todos los pueblos desde el principio de la tierra, hasta sus últimos términos, y servireis allí á dioses ajenos, ignorados por vosotros y por vuestros padres, á los leños y á las piedras. Entre aquellas gentes no descansareis, ni habrá tranquilidad para vuestro pié.

«Te dará el Señor un corazon medroso, unos ojos defallecidos y un alma consumida de dolor; y os parecerá vuestra vida, como pendiente de un hilo. De noche y de dia temerás, y no creerás, que puedes vivir. Por la mañana diras: ¿quién me dará la tarde? y por la tarde: ¿quién me dará la mañana? por la timidez de tu corazon, que te tendrá aterrado, y por aquellas cosas que con tus ojos verás. *Te reducirá el Señor al estado* en que estuviste en Egipto por aquel camino, por donde no esperabas volver andar. En él sereis vendidos como siervos y esclavas á vuestros enemigos, y no habrá quien os compre.»

Esta profecía no se refiere á las vicisitudes adversas que sufrieron durante el gobierno de los Jueces los judios, que todas fueron transitorias: ni á la toma del reino de Israel por los Asirios, que solo paró en la cautividad de una parte del pueblo hebreo y en favor de aquellos vencedores, y sin los acontecimientos que aqui se anuncian. Ni á la cautividad de Babilonia, de que parece hablar antes, y que no fué precedida de los horrores inauditos de que se habla, ni seguida de la dispersion por toda la tierra, de la timidez con que habian de vivir, del desprecio que sufririan, hasta no haber quien quisiera comprarlos. Sabido es, que en Babilonia vivió reunido el pueblo judio: que Daniel su profeta fué tenido en gran veneración: que no fueron los hijos de este pueblo vendidos en las plazas: que la cautividad en fin fué de pocos años, no como se anuncia la otra por Moises.

Ademas, la lengua de asirios y caldeos era conocida de los hebreos, como que de Caldea habian salido.

Los dioses de Asiria y Caldea conocidos eran por ellos ó por sus padres; y probablemente el sabeismo y pireismo serian los cultos dominantes. Mas Moises anuncia la venida de un pueblo lejano; que hablaria una lengua que no podrian entender; un pueblo ignorado de ellos, que á nadie tendria consideracion.

Que se verian infructíferos aquellos campos, antes plantados de viñas y olivos, y sembrados de mieses; todo lo cual seria consumido, y perecerian de tiña los árboles, es decir, á consecuencia del abandono é incultéz. Que servirian á dioses ignorados, al leño y á la piedra. Que aquel pueblo vendria con el impetu del águila en su vuelo. Hasta el término de comparacion es propio de los romanos, que llevaban el águila por armas del imperio.

Ellos hablaban en lengua enteramente estraña á los pueblos de Palestina: adoraban dioses, allí desconocidos; eran gentes ignoradas de los judios, hasta que comenzaron á hacer en Oriente sus conquistas. Eran de

los confines de la tierra conocida entonces. Sitiaron las ciudades y fortalezas de toda la nacion judia: la consumieron con el asedio y devastacion. Los campos se destruyeron: aquellos preciosos árboles y viñedos perecieron; presentando desde entonces el pais un aspecto de esterilidad espantoso.

La hambre llegó al estrémo de comerse las madres á sus hijos, y hacerlo ocultamente para no tener que dar parte de su alimento á otras personas. Fueron en fin vencidos: llevados esclavos á Roma, en donde llegó el caso de no querer nadie comprarlos. Se vieron esparcidos por todas las naciones de la tierra, despreciados, aborrecidos, siempre temblando del menor ruido, siempre esperando la muerte; esplotados por todos los gobiernos, que con frecuencia han exigido de ellos el fruto de su industria por dejarlos vivir; y los advenedizos que en el pais de ellos vivian, se hicieron superiores.

Estos signos y prodijios de horror y miseria, habian de verse para siempre; y así han pasado mil ochocientos años; y viéndo-

los estamos; y jamas pasó tal cosa á los judíos ni á otro pueblo. Todo esto fué por no haber oído la palabra del Señor: por haber despreciado los preceptos que salieron de la boca de aquel profeta, que Dios levantaria de entre los judíos, y al que ellos debian escuchar. Pero oigamos todavia en otro capítulo á Moisés, que completará el cuadro de la peregrina historia de su pueblo.

En el capítulo 30 del Deuteronomio, en el 4.º y 26 del Levítico, en que habla de esta catástrofe del pueblo escogido, anuncia: «que Dios al fin tendrá misericordia de aquellos pecadores; que no se olvidará del pacto que con sus padres hizo: que no los borrará totalmente de la tierra: que no acabará con ellos: que en los últimos tiempos, despues de haberles sucedido todo lo que está predicho, buscarán al Señor su Dios, y le hallarán; y Dios circuncidará el corazon de ellos, para que le amen de todo corazon; y harán penitencia; y los volverá del cautiverio; y los congregará de entre todos los pueblos, en que estuvieren dispersos,

«aunque sea de los quicios del cielo.»

El santo patriarca Job esperaba al Redentor, y no para el tiempo de su vida, sino para despues. «¿Quien me concederá que mis palabras sean escritas? ¿que ellas sean trazadas en un libro? ¿Que sean grabadas sobre las minas de plomo, con pluma de hierro, ó sobre la piedra con un cincel? Porque yo sé que vive mi Redentor; y que en el último dia resucitaré de la tierra. Que entonces volveré á ser vestido de esta piel, y en mi carne veré á mi Dios. Yo mismo le veré: le contemplaré con mis ojos: esta esperanza reposa en mi corazon.»

Y no se diga, como neciamente han dicho los impíos, que no habla Job de la resurreccion, sino de su curacion: en este capitulo espresamente Job se considera perdido para este mundo; y en otros muchos pasajes de su libro se habla claramente de la resurreccion. «Le habeis afirmado por un poco de tiempo, á fin de que en seguida caiga para una eternidad. Cambiareis su faz y le hareis salir. Sean nobles ó plebeyos, sus hijos no los conocerán: su

«carne mientras viva se dolerá; su alma llorará su estado (cap. 14.) Asi cuando el hombre es muerto, no resucitará hasta que el cielo sea consumido; no se levantará: no saldrá de su sueño.»

Con que el hijo de la mujer quebrantaria la cabeza de la serpiente infernal: mataria al pecado. Descenderia de Abraham, Isaac, Jacob, Judá. Moises lo deseó, y rogó á Dios, que entonces le enviase, para salvar al pueblo. No seria un conquistador, siempre funesto al género humano; pues todos los pueblos lo deseaban; todos lo esperaban, y todos serian benditos en él. El precio de su redencion alcanzaria á los muertos, que en él esperaban, como sucederia á Job.

A este profeta, legislador, mediador como Moises entre Dios y los hombres, debian los judios oirle, y cumplir los preceptos que Dios pondria en su boca. Pero no habiendo cumplido con este mandato de su ley, seria el país desolado, quedaria estéril; perecerian los árboles que lo poblaban: serian asediadas las ciudades por una gente, que vendria de

los confines de la tierra: que hablaría lengua ininteligible: pueblo ignorado: adorador de la madera y la piedra: observador de cultos, enteramente desconocidos á los judios. Los destruiría: los reduciría al extremo de comerse sus hijos: los esparciría por toda la tierra. Se acabaría el cetro de Judá: pero no perecería del todo aquel pueblo escogido; sino que seguiría reducido, esclavo, tímido hasta los últimos tiempos.

Con estas profecias habia bastante para conocer al Mesias; porque tan extraordinarios acontecimientos solo en su venida habian de suceder; y nadie podia preverlos.

Esta profecía de Jacob y de Moises fué casi en todo repetida por Jeremias cp. 9. vers. 15. cap. 25. vers. 34, por Ezequiel, cap. 4 vers. 20 y 22 y por Oseas cap. 3 vers. 4; anunciando los dos primeros «que Dios dispersaría á los judios entre las naciones:» que los abandonaría, para que fuesen deramados sobre la tierra: que los haría correr entre las naciones, como se remueve el grano en el harnero: que serian un objeto de

oprobio, burla, menosprecio, y maldicion en todos los paises á donde fueran dispersos»: anunciando el tercero, que los judios estarian mucho tiempo sin rey, sin príncipe, sin altar, sin efod, sin objetos de adoracion.

Segun el libro 2.^o de los reyes cap. 7 vers. 16, se anunció á David, que de su casa saldria el deseado, cuyo reino seria eterno. «Vuestra casa será estable: vereis vuestro reino subsistir eternamente, y el trono vuestro afirmarse para siempre.» En el «salmo 88 profetiza lo mismo David.

Isaias cap. 11. ver. 1 dice: «Saldrá una vara de la raiz de Jessé, y de ella subirá una flor» vers. 10. «En este dia el pimpollo de Jessé será presentado como un estandarte, delante de todos los pueblos: las naciones vendrán á suplicarle; y su sepulcro será glorioso. «Jeremias, cap. 23 dice: «Hé aquí vendrán dias; y levantaré un germen de justicia, de David; y reinará, siendo un rey; y será sabio; y juzgará en la tierra; y hará justicia. En aquellos dias se salvará Judá; y habitará con Israel; y el nombre con que

«le llamarán, será el *Señor nuestro Justo.*»

Aunque parezca inecesario, advertiré, que á la venida del Salvador la Judea fiel, la nueva Jerusalem, el conjunto de pueblos creyentes, que gozarian del beneficio de la redencion, seria diferente de la Judea vieja, infiel, que le negaria, y crucificaria. No debe pues, verse contradiccion, cuando se leen pasajes, en que Judá aparece salvo á consecuencia de la venida del Mesias; y otros en que por resultado de esta venida, no seria mas su pueblo: se veria destruido, esclavo disperso.

Tenemos; que el hijo de la mujer, el profeta, el deseado, el Redentor, que saldria de Abraham, Isac, Jacob, y Judá; y cuya venida coincidiria con el fin del cetro de esta tribu, y á ella seguiria la destruccion y esclavitud perenne del pueblo judio, sin rey, sin sacerdote, sin efod, saldria de la casa de David.

En el salmo 109 se anuncia tambien al Mesias como sacerdote: de manera, que unirá el carácter de príncipe ó rey con el del

sacerdocio. Pero este sacerdote no será de la tribu de Leví, sino de la de Judá y familia de David; y esto es una singularidad, que le habia de distinguir de todos los demas.

Es tambien un eterno sacerdote, y no temporal como todos los otros; y esta es otra singularidad, que no permite confundirle con algún otro. Lo es tambien, que no celebrará los sacrificios comunes y ordinarios: no inmolará reses: establecerá un sacrificio nuevo, incruento, el de Melquisedec. «Tu es sacerdos in eternum secundum ordinem Melchisedech.» (salmo 109.) ¿Y qué ofreció este misterioso rey de Salem? pan y vino: hé aqui pues una materia, que seria la del nuevo sacrificio; quedando por consiguiente abolidos los demas.

David, que miraba como descendiente suyo á este gran personaje, conocia al mismo tiempo, que este era segun la carne: que tenia tambien un carácter divino, bajo el cual era su señor, y existió siempre; siendo por consiguiente su reino diferente de los de este mundo, un reino espiritual y eterno. Asi se explica en el salmo profético ya citado:

«Dijo el Señor á mi Señor: sientate á mi
«diestra, hasta que ponga por escabelo de
«sus pies á tus enemigos. El Señor hará sa-
«lir de Sion el cetro de vuestro poder. Rei-
«nad en medio de vuestros enemigos. Po-
«seerás el principado en el dia de tu poder
«en medio del resplandor de tus Santos. De
«mi seno fuiste enjendrado antes de la estre-
«lla de la mañana.... El juzgará á las nacio-
«nes; y las llenará de ruinas: derribará so-
«bre la tierra las cabezas de muchos. El
«beberá del torrente en el camino: por eso
«será exaltado.»

Indícase aqui ya la exaltacion, despues de haber sido colmado de aflicciones; despues de haber bebido las aguas amargas de este mundo. Indícase el triunfo y la gloria en la muerte.

Moises anunció tambien, que seria víc-
tima ó sacrificio, al mismo tiempo que fuera
el gran sacerdote. En el canto magnífico que
se halla en el capítulo 32 del Deuteronomio;
y pronunció ante su pueblo como para des-
pedirse, al marchar á la eternidad aquel pa-

dre solícito y celoso del bien de sus hijos los judios, que parecia el objeto único de su amor, de su ternura y de sus afanes, dice: «Escuchad, cielos, lo que hablo: oye, tierra, «los dichos de mi boca. Goteará como la lluvia mi doctrina; destilará como el rocío mi «palabra; como las llovedizas sobre la grama, «y como las gotas sobre la yerba; porque «invocaré el nombre de Jehová. Dad magnificencia á nuestro Dios. Él es la roca, cuya obra es perfecta: porque todos sus caminos son juicio: él es el Dios de la verdad «sin falsedad: el justo y recto. Él causó (ó «permitió) que le destruyesen; pero no quiso «destruir sus hijos, llenos de manchas: la generacion perversa y torcida. ¿Así correspondéis á Jehová, pueblo ingrato é ignorante? ¿No es él tu padre, que te compró, «tu criador y establecedor?»

Hé puesto aquí la traduccion del judio Heydech, que se atuvo al testo orijinal; observando, que la fuerza que tiene en el vers. 5. el hebraismo, que él traduce «ipse in causa fuit (sive permisit) quod ipsumen et destrue-

rent,» no se le he dado ni en el Sepsante, ni en las Versiones arábica y sira, ni en la Vulgata, ni generalmente las versiones y espositores la han notado; siendo así, que el peccaverunt et non filii ejus in sordibus, generatio prava atque perversa, que trae la vulgata, ni se enlaza bien, como el testo, con los antecedentes y posteriores versículos, ni descubre el importante misterio de la pasión de Cristo con la fuerza y claridad que en el se sienten.

En este canto vuelve Moises á hablar á los judios de su ingratitud, de su castigo: les anuncia que será destruido aquel pueblo: que no conservará memoria ó resto de tal; es decir, no será mirado como pueblo. Será consumido por la hambre; las bestias y las aves se cebarán en sus cuerpos. Por fuera de los muros los cercará la espada: por dentro el pavor que abatirá al jóven, al viejo, á la virgen. Mil huirán de uno solo: y en los últimos tiempos Dios tendrá misericordia de sus siervos.

En el salmo 129 habla claramente Da-

vid de Jesucristo: del lugar de su glorificación, y de donde partirian la virtud, la dicha, la redencion del mundo: el establecimiento del nuevo sacerdocio ó reforma del antiguo. «Por David vuestro siervo, no nos retires «la faz de tu Cristo. El Señor juró á David «una verdad, y no faltará. Sobre el trono «vuestro estableceré el fruto de tu vientre... «Porque el Señor ha elegido á Sion: el lo «ha elegido para su permanencia. Este será «para siempre el lugar de mi esposo: aquí «habitaré, porque lo he elegido. Daré á su «viuda una bendicion abundante: saciaré de «pan á sus pobres. Revestiré de una virtud «saludable á sus sacerdotes; y sus Santos «se llenarán de alegría. Aqui es, donde yo «haré parecer el poder de David: yo prepararé la lámpara á mi Cristo. Llenaré de confusion á sus enemigos: sobre él resplandecerá mi santificación.»

En el salmo 116 anuncia el real profeta la vocacion de los gentiles, y la union de todos los pueblos á la Iglesia. «Alabad al Señor todas las gentes: alabadle todos los

«pueblos; porque se confirmó sobre nosotros su misericordia; y la verdad del Señor permanece eternamente.»

Mas claro anuncia en el salmo 21 este acontecimiento. Despues de hablar de sus padecimientos, que generalmente los padres y espositores aplican á la pasion del Señor, dice: «Mi alabanza respecto á tí resonará en la grande iglesia (ó congregacion): haré mis votos á Dios en presencia de los que le temen. Comerán los pobres, y se hartarán; y los que miran al Señor, le alabarán: vivirán sus corazones para siempre. Recordarán todos los confines de la tierra; y se convertirán al Señor: y puestas en su presencia todas las familias de las gentes, le adorarán: porque el reino y la soberanía son del Señor; y él es el que reinará sobre las naciones. Todos los que se alimentan de la tierra: todos los que descienden en la tierra se postrarán en su presencia. Por él vivirá mi alma y mi descendencia le servirá. La generacion venidera se anunciará para el Señor; y los cielos anunciarán su justicia

«al pueblo que nacerá; que formó el Señor.»

Ya Jacob habia profetizado, que el príncipe, que saldria de la tribu de Judá, mojaría en vino su estola, y en la sangre de la uva su palio; lo cual tanto los rabinos antiguos como los cristianos entendieron por el sacerdocio que ejercería, y la muerte que habia de sufrir; y esto confirma lo que Moises dijo en su célebre canto.

David en el salmo 21 habla de la pasion de Cristo de una manera, que nadie puede con razon aplicar al mismo profeta, que como figura de su divino descendiente habla de él en primera persona. «Dios mio, Dios mio: miradme; ¿porqué me has abandonado? «De mí se alejó la salud por los pecados que se me imputaron (ó que tomé sobre mí).... Soy como un gusano, y no como un hombre: oprobio de los hombres y abyeccion de la plebe. Todos los que me veian se han reido de mí: hablaban con sus labios, y movian la cabeza. Esperó, decian, en el Señor; que le quite de ahí: que le salve, supuesto que le ama..... Porque mi

«tribulacion está cerca: y no hay persona que
«asista. Me rodearon muchos toros: fuertes
«toros me cercaron. Abrieron contra mí su
«boca, como el rapante y rugiente leon. Co-
«mo el agua fui estendido; y todos mis hue-
«sos se separaron. Mi corazon enmedio de
«mis entrañas se derritió como cera fundida.
«Mi fuerza se desecó á la manera del barro co-
«cido. Mi lengua se pegó á las fauces; y has-
«ta el polvo de la muerte me llevaste; por-
«que me rodearon muchos perros: me vi
«sitiado por el concilio de los malos. Hora-
«daron mis pies y mis manos: contaron to-
«dos mis huesos. Ellos me vieron, y consi-
«deraron: dividieron para sí mis vestidos;
«y sobre mi túnica echaron suertes.»

Segun este salmo, pues, el renuevo de Jessé, el que habia de sentarse para siempre en el trono de David: el príncipe que todos los pueblos de la tierra adorarian, enjendrado por Dios antes de las estrellas, eterno sacerdote, habia de ser abatido como un gusano, al oprobio de los hombres, abyecto entre la plebe, la irrisión de cuantos le vie-

sen. Habia de ser insultado de palabra y con demostraciones ó movimientos de cabeza; atribulado, abandonado de todo el mundo, rodeado de los poderosos, que querrian devorarle: desangrado (sicut agua effusus), descoyuntado, deshecho su corazon, desecado, abrasado de sed, conducido al término de la muerte, juzgado por unos hombres perversos: crucificado, descarnado en términos de poderse contar sus huesos; es decir, azotado y desgarrado: y por último, repartida su ropa, y sorteada su túnica. Es de notar, que el suplicio de la Cruz no se usó entre los judios hasta el reinado de Alejandro, mil años despues de David; de manera, que aun en esta circunstancia es profético el salmo.

En el 54 anuncia, que seria vendido por una persona identificada con él: anuncia la venta y traicion de Judas. «Si mi enemigo
«me maldijera, yo lo tolerara. Si el que me
«detesta, hablara contra mí cosas horribles,
«tal vez me ocultara de él. Pero lo haces
«tú, hombre, mi amigo, gese de mi consejo,

«á quien yo conocia, con quien dulcemente
«comia; que anduviste en union conmigo en
«la casa del Señor.» En seguida se anuncia
á manera de peticion la trágica y pronta
muerte del traidor. «Venga sobre ellos la
muerte; y desciendan vivos al infierno.»

En el salmo 108 vuelve á profetizar de
Judas, de su muerte, y que su presidencia
ú obispado lo recibiria otro. «Justificadme,
«ó Dios, porque la boca del pecador y del
«engañador se abrió contra mí. Con dolosa
«lengua hablaron contra mí: discursos empo-
«zoñados de odio me cercaron: sin objeto
«me han hecho la guerra. En vez de amar-
«me me detraian: pero yo oraba. En vez de bie-
«nes me causaron males: cambiaron el amor
«por el odio. Constituye sobre él al pecador:
«y el diablo se ponga á su derecha. Cuando lo
«juzgaren, sea condenado; y su oracion con-
«viértase en pecado. Sean cortos sus dias; y
«otro reciba su episcopado.»

No puede anunciarse mas claramente la
falsedad y traicion de quien, debiendo amar
á su maestro, cambió el amor en odio, y

con buenas palabras quiso engañarle: la oración con que el Cristo correspondería á los insultos de sus enemigos: la inspiración que Judas recibiría del demonio: el juicio condenatorio que oyó de los mismos á quienes habia servido; cuando reclamando indirectamente una decisión favorable, con decirles: *pequé, entregando la sangre inocente, oyó la contraria; y que sobre él habia caído el peso de la responsabilidad. Su arrepentimiento, convertido en pecado; no como el de Pedro, que fué un amoroso y verdadero dolor de su culpa. El arrepentimiento desesperado de Judas le hizo caer en un pecado nuevo: pues se ahorcó, y para siempre se le cerraron las puertas de la salvación. Su obispado, en fin, que por falta suya pasó á otro, creado en su lugar por la asamblea de apóstoles.*

En el salmo 26 vers. 18 profetizó David las declaraciones de los falsos testigos que fueron buscados contra el Cristo. «No
«entregadme á la voluntad de los que me
«atribulan; porque contra mí se levantaron

«testigos inícuos; y la iniquidad mintió contra si misma» (se contradijo.)

En el salmo 34 habla de las cavilosas de aquellos calumniadores, de los medios que tentarían, para hacerle caer en el lazo: de las preguntas de cosas ocultas.

En el salmo 68 habla también de los insultos y oprobios que sufriría por el celo de la casa de Dios, que le devoraría. Que le tratarían como si fuera extraño á sus hermanos: que abriría su alma ó su carrera con el ayuno: que tomaría el cilicio: que sería para sus enemigos una parábola; que le acusarían, y hablarían contra él los que se sentaban en la puerta, esto es, los ancianos. «Busqué, continúa, quien conmigo se contristase, y no lo hallé; y quien me consolase, y no lo hubo. Y me dieron por alimento hiel, y por bebida vinagre.»

En el salmo 71 habla de la gloria, del imperio universal y eterno de su hijo; es decir, de su descendiente, del Cristo. «Reciban los montes la paz para el pueblo, los collados su justicia. Juzgará á los pobres

«del pueblo: salvará á los hijos de los po-
«bres; y humillará al calumniador. Perma-
«necerá con el sol y ante la luna en todas
«las generaciones. Descenderá como la llu-
«via sobre el vellon: goteará sobre la tierra.
«En sus dias nacerá la justicia y la abun-
«dancia de la paz mientras dure la luna.
«Dominará de mar á mar, y desde el rio
«hasta los términos de la tierra. Los Etio-
«pes se arrodillarán ante él: sus enemigos
«besarán la tierra. Los reyes de Tarsis y de
«las Islas le ofrecerán presentes; los reyes
«de Arabia y de Sabá le traerán dones. Y
«lo adorarán todos los reyes de la tierra:
«todas las gentes le servirán.....Y vivirá, y
«se le dará del oro de Arabia: y será siem-
«pre adorado: todo el dia le bendecirán. Y
«se verá un firmamento (mi cielo) en la
«tierra, en lo alto de las montañas, que sobre-
«pujará á los cedros del Líbano; y de la ciu-
«dad florecerán como el heno de la tierra.
«Sea su nombre bendito por todos los siglos.
«Su nombre existe antes del sol. En él se-
«rán benditas todas las tribus de la tierra:

«todas las gentes le magnificarán. Bendito
«el Dios de Israel; el solo, que hace mara-
«villas. Bendito para siempre el nombre de
«su magestad; y toda la tierra se llenará de
«su magestad.»

Asi como en el estudio de la naturaleza las armonias en los contrarios son las que mas admiracion escitan en el observador: asi en el estudio de la sagrada Escritura, lo que mas convence; lo que mas llama la atencion es una armonia, que al parecer sea una contradiccion: y solo en Jesucristo dejé de serlo.

Hemos visto, que segun la profecia de Jacob, el Mesias debia salir de la tribu de Judá; y por una contradiccion que solo Jesucristo la destruye, se anunció despues, que seria eterno sacerdote; cuando de tal tribu no podia ser segun lo generalmente establecido. De este hijo de la tribu de Judá dice Moises (cap. 33 del Dent.) que habitaria en la tribu de Benjamin: que como en su lecho descansaria alli todo el dia; y que reposaria sobre sus hombros. *Amantissimus Domini habitabit confidentes in eo: quasi in*

talamo tota die morabitur; et inter humeros illius requiescet.

Isaias, de quien me anticipo á hablar, por ser necesario, antes de hacer el exámen de sus profecias, como hablaré en seguida de otros profetas, anunció en el cap. 9 la predicacion del Mesias por la tierra de Zabulon y de Neftali, Galilea de las naciones. «En el primer tiempo, dice, fué aliviada la «tierra de Zabulon y la tierra de Neftali; y «en el último fué agravado el camino del «mar á la otra parte del Jordan la Galilea «de las naciones. El pueblo que andaba en «tinieblas, vió una grande luz; á los que moraban en la region de la sombra de muerte, les nació la luz.»

Miqueas, cap. 5 anuncia, que saldria de Bethlehem. «Y tú, Bethlehem Efratá, pequeña «eres entre los millares de Judá: de tí me «saldrá el que sea dominador en Israel; y la «salida de él desde el principio, desde los «dias de la eternidad.»

Hé aqui unas profecias que parece contradecirse. Si el Mesias había de ser de la

tribu de Judá: si habia de salir de Bethlehem: ¿cómo habitaria en la de Benjamin, cual si reposara en su tálamo? ¿cómo principiaria á dar su luz, la instruccion de su divina palabra? en fin, ¿cómo comenzaria á brillar en la tribu de Zabulon, en la de Neftali, á lo largo de la mar, en la Galilea llamada de las naciones ó de los gentiles, por estar confinante con los tirios y sidonios?

Esto solo tiene su esplicacion en Jesucristo, nacido en Bethlehem de la tribu de Judá; Señor y gran sacerdote del templo, levantado en Jerusalem, en donde con tanta confianza entró y moró, como en su propio tálamo; y este templo situaba en la porcion de tierra, que tocó á la tribu de Benjamin; y cuando comenzó su predicacion y su trienio prodijioso, lo hizo en la tribu de Zabulon y de Neftali; continuando en la Galilea, teatro principal de sus milagros y de sus conversiones; y anunciándose tambien en el camino de la mar, que es el que conducia de la Siria al mediterráneo; y pasaba por los montes de Traconítide, por las ciudades

de Cedar y de Corozain al lado del Jordan; y despues, por Cafarnaum, siguiendo la ribera del mar de Galilea, y cerca de Bet-saida, Neftali, Sefeth y Naason.

Hablemos de las profecias de Isaías respecto á Jesucristo. En el cap. 7 lo anuncia como hijo de una Virjen; y dice, que se llamará Nghimmanuel, que nosotros pronunciamos Emmanuel; y quiere decir ; «Dios con nosotros». Rasin, rey de Siria y Tacée, rey de Israel se habian coligado contra Acáz, rey de Judá; proponiéndose acabar con él y con su reino. Todos los de él se aterraron y se creyeron perdidos. Dios manda á Isaías, que con su hijo Jasub se presente á Acáz; y le anuncie que sus dos enemigos no conseguirian el éxito de sus esfuerzos; y que dentro de 65 años dejaria Israel de ser pueblo.

Dignóse Dios tambien proponer á Acáz por medio de Isaías, que le pidiese en señal un prodigio en el cielo ó en la tierra; y habiéndolo reusado aquel impio príncipe bajo el hipócrita pretesto, de no querer tentar á Dios; Isaías volviéndose á los príncipes de

la casa de David que acompañaban al rey, les dijo: «Os parece poco el haceros molestos á los hombres, que tambien quereis haceros molestos á mi Dios. Por tanto el mismo Señor os dará un prodijio: hé aqui una Virgen concebirá, y parirá un hijo, y será llamado Emmanuel. Manteca y miel comerá; para que sepa desechar el mal, y elegir el bien. Pues antes que este niño sepa discernir entre el bien y el mal, será abandonada la tierra que miras con tedio á causa de la presencia de estos dos reyes. El Señor hará venir sobre tí y sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre dias, cuales no se vieron desde que Israel se separó de Judá.»

El grande espacio de tiempo que media entre la profecia de Isaías y la venida del Salvador, quando parece, que ciertos acontecimientos, verificados á los pocos años de la primera habian de coincidir con la segunda, ha hecho dudar á los incrédulos; y los mas se han arrojado á negar, que Isaías tuviese presente al Mesias. Se ha negado por

consiguiente, que hablase de una Virjen; porque no lo era ninguna de aquellas á cuyos hijos, ya por unos ya por otros, se ha hecho aplicacion de la profecia. Harémos ver que tal aplicacion es absurda; y que la natural y aun necesaria es la que se hace á Jesucristo; que si bien no está libre de la dificultad indicada, esta se resuelve de un modo fácil.

En primer lugar; la palabra *nghalman* no significa una jóven cualquiera, como pretenden los incrédulos, sino una Virjen recatada, escondida de los hombres. Orijenes en el libro 1.^o de su obra contra Celso prueba con varias profecias, que en la de Isaías la palabra *nghalmah* no significa jóven, sino Virjen; y es lo que conviene al signo, que habia de pedir Acaz, signo que manifestase lo alto y lo profundo. «¿Qué signo particular, dice, seria, que una jóven concibiese por obra de varon?»

San Gerónimo en su libro 1 contra Joviniano sobre la excelencia de la virginidad, se espresa así: «Se dice, que los hebreos por

«*alma* ponen, no *virjen*, sino *jóven*. Ciertó
«es, que *virjen* en hebreo propiamente es
«*bethula*. Pero muchacha ó *jóven* no se lla-
«ma *alma*, sino *naara*. ¿Qué pues significa
«*alma*? *virjen* escondida, esto es, no solo
«*virjen*, sino separada de la vista casual de
«los hombres, en cuyo estado no se halla
«cualquiera *virjen*. Asi Rebecca en el Gé-
«nesis por su nimia castidad; como tipo
«de la Iglesia, á quien parecia en su virji-
«nidad, se le llama, *alma*, no *bethula*, como
«se verá en el Génesis. Hablando de Abra-
«ham, y de cómo habia de hallar la novia
«para su hijo; pues aquella que se dice, sal-
«dria á dar agua al hijo y á su camello, se
«llama *alma*; es decir, *virjen* oculta, guar-
«dada con cuidado por sus padres.»

El judio convertido Heydeck, á quien nadie podrá negar sus conocimientos en las lenguas orientales de que fué profesor: hombre en quien la religion en que nació y se educó, disipaba toda sospecha sobre lo que dijese favorable al cristianismo, que abrazó al fin, convencido de su verdad, dice, que

la palabra, de que hablamos, significa *virgen desconocida á todo hombre*. Y los orientalistas modernos están conformes en esta significacion; siendo la palabra Nghalmah ó Njemach, un derivado del verbo Njalain, que significa, estar oculto.

Dióse este nombre á Rebecca, porque no la habia conocido varon. Por la misma razon en el exodo (cap. 2. ver. 8.) se dió este nombre á Maria, hermana de Moises. En el cantar de los cantares se llaman Njlamot las jóvenes que acompañaban al esposo; distinguiéndolas de las reinas ó mujeres, y de las concubinas.

El pasaje de los proverbios cap. 30, vers. 19, que algunos judios han alegado contra esta acepcion, la confirma; pues se trata de una doncella virgen, á quien un hombre logra corromper: se trata del camino desconocido por donde un hombre pueda introducirse á donde está la escondida virgen, y seducirla.

Confirmada está la dicha acepcion por el parafrasta caldeo y por los setenta, que

mucho antes de Jesucristo tradujeron *virgen* y no *jóven*. Confirmada está por los antiguos rabinos, que vivieron persuadidos de que el Mesias habia de nacer de una virgen. Confirmada está por el Comentario judáico sobre el Génesis el Bereshit Rabbá al cap. 25, que dice: «El redentor que yo suscitaré de entre vosotros, será sin padre.»

Tambien por la asamblea de judios, celebrada en 1650 en Hungría, en la cual convinieron que el Mesias habia de nacer de una virgen; y que esta circunstancia formaria su carácter distintivo. Confirmada está por el testo mismo del Génesis, en que se anuncia que el hijo de la mujer quebrantaria la cabeza de la serpiente; y á no haber de nacer de una Virgen, no es posible, que se le llamase hijo de la mujer, siendo el hombre el gefe de familia, el principal, el enjendrador. Confirmada está por la tradicion universal de los pueblos todos, que esperaban un Redentor, un reparador, hijo de una Virgen.

Confirmada está por el mismo S. Ma-

teo, que no hubiera alegado el prodijioso nacimiento de Jesucristo como cumplimiento de una profecia, si esta profecia no se entendiese entónces de la manera conveniente al nacimiento de que habla; reflexion sencilla: pero de una fuerza inmensa, si no para probar el sentido riguroso de la palabra nghalmah en tiempo de Isaías, al menos para demostrar, que en tiempo de Jesucristo el pueblo judio la tomaba en el significado de virgen; y que la profecia de Isaías la entendian como nosotros. Confirmada en fin está con la observacion de Orijenes; pues como prodijio se anunciaba aquel nacimiento; y el de un niño, enjendrado por un hombre, no es prodijioso ni raro, sino muy natural y comun.

Partiendo de este principio se vé, que ni la mujer de Isaías ni la de Acáz podia ser la madre del Emmanuel. Ecequias, hijo de Acáz, y Jasub hijo de Isaías, no podian aplicarse la profecia; pues ademas de no ser hijos de vírgen, estaban ya nacidos y tenian algunos años, cuando el profeta anunció que

una vírjen concebiria y pariria. Tampoco puede aplicarse al hijo que Isaías tuvo despues; porque ademas de estar destinado espresamente como signo de un acontecimiento particular y muy cercano; ni era hijo de vírjen, ni se llamó Emmanuel, sino Maher-Schalal, que quiere decir: «apresúrate al botín.»

Ademas, ninguno de los tres hijos fué nacido por medio de un prodijio: á ninguno convenia ni se dió el nombre de «Dios con nosotros;» á ninguno cuadraban los títulos de «príncipe de la paz» que ciertamente no gozó el hijo de Acáz. «Admirable, padre del siglo venidero, Dios fuerte» que á Emmanuel dió el mismo Isaías. En fin, ni en tiempo de este profeta ni despues hubo un personaje á quien se diese el nombre de Emmanuel, y se hiciese objeto de la profecia.

Pero ¿y cómo se aplica al Mesias, cuando se anuncian acontecimientos muy próximos que habian de suceder antes que el niño supiese distinguir el bien del mal? Porque aunque viniendo el Mesias ochocientos años despues, se verificaban los acontecimientos antes

que hubiese tal discernimiento, y aun antes que hubiese niño, y por consiguiente la letra estaba cumplida, no parece que este es el sentido de la profecía, y sí que cuando aquello se verificase, el niño estaría nacido, y no habría llegado á la adultez.

Esta es la dificultad, que Du-clot, separándose de la generalidad de los espositores, ha resuelto completamente del siguiente modo. La palabra *pues* este niño no se refiere á Emmanuel sino á Jasub: el genio de la lengua hebrea admite la letra He colocada en principio de un nombre, como lo está delante del nombre nanjar (niño) en este pasaje con el valor de un pronombre demostrativo. Debe, pues, traducirse «este niño» y esto hace relacion al que allí tenia presente, lo cual conviene á la série misma de la historia, y está conforme con el contesto del cap. 7 y del siguiente.

Dios mandó á Isaías que llevase consigo á su hijo Jasub; luego su presencia era necesaria para el anuncio que iba á hacer el profeta, y alguna cosa debia serle en el anuncio

respectiva. Silo que se anunciaba antes que el niño supiese discernir el bien del mal era referente á Emmanuel, por demas estaba la presencia de Jasub; pues ningun otro lugar le es dable en la profecia. Mas la relacion es bien clara si se aplican á él las palabras: «Antes
«que este niño sepa discernir entre el bien
«y el mal, será abandonada la tierra que mirarás con tedio á causa de la presencia de
«estos dos reyes.»

Que alguna parte de la profecia habia de referirse á Jasub, es indudable; porque ademas del mandato de llevarle ante Acáz, tenemos las palabras del cap. 8, v. 18: «Héme
«aquí á mí y á mis niños, los cuales me dió
«el Señor para señal y portento á Israel de
«parte del Señor de los ejércitos que habita
«en el monte Sion.»

El segundo niño aun no habia nacido, y Dios acaba de proponérselo como señal anunciativa de la destruccion de Damasco por los Asirios, y de la desolacion de Samaria por los mismos. «Le llamarás, le dice el Señor,
«Maher-Schalal, date prisa al botin.... por-

«que antes que el niño sepa llamar á su padre y á su madre, se quitará su fuerza á Damasco, y los despojos á Samaria con la presencia del rey de los asirios.»

Luego si del primer niño Jasub se dice como de este segundo, que Dios se los ha dado á Isaías para señal y portento, á él, como á tal señal y portento es relativa la profecía del vers. 16 del cap. 7 que es la única en que intervino, y para la cual Dios mandó á su padre que lo llevase consigo.

Los dos hijos de Isaías que le fueron dados como signos, lo fueron en efecto, el mayor del acontecimiento mas próximo, que era la retirada de los dos reyes enemigos de Judá, el menor de otro suceso mas remoto, cual era la destruccion de uno de los reinos enemigos y devastacion del otro. Estos niños, pues, nada tenian de comun con Emmanuel, de quien hace mencion Isaías muy oportuna, supuesto que Acáz y los príncipes de la casa de David desconfiaban temerosos. Esto servia de recuerdo de otra profecía anterior en que Jacob anunció, que no faltaria

el cetro de Judá hasta que viniese el Mesias.

«Hé aquí una vírjen concebirá y parirá» etc. Es decir; este es el signo de la ruina de Judá: este signo se ha dado como para que os sirva de norma para discurrir sobre la estabilidad de este reino, hombres sin fé. Por lo que hace al presente, sabed, que antes que este niño Jasub sepa discernir entre el bien y el mal, se retirarán los enemigos.

En el cap. 2.^o anuncia Isaías la vocacion de los gentiles y la reprobacion de los judios, cosas incompatibles con la esperanza de un rey conquistador que alimenta á estos ilusos.

«En los últimos tiempos, la montaña de
«la casa del Señor se colocará en lo alto de
«los montes: se elevará sobre todos los col-
«llados, y á ella correrán todas las gentes.
«La multitud de pueblos vendrá diciendo:
«vamos: subamos á la montaña del Señor, á
«la casa del Dios de Jacob: nos enseñará sus
«caminos: por sus sendas marcharemos; por-
«que la ley sairá de Sion, y la palabra del

«Señor de Jerusalem. Juzgará á las gentes:
«argüirá á los pueblos, quienes convertirán en
«rejas sus espadas y en hoces sus lanzas. No
«levantará un pueblo su espada contra otro
«pueblo: no se ejercitarán mas en la guerra.
«Venid, casa de Jacob: marchad á la luz del
«Señor. Tú, pues, has rechazado á la casa
«de Jacob, porque se llenaron en otro tiempo,
«y tuvieron augures como los filisteos etc.»

Tambien parece anunciar despues el juicio final. «La elevacion del hombre será abatida; la alteza de los grandes será humillada: «solo el Señor parecerá grande en aquel dia, «y los ídolos serán reducidos á polvo. Los «hombres huirán al fondo de las cavernas y «de las rocas; á las hendiduras de la tierra, «desapareciendo de la faz terrible del Señor, «de la gloria de su majestad, cuando se levante para sacudir la tierra.»

En el capítulo 9 anuncia la manifestacion del Cristo por la tierra de Zabulon y de Neftali, por la Galilea de los gentiles, como ya he notado, y continúa: «El pueblo que «marchaba en las tinieblas, ha visto una gran

«luz: una luz ha nacido para los que habita-
«ban en las sombras de la muerte. Habeis
«multiplicado vuestra gente: no habeis au-
«mentado la alegría. Ante tí se alegrarán
«como los que recojen la mies; como los ven-
«cedores, que cojida la presa, dividen los
«despojos. Pues habeis quebrantado su yugo:
«la vara que caia sobre su hombro, el cetro
«de su tirano como en la jornada de Madian.
«Porque todos los despojos arrancados con
«violencia, todos los vestidos ensangrentados
«se arrojarán al fuego, y serán pábulo de las
«llamas. Porque un niño ha nacido para no-
«sotros; un hijo se nos ha dado, y sobre su
«hombro se ha establecido el principado; y
«será llamado Admirable, Consejero, Dios,
«fuerte, padre del futuro siglo, príncipe de
«la paz. Estenderá su imperio: su paz no
«tendrá fin: sentaráse sobre el trono de Da-
«vid y sobre su reino para afirmarlo y forti-
«ficarlo en su juicio, en su justicia para siem-
«pre: esto hará el celo del Señor de los ejér-
«citos. El Señor habló á Jacob, y su palabra
«se ha cumplido en Israel.»

Los nombres de que hace aqui mencion, solo á la divinidad pueden convenir: al menos, el nombre *Dios* la es privativo; y asi claramente está aqui anunciado un Dios que naceria de la familia de David, un Dios-hombre; y su imperio seria universal, pacifico y eterno.

En el capítulo 11 dice el profeta: «Saldrá una vara de la raiz de Jessé, y una flor nacerá de su tallo. El Espíritu del Señor reposará sobre ella: el espíritu de sabiduría y de intelijencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad. Será lleno del espíritu de temor de Dios. No juzgará segun la relacion de los ojos: no condenará sobre el testimonio del oido. Juzgará en justicia á los pobres: argüirá equitativamente por los humildes de la tierra. Herirá la tierra con la vara de su boca; y matará al impio con el soplo de sus labios.» Hé aqui un modo de obrar, que no es el de un rey humano: hé aqui unos medios, que no son los de los hombres. El soplo es la espada mortífera de este príncipe

para los impios: la vara de su boca es la que hiere la tierra, no la cuchilla acerada, no los verdugos, no los ejércitos.

«La justicia será su cingulo; la fé el cinturón de sus riñones. Habitará el lobo con el cordero, el leopardo con el choto: el buey y el león y la oveja morarán juntos, y un niño los conducirá. El becerro y el oso pastarán: juntos reposarán sus cachorrillos; y el león comerá paja como el buey. El niño de pecho jugará en la puerta de la madriguera del aspid: y el destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. No dañarán, no matarán sobre todo mi santo monte; porque la tierra se ha llenado del conocimiento del Señor, como la mar lo está de sus aguas. En aquel día la raíz de Jessé, que se manifestará como enseña de los pueblos, recibirá las oraciones que le dirijirán las gentes; y su sepulcro será glorioso.»

Habla en seguida de la reunion de los israelitas y judios, que se hallarán dispersos en los cuatro puntos cardinales de la tierra. No puede estar mas claramente anunciada la

mision de paz y de amor, que traerá el Mesias, y la felicidad de los que á su santa ley se sometan; la adoracion que recibiria de los pueblos y la celebridad y veneracion de su santo sepulcro.

El capítulo 29 es una historia ó un cuadro de la ruina de Jerusalem; de la confusion de sus perversos ó hipócritas doctores; de la exaltacion y goces del pobre; de la ciega incredulidad de aquellos; de la feliz docilidad de estos.

«¡Ay de tí, Ariel, la ciudad de Ariel que
«espugnó David! Aun pasarán algunos años:
«aun durarán sus fiestas, y circunvalaré á
«Ariel: se verá triste y desolada; será como
«Ariel. Rodearé tus murallas: levantaré fuer-
«tes contra tí: haré fortificaciones para ase-
«diarte. Serás humillada: hablarás como de-
«bajo de tierra: saldrá tu voz del profundo
«de la tierra, como la de una pitonisa. El
«número de los que te aventarán, serán como
«el del menudo polvo: los que se apodera-
«rán de tí, serán como las pajas voladoras, y
«te sorprenderán de repente. El Señor de

«los ejércitos te visitará, acompañado de
«truenos, rayos, terremotos, torbellinos, tem-
«pestades, y de un fuego devorador.... Por-
«que el Señor vá á inspiraros un espíritu de
«sopor: cerrará vuestros ojos: ocultará á vues-
«tros profetas y principes que tienen visio-
«nes. Os será la vision de ellos, como las pa-
«labras de un libro sellado, que cuando se
«diere al instruido, le dirán: *lee esto*; y él
«responderá: *no puedo, está sellado*; y se le
«dará al ignorante, diciéndole: *lee*, y respon-
«derá: *no puedo, porque ignoro las letras*....
«Yo aun haré una maravilla en este pueblo,
«un extraño prodijio, que sorprenderá á todo
«el mundo; porque la sabiduria de los sabios
«perecerá, y la intelijencia de los prudentes
«se oscurecerá.... En este tiempo los sordos
«oirán las palabras de este libro; y los ojos
«de los ciegos, saliendo de las tinieblas de su
«noche, se abrirán á la luz. Se alegrarán los
«dulces y humildes en el Señor; y se regoci-
«jarán los pobres en el santo de Israel. Porque
«se destruyó su opresor: desapareció su bur-
«lador: fueron separados los que velaban en

«su mal, los que con sus palabras hacian pe-
«car á los hombres; insidiaban á los que les
«argüian en las asambleas; procuraban sepa-
«rarse del justo. Por esto el Señor, que salvó
«á Abraham, dice á Jacob: No será confun-
«dido Jacob: no se ruborizará su casa; y
«cuando viere á sus hijos, que son obra de
«mis manos, dar enmedio de su pueblo glo-
«ria á mi santo nombre, santificarán al santo
«de Jacob, y glorificarán al Dios de Israel.
«Y los que erraban, serán iluminados; y los
«murmuradores aprenderán la ley de Dios.»

En el capítulo 35 habla de la venida del Mesias y de sus milagros. «Decid á los que
«tienen abatido el corazon. Cobrad valor: no
«temed: ved aqui á vuestro Dios, que viene
«á vengaros, y á dar á cada cual lo que me-
«rece. Dios mismo vendrá, y os salvará. En-
«tonces se abrirán los ojos de los ciegos, los
«oídos de los sordos. El tullido saltará como
«un ciervo; y se soltará la lengua del mu-
«do; porque del desierto saldrán las aguas
«de la fuente, y en la soledad correrán los
«torrentes.»

En el capítulo 40 anuncia al precursor del Mesias. «Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor: enderezad en la soledad los senderos de nuestro Dios. También dice: Tú que evangelizas á Sion, sube á la montaña elevada: alza con fuerza tu voz, el que evangelizas en Jerusalem. Alzala: no temas. Dí á las ciudades de Judá: ved aquí á vuestro Dios.»

El origen divino del Justo á quien espera la tierra, además de lo bien que está expresado en otros capítulos, que no dejan duda del carácter divino de aquel personaje, lo manifiesta en el capítulo 45. «Destilad, cielos, vuestro rocío; y las nubes lluevan al Justo. Abrase la tierra, y brote al Salvador; y la justicia nazca con él.» En el capítulo 46. «El tiempo de enviar mi justicia, está cerca: no la diferiré; y la salud no tardará. Estableceré en Sion la salud y en Israel mi gloria.» En el 52. «Por eso mi pueblo sabrá en aquel día mi nombre; porque yo que hablaba, ya estoy presente.... El Señor ha presentado ante los ojos de todas las gen-

«tes su brazo; y todos los paises del mundo
«verán al Salvador de nuestro Dios (que
«Dios nos enviará). Como habeis sido la ad-
«miracion de muchos, el parecerá tambien
«sin gloria en su aspecto ante los hombres,
«y su forma despreciable entre los hijos de
«los hombres. Rociará multitud de gentes:
«en su presencia contendrán su lengua los
«reyes; porque le verán aquellos á quienes
«nada de él se contó; lo contemplarán los que
«de él no habian oido hablar.»

En el capítulo 53 forma el cuadro mas completo de la pasion y mision divina de Jesucristo; y por sí solo bastaria para demostrar, que lo que los evangelistas nos han dicho, estaba ochocientos años antes profetizado. «¿Quién ha escrito nuestra palabra? «¿A quién se ha revelado el brazo del Señor? «El se elevará delante del Señor como un carbusto, como retoño de una tierra seca. «Está sin hermosura y sin esplendor. Le vimos desfigurado; y le hemos desconocido. «Despreciable: el último de los hombres: «varon de dolores, y que conoce el padecer.

«Su faz oscurecida y desfigurada; por lo que
«no le reconocimos. Él tomó ciertamente
«nuestras angustias; y cargó con nuestros do-
«lores; y nosotros le reputamos como un le-
«proso; herido por Dios, y humillado. Lla-
«gado por nuestras iniquidades: atormentado
«por nuestros crímenes: sobre él ha descar-
«gado el castigo con que habíamos de so-
«tisfacer para conseguir la paz; y sus carde-
«nales nos han dado la salud. Todos nosotros
«hemos andado errantes como ovejas: cada
«uno se ha extraviado en su camino; y Dios
«cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros.
«Se ofreció en holocáusto, porque quiso; y
«no abrió su boca. Como oveja será llevado
«á la muerte: enmudecerá como cordero ante
«el esquilador; y no abrirá su boca. En la
«angustia, y mediante un juicio, fué muerto.
«¿Quién referirá su generacion? Porque fué
«arrebatado de la tierra de los vivientes: por
«el crimen de mi pueblo le herí. Dará á los
«impíos por precio de su sepultura, y al rico
«por recompensa de su muerte; porque ja-
«más cometió iniquidad, ni en su boca se

«oyó la mentira. Mas el Señor le ha querido
«herir con el padecimiento. Si por el pecado
«diere su alma, verá su raza durar largo tiem-
«po; y la voluntad de Dios estará en su ma-
«no. Verá el fruto de los sufrimientos de su
«alma, y se saciará. Este mi siervo justo con
«su doctrina justificará á muchos, y cargará
«con las iniquidades de ellos. Por esto le daré
«á muchos como parte suya: él dividirá los
«despojos de los fuertes; porque él ha entre-
«gado su alma á la muerte, y con los crimi-
«nales fué reputado. Se cargó con los peca-
«dos de muchos, y por los trasgresores rogó.»

¿Puede darse una pintura mas fiel de
Jesus? ¿Puede anunciarse mas vivamente el
objeto de su venida, sus padecimientos y la
exaltacion gloriosa que á su muerte seguiria?
¿Tenian disculpa los judios que esperaban en
el Mesias un rey conquistador?

En el cap. 65 anuncia con la claridad
de la luz meridiana las consecuencias de
aquel grande acontecimiento. «Me buscaron
«los que antes no preguntaban: me hallaron
«los que antes no me buscaban. A una gente

«que no invocaba mi nombre, dije: vedme
«aquí, vedme aquí. Estendí todo el día mis
«manos hácia un pueblo incrédulo, cuyo ca-
«mino, siguiendo sus pensamientos, no es
«bueno. Hácia un pueblo, que hace sin cesar
«ante mis ojos, lo que no es propio sino á
«irritarme.» Habla de las prevaricaciones de
este pueblo que es el judío; y luego dice:
«Castigaré vuestras iniquidades y las de vues-
«tros padres que me han deshonrado sobre
«las colinas; que han sacrificado sobre las
«montañas..... Vé aquí lo que dice el Señor:
«Así como se encuentra un grano en un ra-
«cimo, y se dice, no lo cortes, porque es una
«bendición; así haré por mis siervos de modo,
«que no lo dé entero á la perdición (al pue-
«blo incrédulo). Haré salir una posteridad
«de Jacob y de Judá que poseerá mis mon-
«tañas. Mis elejidos heredaranla (esta tierra):
«mis servidores la habitarán.... Mas vosotros,
«los que habeis abandonado al Señor, y ol-
«vidado la montaña santa, que erijís altar á
«la Fortuna y libais sobre él; sereis unos en
«pos de otros pasados á cuchillo: todos cae-

«reis en la matanza; porque os llamé y no
«respondisteis: hablé y no oísteis: hicisteis
«mal ante mis ojos: elejisteis lo que no quise.»
Por eso dice el Señor Dios: «Mis siervos co-
«merán; y vosotros tendreis hambre: mis sier-
«vos beberán; y vosotros estareis sedientos:
«mis siervos se alegrarán; y vosotros sereis
«confundidos: mis siervos darán alabanza por
«la alegría de su corazón; y vosotros clama-
«reis en el dolor de vuestro corazón, y da-
«reis alaridos por la contrición de vuestro es-
«píritu. Vuestro nombre será para mis eleji-
«dos un nombre de maldición. El Señor Dios
«os hará perecer; y dará otro nombre á sus
«servidores. El que bajo este nombre sea
«bendito en la tierra, será bendito del Dios
«de verdad; y el que jurará en la tierra, ju-
«rará en nombre de Dios; porque las anti-
«guas aflicciones se darán al olvido, y des-
«aparecerán de delante de mis ojos. Yo voy
«á crear nuevos cielos y nueva tierra, y los
«antiguos se olvidarán sin que quede nada
«en el corazón.... Mis elejidos no trabajarán
«en vano, ni engendrarán hijos en medio de

«las penas; porque serán la raza bendita del
«Señor, y sus nietos serán como ellos.»

¿Puede estar mas clara la vocacion de los gentiles: puede estarlo la reprobacion y horrible castigo del pueblo judio, que no será del todo perdido á causa de los buenos siervos que de alli saldrán; pero será pasado á cuchillo y destruido: que parte de la posteridad de Jacob y de Judá poseerá la montaña santa: que para los buenos siervos el nombre judio será nombre de maldicion: que los buenos siervos tomarán otro nombre; es decir, el de cristianos, bajo el cual será bendito de Dios el que lo sea en la tierra; es decir, el que cumpla bien, se salvará: que las obras de estos cristianos serán fecundas en resultados: que serán aquellos siervos la raza bendita de Dios? ¿Puede anunciarse mejor la nueva ley, el trastorno relijioso del mundo?

En el capítulo 66 acaba de hacer el anuncio de esta revolucion. «Yo levantaré
«entre ellos un estandarte; y de los salvos
«enviaré á las naciones; en la mar, en el
«Africa, en la Lidia, en el pais de los fleche-

«ros, en Italia y Grecia, en las islas lejanas
«á aquellos que no oyeron hablar de mí, y no
«vieron mi gloria, y anunciarán mi gloria á
«los gentiles. Y harán venir como un pre-
«sente para el Señor, á todos vuestros her-
«manos de todas las gentes en caballos, en
«cuádrigas, en literas, en carros, en mulos á
«mi montaña santa de Jerusalem, dice el
«Señor, como cuando los hijos de Israel lle-
«van en vaso puro un presente al templo del
«Señor. Tomaré de entre ellos para sacer-
«dotes y levitas, dice el Señor; porque así
«como el cielo nuevo y la nueva tierra que
«voy á crear subsistirán delante de mí, dice
«el Señor, así vuestro nombre y raza subsis-
«tirán eternamente. Y el mes se cambiará
«en otro mes; los sábados (ó fiestas) en otro
«sábado. Toda carne vendrá á prosternarse
«y á adorarme, dice el Señor.»

Esta gran reforma, esta importante no-
vedad no puede confundirse con aconteci-
miento alguno de la historia judáica. Salir
predicadores para todo el mundo á mostrar
el Salvador, el nuevo cielo, la nueva tierra,

es decir, nueva ley, nueva doctrina: venir todos los gentiles á abrazarla, al tiempo que el pueblo incrédulo seria reprobado: sacar de ellos personas para ser sacerdotes de la nueva ley; es decir, dar entrada en el sacerdocio á todos los hombres, y no á una tribu particular: mudarse la manera de contar los meses: sustituir unas fiestas con otras, cesando el sábadó antiguo; esto es, hacer una completa revolucion: esto es lo que sucedió á consecuencia de la venida de Jesucristo; y que nadie, sino un hombre inspirado podia anunciar ochocientos años antes.

Viniendo á Jeremias, podemos decir, que este gran profeta no es el de los cristianos, sino el de los judios; pues aunque tuvo clarísimas visiones respecto á los grandes acontecimientos de su pueblo, se le reveló muy poco del Mesías. En el cap. 16 habla de la vocacion de los gentiles. «Señor, dice, fortaleza mia, robustez mia y refugio mio en el dia de la tribulacion: á tí vendrán las naciones desde los extremos de la tierra, y dirán: verdaderamente poseyeron nuestros

«padres la mentira: la vanidad no les fué
«provechosa. ¿Acaso el hombre hará dioses
«para sí, y ellos no serán dioses? Por lo cual
«hé aqui que yo les mostraré por esta vez;
«les mostraré mi mano y mi poder; y sabrán
«que mi nombre es *el Señor.*»

En el capítulo 23 anuncia el nacimiento del Mesias. «Mirad, que vienen los dias, dice
«el Señor; y levantaré para David un pím-
«pollo justo; y reinará rey, que será sabio; y
«hará el juicio y la justicia en la tierra. En
«aquellos dias se salvará Judá, é Israel habi-
«tará confiadamente; y este es el nombre que
«le llamarán, *el Señor nuestro justo.*»

Barne en el cap. 3.^o anuncia tambien la venida del Mesias á quien claramente llama Dios. «Este es nuestro Dios, y no será re-
«putado otro delante de él. Este halló todo
«camino de doctrina, y la dió á Jacob su
«siervo, y á Israel su amado. Despues de
«esto fué visto en la tierra, y conversó con
«los hombres.»

Ecequiel en el cap. 34 dice: «Salvaré mi
«grey, y no será mas espuesta á la presa; y

«juzgaré entre ganado y ganado, y levantaré
«sobre ellos un solo pastor que los apaciente;
«á mi siervo David: él mismo los apacentará;
«y él mismo será su pastor. Y yo el Señor
«seré su Dios; y mi siervo David, principe en
«medio de ellos: yo el Señor he hablado. Y
«haré con ellos alianza de paz etc. Y haré
«brotar para ellos el pimpollo de renom-
«bre etc.

En el capitulo 37. «Y mi siervo David
«será rey sobre ellos; y uno solo será el
«pastor de todos ellos: en mis juicios anda-
«rán: y guardarán, y cumplirán mis manda-
«mientos. Y morarán sobre la tierra que di
«á mi siervo Jacob, en la cual morarán vues-
«tros padres; y morarán en ella ellos y sus
«hijos y los hijos de sus hijos por siempre;
«y David mi siervo será principe de ellos
«perpétuamente. Y haré con ellos alianza
«de paz; alianza eterna tendrán ellos; y los
«cimentaré, y multiplicaré, y pondré mi san-
«tificacion en medio de ellos por siempre.
«Y estará mi tabernaculo entre ellos; y yo
«seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y

«sabrán las gentes, que yo soy el Señor,
«el santificador de Israel, cuando estuviere
«mi santificacion en medio de ellos perpé-
«tuamente.»

He traído lo mas notable de estos profetas respecto á Jesucristo; pues aunque en ellos y en todos se leen cosas, que bajo un sentido mas espiritual, mas elevado y recóndito aludan á este grande acontecimiento, no creo que serán del gusto del dia. Los antiguos espositores en cada línea de las profecias ven al Cristo, cuando no anunciado con palabras directas, por un doble sentido, que frecuentemente se halla en las escrituras. En aquellos siglos en que lo reciente de los prodijios mantenía tan viva y ardiente la fé; en que no se dudaba de lo principal, muy natural era, deleitarse, en buscar en las expresiones mas misteriosas y oscuras la prediccion de lo acaecido, tan poco tiempo hacía.

Pero hoy menos espiritualistas los hombres: mas inclinados á la lójica del entendimiento, que á las creaciones de la imaji-

nacion y á los movimientos del corazon: incapaces de remontarse á los cielos sobre la mas sutil idea: rebeldes á veces hasta á los razonamientos mas concluyentes y demostrativos, nada les satisface, que no lleve el carácter de positivismo, que distingue á nuestro siglo.

Se pierden en abstracciones, cuando se forman teorías políticas; porque estas son de creacion moderna; y la imaginacion es la que parece presidir á las creaciones del espíritu humano. Pero las ideas religiosas cuentan muchos siglos de vida y de combate: en esta larga travesia han perdido la fuerza, que las diera la fantasía acalorada; y ostentan solo la robustéz segura de la edad viril. No fian hoy su triunfo á los lijeros vuelos de la imaginacion, sino á la fuerza de las demostraciones, y al descubrimiento de armonías y conveniencias generales que el espíritu filosófico ha sabido lograr.

De aqui la falta de entusiasmo; pero la solidez del raciocinio: la falta de fanatismo; pero la fuerza de conviccion: la indiferencia

con que se oye al impio; pero la propagacion rápida del cristianismo por toda la tierra.

No se verá al irreligioso, arrebatado al sepulcro por un torrente de las ideas que le son contrarias; pero sin que el infierno se aperciba; sin estremecer con el ruido de la invasion, el cristianismo se espacia por el mundo; y en apacible serenidad todo lo inunda. Adquiere la pureza lójica de los primitivos tiempos; aunque sustituyendo á la evidencia de entónces, la larga discusion del dia; al fuego de caridad apostólica que un Dios de amor inspiraba, la admiracion tranquila de la virtud, que el razonamiento, la conviccion graduada y las conveniencias generales han venido á producir. Por eso me he limitado y limitaré á lo mas positivo, á los rasgos de resalto que se observan en las profecias, y que me pueden servir para formar un cuadro, todo de vivos colores, acomodado á la vista de los hombres del dia.

Daniel que anhelaba la ciencia de lo futuro en órden á religion: Daniel que mereció el renombre de *varon de deseos*, que le dió

el ángel emisario, logró por fin visiones muy claras, que le revelaron la historia del mundo hasta el tiempo de Jesucristo; y le dieron idea de un resultado espantoso de su muerte, que llega hasta nuestros días; y que cruzará todas las generaciones, hasta tocar al fin del linaje humano. Las profecías, pues, de este sabio y amable hebreo son de grande importancia; y en ellas se vió al fin estrellada la obstinacion de los antiguos impíos; habiendo tenido que recurrir al miserable efugio, de suponerlas escritas despues de los acontecimientos; como si el hallarse citadas en otros libros contemporáneos, de cuya autenticidad nadie duda: el haberse incluido en la traduccion griega del tiempo de Tolomeo Filadelfo 300 años antes de Jesucristo: el hallarse en el cánon hebreo formado antes de Alejandro: el haber estado desde el tiempo de este conquistador traducidas en varias lenguas, principalmente en la griega, esparcidas por todo el orbe civilizado, no fueran garantías suficientes de su autenticidad. En fin, nosotros los cristianos no miramos

sino á Jesucristo en las profecias; importándonos muy poco los acontecimientos anteriores de judios, ejipcios, griegos, babilonios, asirios etc.; y Jesucristo es muy posterior á los libros de los profetas, que tenian los judios, que nos dieron ellos mismos; que no podian haberse alterado en nuestro favor á vista de tales enemigos. Esto basta para nosotros. Vengamos á las profecias de Daniel, de que ya se habló con relacion al pueblo judio, al babilonio, persa, ejipcio, asirio, griego, y romano; y que ahora aplicará al Dios-hombre.

En el capítulo 2.^o se habla del sueño de Nabucodonosor; de la estatua que en él se le presentó, y de la esplicacion que de este sueño hizo Daniel, inspirado por Dios. La estatua tenia la cabeza de oro, el pecho y brazos de plata, el vientre y muslos de cobre, las piernas de hierro, los pies de hierro y barro. Una piedra se desgajó del monte, sin que mano alguna la arrojase; dió en los pies de la estatua, y los desmenuzó: toda la estatua se deshizo, y desapareció; mas la piedra se

hizo una montaña que llenó toda la tierra.

Daniel dice, que la cabeza de la estatua significa el reino de los babilonios: que el pecho y brazos significan otro reino que despues se levantará, el cual indudablemente fué el de los persas y medos que conquistaron á Babilonia, y están simbolizados en los dos brazos que se unen por medio del pecho á donde van á parar: que el vientre y muslos representan otro reino que vendrá despues, que mandaria toda la tierra; y es precisamente el de Alejandro, que corrió conquistando toda la tierra conocida. Las piernas figuran un cuarto reino, fuerte como el hierro, invasor y duro dominador; aunque varió despues, teniendo modelos de vigor y de flaqueza en su seno; lo cual se vió en el pueblo romano, que se representa por esta parte de la estatua.

Algunos han creído ser el imperio de los Seleucidas; y otros han hecho aplicacion á los dos imperios, figurando al uno por el otro. Cualquiera de las tres cosas puede ser; y nos es indiferente el sentido en que Daniel ha-

blase; pues la piedra que figura el quinto reino, vino al fin de los Seleucidas y en los tiempos de los romanos; y por consiguiente á unos y á otros tiene aplicacion. El de los Seleucidas se arruinó y desapareció: el de los romanos se identificó, desapareciendo el pueblo gentil, y sirviendo aquel suelo para centro del quinto reino que ha llenado la tierra. Este quinto reino está figurado por la piedra que creció y se hizo una montaña; y su universalidad y su eternidad, incompatibles con la naturaleza de las cosas humanas, dan un carácter distintivo, que no permite confundirlo con los reinos temporales. En fin, este quinto reino es espiritual.

«Mas en los dias de aquellos reinos, dice
«Daniel, el Dios del cielo levantará un reino,
«que no será jamas destruido, y este reino
«no pasará á otro pueblo; sino que quebrantaré todos estos reinos, y él mismo subsistirá para siempre.» ¿Se sucedieron cuatro grandes imperios en el mundo desde Nabucodonosor hasta Jesucristo, cuéntense los seleucidas en el de Alejandro, ó como un reino

ó dominacion separada; pues del primer modo, Jesucristo vino en los tiempos del cuarto reino; y del segundo modo, vino al acabar el que así ocupa el lugar de cuarto? Es indudable.

¿Vino sin que se manifestase su origen, y por voluntad propia, sin impulso extraño, como una piedra lanzada sin mano? Es evidente. ¿Vino y creció en gloria; y se dió á conocer por toda la tierra; y dominó á los dominadores, que pusieron al fin la cruz hasta en lo alto de sus coronas, y doblaron ante ella la rodilla? Viéndolo estamos.

¿Dura este reino desde que se estableció, sin dar señales de muerte; y sí de eternidad? Tambien lo vemos. Pues la profecia de Daniel está cumplida.

En el capitulo 7.^o se habla de una vision de este profeta, en que se le presentaron cuatro grandes bestias; la primera como leona con alas de águila, que representa perfectamente á Nabucodonosor por la fuerza, rapacidad y celeridad en sus conquistas. La segunda como un oso, que tenia tres órdenes

de dientes; y representa á los persas criados en los montes, los cuales formaron despues un cuerpo de imperio con los babilonios y medos. La tercera como un leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas, en lo cual no se puede desconocer á Alejandro, comparado aqui al leopardo ú onza por la rapidez de sus conquistas: figurado con cuatro alas, y cuatro cabezas por los cuatro capitanes que dividieron entre si su imperio. La cuarta una bestia horrible y prodijiosa, fuerte, con dientes de hierro; que comia y despedazaba, y lo que sobraba, lo destruia con los pies. Era desemejante á las otras bestias, y tenia diez astas, de las que tres fueron arrancadas; lo que representa al imperio de los Seleucidas y Lajidas.

Despues apareció el anciano de dias con vestidura blanca, trono de fuego; saliendo de la faz de aquel un rio de fuego; sirviéndole millares de millares. Sentóse; y fueron abiertos los libros, para celebrar un juicio; y fue muerta la bestia; y su cuerpo arrojado al fuego; y á las otras bestias tambien se les

habia quitado el poder. Despues vino el Hijo del Hombre en las nubes del cielo; y dió-le el anciano la potestad, la honra y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán; y su potestad es eterna, y su reino sin fin. Cuya parte de la vision, que á Daniel le esplicaron, diciendo; que la cuarta bestia era un cuarto reino; las diez astas, diez reyes, y la otra un rey mas poderoso que ellos, que derribaria á tres, y atropellaria á los santos del Altísimo, y pensaria mudar los tiempos y reyes; y serian puestos en su mano por tres tiempos y medio, y luego pereceria; y el reino y potestad serian dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino seria eterno; y todos los reyes de la tierra le servirían, representa al imperio de los Seleucidas y Lajidas, en el que descolló por su poder y maldades Antioeo Epifanes, que derribó tres de los diez que persiguieron al pueblo de Dios; y despues de tres años y medio pasados desde la profanacion hecha en el templo de Jerusalem, pereció: y despues vino Jesucristo; y estableció el reino espiritual y eterno del que

los mismos reyes son súbditos sumisos.

En el capítulo 8.º trae nueva vision, en que bajo la figura de un carnero con dos astas y un macho cabrio, de cuya asta quebrada salieron cuatro, y de una de ellas salieron otras dos hácia el Mediodia y Oriente y hácia la fortaleza etc., se hace una pintura fiel, como el mismo Daniel esplica, del imperio de los persas y medos, de Alejandro, de los Seleucidas y Lajidas, de la tirania de Antioco Epifanes, y de la muerte de este al tiempo señalado.

En el capítulo 9.º llega la profecia al mas alto punto de claridad y exactitud. Deseaba Daniel saber, cuándo se estableceria el reino eterno de la justicia ó del Justo, que todos esperaban; y rogando sobre esto á Dios, se le apareció el ángel Gabriel y le dijo. «Desde el principio de tus ruegos salió la palabra; y yo he venido para mostrártela, porque eres varon de deseos. Tú, pues, está atento á la palabra, y entiende la vision.»

«Se han abreviado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad; para

«que fenezca la prevaricacion, y tenga fin
«el pecado; y sea borrada la maldad; y sea
«traida justicia perdurable; y tenga cum-
«plimiento la vision y la profecia; y sea unji-
«do el Santo de los santos. Sabe, pues, y
«nota atentamente. Desde la salida de la pa-
«labra, para que Jerusalem sea otra vez edi-
«ficada hasta Cristo príncipe, serán siete se-
«manas y sesenta y dos semanas; y de nuevo
«será edificada la plaza y los muros en tiempo
«de angustia. Y despues de las sesenta y dos
«semanas será muerto el Cristo; y no será
«mas suyo el pueblo que le negará. Y un
«pueblo con un caudillo que vendrá, destrui-
«rá la ciudad y el santuario, y su fin estra-
«go; y despues del fin de la guerra vendrá
«la desolacion decretada.»

A pesar de los modismos, que no son de nuestra lengua y de nuestros tiempos; y que dificilmente se pudieron sustituir en idioma tan diferente y al cabo de veinte y tres siglos, sin alterar la letra que los traductores han respetado, se vé claramente que el Cristo habia de morir despues de sesenta y nueve se-

manas, es decir, despues de las sesenta y dos que comenzarian á contarse, desde que concluyesen las siete primeras, que Daniel divide de las segundas, para dar á entender el tiempo que se invertiria en la reedificacion de la ciudad, que fué de cuarenta y nueve años desde que salió la palabra ó decreto para ello.

Claramente se vé tambien, que la muerte del pecado (es decir, del pecado orijinal; porque los pecados particulares los espia el que los comete, mediante los méritos de Jesu-
cristo y por los medios que estableció) consistia en la muerte del Mesias; de suerte, que no vendria como rey conquistador: que su reino seria espiritual, comprado con su sangre. Claramente se vé, que el pueblo mismo judio le habia de negar y sacrificar; y que en castigo del horrendo pecado vendria un pueblo con un caudillo; y arruinaria la ciudad y el templo. No dice Daniel qué tiempo mediaría desde la muerte de Cristo hasta dicha ruina; porque esto no era el objeto principal de la profecia. Pero habla de una guerra que terminaria con la desolacion decretada, y esto

dá á entender, que algunos años pasarían.

Aqui parece concluida la prediccion. Pero despues vuelve á ella para ampliarla, como con frecuencia se ven estas cosas en los libros santos. «Y afirmará su alianza con muchos, dice, en una semana; y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio; y será en el templo la abominacion de la desolacion; y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.»

Esta amplificacion tiene por objeto advertir, que en tres años y medio se completaria la alianza que habia de sellarse con la muerte de Cristo; es decir, que no en las sesenta y nueve anteriores, sino en otra que completa el número de setenta, designado al principio, se formaria esta alianza: pero no se gastaria en ello toda la semana, sino la mitad; pues al cumplirse los tres años y medio cesarian la hostia y el sacrificio; no porque no pudieran los judios matar en el templo un carnero mientras subsistiese el edificio; sino porque inmolada la gran víctima, de que las demas habian sido figuras y verdade-

ras profecias de accion, la hostia no era hostia; la muerte de un carnero seria muerte, como pudiera recibirla en el matadero; pero no un sacrificio. En fin, á los tres años y medio cesaria la antigua ley con sus figuras; y comenzaria la nueva con sus realidades y con su hostia incruenta.

Tambien tiene la ampliacion por objeto, advertirnos, que el templo sufriria la abominacion de la desolacion, la cual seria eterna, ó duraria hasta el fin del mundo.

Hariamos mal en entrar en una cuestion de cronolojia, que por todas partes cuenta con datos, y como todas las cuestiones ofrece sus dudas. Los historiadores no han podido marcar exactamente las fechas de todos los acontecimientos y la correspondencia de unos con otros; y asi todo lo mas que contra estos periodos pudiera alegarse, seria una presuncion, una opinion mas ó menos probable, que en la cronolojia profana tendria su lugar.

Pero ¿qué vale una probabilidad: qué valdria una de esas que se llaman certezas contra la cronolojia de un Daniel, que en-

cierra en su periodo hechos ruidosísimos, acaecimientos espantosos, que habian de tener lugar al cabo de 500 años: y que en efecto suceden, como él los predijo; y los vemos hoy; pues ante nosotros pasan al través de diez y ocho siglos? El cumplimiento fiel de la profecía respecto á los hechos, atestiguado por todos los historiadores sagrados y profanos, y de que tenemos una evidencia ¿no basta para disipar toda duda respecto al número de años que el profeta señala? ¿Hemos de cerrar los ojos á la luz, y precipitarnos en busca de sombras, en un caos tenebroso?

Segun Prideaux, Usserio y otros, el año 536 antes de Jesucristo, puso fin Ciro á la cautividad de los judios en Babilonia: el 535 comenzaron á reedificar la ciudad y templo. El 485 Jerjes confirmó los privilegios de los judios: el 458 fué Esdras enviado por Artajerjes á Jerusalem, para restablecer la religion y las leyes. El 445 Nehemias restableció los muros de Jerusalem; y el 444 repuebla esta ciudad y reforma los abusos. 486 $1/2$ años componen 69 $1/2$ semanas. Si

se cuentan desde el decreto de Jerjes, este periodo viene con cortísima diferencia ajustado al que corrió hasta el nacimiento de Jesus, y se podia decir que así debe contarse.

Objetaríase, que Daniel dice, que despues de las sesenta y dos semanas ó sesenta y nueve morirá el Cristo; pero no es necesario que entendamos que sucederá inmediatamente. Ha dicho antes, que pasarian sesenta y nueve semanas hasta Cristo principe, y esto indica hasta el nacimiento: el adverbio *despues* no determina tiempo. «Despues de sesenta y nueve semanas» no quiere decir «inmediatamente despues» y la prediccion respecto al periodo, pudo limitarse al que habia de correr hasta el nacimiento en donde principió el grande acontecimiento, que acabó con la muerte ó con la ruina de la ciudad. Esto ya no necesitaba designarse: lo interesante era saber, cuándo comenzaria; pues poco mas ó menos, sabido el nacimiento, se calculaba el tiempo de la muerte, el de una generacion.

Si se cuenta desde la ida de Esdras hasta

la muerte de Jesus, hay solo la diferencia de unos cuatro años poco mas. Si desde el restablecimiento de los muros por Nehemias, faltan unos ocho años y medio. Pero ¿y qué garantías aseguran la exactitud de alguno de estos cálculos? ¿Qué hombre de juicio opondrá tan inseguros datos á un profeta que quinientos años antes predice los grandes acontecimientos que hemos visto y estamos viendo?

Tertuliano en su libro «contra los judios» explica la computacion de las setenta semanas de una manera, que para al entendimiento acostumbrado á trabajar en las dificultades cronológicas de estos acontecimientos. Es necesario suponer en Daniel una edad de 140 años; pero esto nada tiene de imposible.

Quiere Tertuliano, que se comience á contar desde Darío Noto en cuyo primer año de reinado tuvo Daniel la vision; y por consiguiente salió la palabra divina sobre estos acontecimientos. Quiere que las siete semanas, aunque se ponen antes de las sesenta y dos, se cuenten despues; observando que el

estar antes es por la costumbre de los judios de poner el número menor primero que el mayor, y asi forma la cuenta.

Dario reinó 19 años.—Artajerjes 40.—Oco 24.—Arses 1.—Dario Melas 22.—Alejandro el Macedon 12.—Sotero en Alejandria despues de Alejandro 35.—Filadelfo 39.—Evergetes 25.—Filopator 17.—Epifanes 24.—Otro Evergetes 29.—Sotero 38.—Ptolomeo 38.—Cleopatra 22 1/2.—Cleopatra bajo Augusto 13.—Augusto despues de Cleopatra 43. Cristo nació en el 41 de Augusto; y asi hasta el nacimiento de Cristo corrieron 437 1/2 años que componen 621 1/2 semanas; y se manifestó la justicia eterna; y fué unjido el Santo de los santos; y cumplida la vision y la profecia; porque hasta Cristo llegaron los profetas y la ley; y fueron perdonados los pecados por la fé en el nombre de Cristo.

Augusto vivió 15 años despues del nacimiento de Jesus. Sucedióle Tiberio, que tuvo el cetro 22 años, 7 meses, 20 dias. En el 15 de su reinado padeció el Señor te-

niendo unos 30 años.—Calígula reinó 3 años, 8 meses, 13 días.—Neron 9 años, 9 meses, 13 días.—Galba 7 meses y 6 días.—Othon 3 meses, 5 días.—Vitelio 8 meses, 10 días.—Vespasiano siguió, en cuyo primer año fué destruida Jerusalem; y por consiguiente pasaron desde el nacimiento de Cristo 52 años, que componen 7 $\frac{1}{2}$ semanas, con lo que se completan las 70. Es de advertir, que en algunas antiguas versiones se leían «siete y media» y «sesenta y dos y media» en vez de siete y sesenta y dos.

No están conformes con esta computacion otros autores; y así por todas partes se encuentra la duda, como suele suceder en los cálculos humanos. Pero Daniel señaló un periodo; y años mas ó menos, este periodo bastó para desenvolver los grandes acontecimientos que anunciara. Tenemos, pues, un autor seguro que es Daniel.

Sus profecias respecto á Jesus contienen noticia del pecado original; muerte de él por medio de la muerte del Cristo: que seria negado por su pueblo: que este no seria mas

suyo: que otro pueblo vendria con un caudillo y lo destruiria; y desolaria el templo; y cesarian la hostia y el sacrificio; y nunca mas se restablecerian; y esto acaeceria despues de cuatro imperios que se sucederian, á saber, el de los babilonios, el de los persas y medos, el de Alejandro y el de los Seleucidas y Lajidas, ó en los tiempos de un cuarto imperio contando á los Seleucidas y Lajidas en el de Alejandro. Y se formaria un nuevo reino que no tendria fin; un reino espiritual; el del Hijo del Altísimo; y los reyes vendrian á adorarle; y el periodo que correria hasta Cristo, seria de setenta semanas ó cerca de 490 años. ¿Se ha verificado todo esto? ¿Nos lo atestiguan autores sagrados y profanos? ¿Lo estamos viendo nosotros mismos? La profecia de Daniel se cumplió. El corazon, avezado á los vicios y á los crímenes, no se moverá: pero el entendimiento nada tiene que oponer: no puede eludir la conviccion. Vengamos á los demas profetas.

Oseas, cap. 9, anuncia la reprobacion de los judios y dispersion perpétua. «Todas las

«maldades de ellos en Galgal; porque allí los
«tomé en aversion. Por la malicia de sus obras
«los echaré de mi casa: nunca mas los amaré:
«todos sus príncipes son apóstatas. Herido
«ha sido Efraim: la raiz de ellos se secó: no
«harán mas fruto. Y si tuvieren hijos, ma-
«taré lo que mas aman sus entrañas. Los de-
«sechará mi Dios, porque no le oyeron; y
«andarán vagos entre las naciones.»

En el capítulo 6.º habla de la resurreccion al tercer dia; y de la conversion de una ley de figuras y de holocáustos en otra de amor y verdadera adoracion y conocimiento de Dios.

«Despues de dos dias nos vivificará; al
«tercero dia nos resucitará; y viviremos en
«su presencia. Entraremos en la ciencia del
«Señor: le seguiremos á fin de conocerle. Su
«advenimiento preparado está con el de la
«aurora; y descenderá sobre nosotros, como
«caen sobre la tierra las lluvias de otoño y
«primavera.... Porque quiero misericordia y
«no sacrificio; el conocimiento de Dios y no
«los holocáustos.»

Joél, capítulo 2 vers. 23 anuncia al Mesías, á quien mira, como un doctor dado al pueblo, para que le enseñe la justicia; y haga descender las lluvias de otoño y de primavera. En el capítulo mismo, vers. 28 y 29, anuncia la venida del Espíritu Santo y su divina inspiracion. «Despues de esto derramaré mi espiritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: soñarán vuestros ancianos, y vuestros jóvenes tendrán visiones; y sobre mis siervos y siervas en aquellos dias derramaré mi espíritu.»

Amós predijó las tinieblas y oscurecimiento del sol á la muerte del Cristo (cap. 8. vers. 9.) que segun el profeta coincidirá con el fin del pueblo israelita. (ib. vers. 2.) «Y dijo ¿qué ves, Amós? Un gancho para derribar las frutas. Y me dijo Dios: llegó el fin sobre mi pueblo Israel. No disimularé en adelante sus faltas.... En aquel dia, dijo el Señor Dios, faltará el sol en medio del dia, y en horas de luz se cubrirá de tinieblas la tierra.»

De Miqueas ya se citó el capítulo en que anuncia, que el Salvador saldría de Bethleem Efratá. «Y tú Bethleem Efratá: pequeña eres entre los millares de Judá. De tí me saldrá el que ha de ser dominador en Israel; y su salida desde el principio, desde los días de la eternidad.... Pasará firme; y apacentará con fortaleza del Señor y sublimidad del nombre del Señor su Dios, y se convertirán; porque ahora será engrandecido hasta los términos de la tierra; y será este la paz.» (cap. 5. vers. 2, 4, 5.) En el capítulo 4.º vers. 2, habla también de la vocación de los gentiles. «Y las naciones se apresurarán, y dirán: venid; subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos; y andaremos por sus senderos; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor.»

P. ¿Cómo aplicais al Mesías lo que dijo Miqueas; cuando Voltaire dice, que en esta profecía se habla de algun capitán, que saldría de Bethleem, y conseguiría alguna victoria sobre los babilonios; porque un momen-

to despues se habla de la historia de Babilonia, y de los siete capitanes, que elijieron á Darío?

R. El filosofo soñaba, cuandò esto escribia; porque en todo el capítulo no se hace mencion de Babilonia, ni de su historia; ni se nombra á Darío, ni á esos siete capitanes que le elijieron. Háblase de que será Judá abandonada hasta que pára la que ha de parir; que claramente se vé, ser la madre del dominador que naceria en Bethleem. Se dice lo que ya dejo referido; y que este dominador seria la paz. Se dice: «cuando viniere el «asirio á nuestra tierra, y hollase nuestras casas; levantaremos contra el siete pastores y «ocho hombres principales. Y pacerán la «tierra de Asur con espada, y la tierra de «Nemrod consus lanzas; y nos librárá de «Asur, despues que hubiere venido á nuestra «tierra, y hollare en nuestros términos.... Y «serán las reliquias de Jacob enmedio de «muchos pueblos como el rocío del Señor, y «como la lluvia sobre la yerba; que no aguar- «da á hombre, y nada espera de los hijos de

«los hombres.» Despues á la misma Judea se amenaza con quitarle sus caballos y carros; arruinar las ciudades: destruir sus fortalezas; destruir las hechicerias y supersticiones, los simulacros; arrancar sus bosques, y reducir á polvo sus ciudades; y hacer venganza en todas las gentes que no oyeron.»

Que no se trata de un cualquier capitan, el testo mismo lo demuestra. Dice, que «su salida será desde el principio; desde los dias «de la eternidad;» y estas palabras solo convienen á un personaje divino, un ser eterno. ¿Qué profeta se propuso por el grande objeto de sus anuncios un capitan cualquiera? Sabido es que al paso que aquellos santos varones escribian sobre acontecimientos próximos del pueblo judio, de vez en cuando levantaban su espíritu hacia un Salvador, un Mesias, un sacerdote de la nueva ley, á la que se someterian todos los pueblos de la tierra como comprendidos en la nueva alianza; y no puede ser otro el que Miqueas anuncia llamándole dominador con la circunstancia de eterno.

Es verdad, que habla de los asirios; y

anuncia á los judios que no tendrán que temerles, y que pacerán su tierra con la espada: pero esto no supone, que aquel dominador eterno seria un capitan cualquiera que alcanzaria una victoria de los asirios. En primer lugar: pueden entenderse bajo este nombre todos los enemigos de Judea, con mas razon cuando se les agrega la tierra de Nemrod, como que de aqui habian venido los conquistadores y desoladores de aquel pueblo; y entonces solo significan las palabras citadas, que ya no tendrian que temer esas guerras que antes agitaban á Judea; pues la nueva alianza iba á formar un nuevo pueblo, un otro Israel pacífico, que se acomodaria á todas las naciones; y esto se confirma por lo que sigue; que las reliquias de Jacob estarian enmedio de muchos pueblos como el rocío del Señor, que nada espera de los hijos de los hombres.

En segundo lugar: cuando se habla de esta invasion en la tierra de los asirios y de Nemrod, se dice; que se nombrarán siete pastores y ocho hombres principales; lo que supone, que aqui se trata de otras empresas

distintas de la del dominador eterno, y dirigidas por varios gefes.

En tercer lugar; supongo que el gefe que saldria de Bethleem, en vez de ser la paz como le llama el profeta, fuera la guerra en concepto del profeta mismo; fuera un militar, que acabase con los otros pueblos. Esto solo daria idea de que Miqueas tuvo inspiracion respecto al lugar del nacimiento del Mesias, y nada mas. En efecto, si mas circunstancias se le hubieran revelado, mas habria dicho.

Yo no creo, ni cristiano ni judio creerá, que cada profeta supo todo lo que habia de hacer Jesucristo. De este gran personaje cada cual algo vió, algo supo; y fuera de lo revelado podian todos tener sus opiniones particulares como hombres, y decir lo que mejor les pareciera. Miqueas fué inspirado en punto al lugar del nacimiento, y no le citamos para otra cosa. Si lo demas no se le relevó ¿quién podrá estrañar, que en lo demas no hablase como inspirado? ¿Quién podrá estrañar, que limitada su inspiracion á la venida del Salva-

dor y nacimiento en Bethleem, creyese, que pues los enemigos de Israel en su tiempo eran los asirios y caldeos, el dominador los venceria; y asi lo manifestase? ¿Por qué confundir lo que dijo como profeta, y lo que agregó como hombre privado: lo que anunció por inspiracion; y lo que creia, que debia suceder, cuando se cumpliese la profecia? Es menester tener siempre á la vista, que los profetas escribian lo que Dios les inspiraba acerca del Mesias. Pero que esta inspiracion solia ser un rayo, que de repente iluminaba una ó mas circunstancias de aquel personaje, dejando en la oscuridad respecto á lo demas al inspirado.

P. Proseguid vuestro cuadro de profecias.

R. Habacuc le esperó como á su Jesus, á su Salvador. «Mas yo me alegraré en el Señor; y me regocijare en Dios Jesus mio.»

Sofonias anunció la adoracion de todas las gentes; la vocacion de los pueblos á Cristo. «El Señor se hará terrible sobre ellos: aniquilará todos los dioses de la tierra; y los hombres le adorarán cada cual desde su lu-

«gar: todas las islas de las gentes le adorarán.»

Agéo predijo la venida del Mesias, del Deseado de las gentes; y dice; que será en tiempo del segundo templo, mas glorioso por esta razon que el primero, el cual sin duda fué mas grande, rico y magnífico. Anuncia la conmocion del cielo y la tierra, del mar y del continente; el movimiento del género humano, y la ley de paz que recibiria del Deseado; con lo cual, sino marca exactamente el tiempo, hace coincidir su venida con unos acontecimientos milagrosos y con la existencia de un edificio, que en dejando de permanecer en pié, cierra la puerta á toda esperanza. De manera que es menester creer hoy, que por lo menos hace diez y ocho siglos que el Mesias vino; pues el templo de Zorababel se destruyó al principio de este periodo.

«¿Quién ha quedado de vosotros, que haya visto en su primera gloria esta casa? ¿Cómo se os presenta ahora! ¡No os parece tal, como si nada fuese! Pero no temed, dice el Señor de los ejércitos... con vosotros

«estoy.... Porque esto dice el Señor de los
«ejércitos: aun un poco de tiempo; y con-
«moveré el cielo y la tierra: el mar y el con-
«tinente. Conmoveré todas las gentes; y ven-
«drá el deseado de todas las gentes; y lle-
«naré de gloria esta casa.... Mayor será la
«gloria de esta casa última, que la de la pri-
«mera..... y en este lugar daré la paz, dice
«el Señor de los ejércitos. (cap. 2. v. 4,
«5, 7, 8, 9 y 10)»

La bajada de los Angeles cantando el himno de paz; las tinieblas en la muerte de Jesucristo; la cesacion de las tempestades durante su vida: el movimiento de Jerusalem, de la Judea, y despues el de toda la tierra, que comenzó á abrazar el cristianismo, y á derramar por él su sangre, creo que podrá pasar por cumplimiento de la parte de profecia, que habla de la conmocion de cielo, tierra, mar y gentes.

Zacarías anunció la entrada del Mesias en Jerusalem, sentado en una burra, que llevaba detras su pollino. «Alégrate, hija de Sion: regocíjate, hija de Jerusalem. Ve aqui

«á tu rey que vendrá á tí. Justo y Salvador.
«El mismo vendrá, pobre; y montado sobre
«una burra y un pollino hijo de la burra.»
(cap. 9. vers. 9.) También anunció, que
seria vendido por treinta monedas. «Y les
«dije: si os parece bueno; dadme mi recom-
«pensa: si nó; estad quietos. Y tomaron trein-
«ta monedas de plata por precio mio.» (capi-
tulo 11. vers. 12.) En el versículo 13 trae
otra circunstancia curiosa de esta admirable
profecía. «Y el Señor me dijo: arroja para
«el alfarero el precio decoroso en que me
«han apreciado; y coji las treinta monedas
«de plata; y las arrojé á la casa del Señor
«para el alfarero.» Esto se cumplió esacta-
mente cuando Judas, habiendo vendido al
Señor en treinta monedas, las arrojó en el
templo; y habiendolas tomado los sacerdotes,
compraron con ellas el campo de un alfarero.

En el capítulo 13, vers. 7, anuncia la
fuga de los disipulos, exaltacion de los po-
bres, ruina de judaismo y gentilismo, triun-
fo del tercer partido, el cristianismo, proba-
do antes por los padecimientos. etc. «Espa-

«da: rebélate contra mi pastor, contra el
«hombre identificado conmigo, dice el Señor
«de los ejércitos. Hierre al pastor; y se dis-
«persarán las ovejas; y volveré á los niños
«mi mano; y estarán en toda la tierra, di-
«ce el Señor. Dos partes en ella se disper-
«sarán, y acabarán: la tercera quedará en
«ella. Y probaré esta tercia parte en el fue-
«go: los quemaré, como se quema la plata:
«los probaré como se prueba el oro. Me lla-
«mará por mi nombre, y yo le oiré. Diré:
«es mi pueblo: y él dirá: es el Señor mi
«Dios.»

En el mismo capítulo, vers. 6, anuncia la crucifision del Mesias. «¿Qué vienen á
«ser estas llagas en medio de tus manos? Y
«responderá: son con las que he sido llaga-
«do en la casa de los que me amaban.» En
el cap. 12, vers. 10, profetiza la lanzada en
el costado. «Y derramaré sobre la casa de Da-
«vid y sobre los habitantes de Jerusalem el
«espíritu de gracia y de oracion. Y dirigirán
«su vista á mi á quien traspasaron; y llo-
«rarán con llanto, como sobre un hijo uni-

«jénito.» Aquí está anunciada también la venida del Espíritu Santo.

Malaquías (cap. 3, ver. 1,) anuncia la venida del precursor, á quien inmediatamente seguirá el Mesías, el Ángel de la alianza que deseaban; y visitará el templo. «Hé aquí, yo envío mi ángel; y preparará el camino delante de mi faz. Y al instante vendrá á su templo el dominador y el Ángel de la alianza, á quien quereis. Hé aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos.»

Por último, el mismo profeta en el capítulo 1.^o v. 10 y 11 anuncia la reprobacion de los judios y la vocacion de los gentiles.... «y no recibiré ofrendas de vuestras manos. «Porque grande es mi nombre, dice el Señor «de los ejércitos, entre las gentes, desde donde nace hasta donde se pone el sol; y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre entre las gentes.»

P. Habeis reunido todo lo principal, que acerca del Mesías dijeron los profetas; y ya sabemos, quién era este personaje, cuándo y cómo habia de presentarse y el objeto de su

mision. Sabemos que hace mas de diez y ocho siglos que debió venir; y sino falta el cumplimiento de los oráculos, vino ya. Falta saber, quién es; y cómo el mundo proclama Mesias á Jesus, hijo de Maria: es menester que veamos, si en él se cumplieron las profecias: si tiene todos los caracteres con que el divino Redentor fué anunciado. ¿Podeis hacerme una sucinta relacion de la vida pública de Jesus?

R. Sí: ella manifestará que es el Salvador, de quien tanto hablaron los profetas.

Cuatro mil años habian corrido desde la creacion del género humano. Habian pasado los imperios de babilonios, persas y medos, Alejandro y los seleucidas y lajidas, y la república romana habia dejado de existir despues de conquistar casi toda la tierra conocida; cuarteada por su propio peso, iba á desplomarse si una mano poderosa concentrando el poder no la hubiera contenido con su energia y su acierto. Augusto despues de Julio César empuñó las riendas del gobierno; y siempre triunfador, y siempre sabio político,

y siempre protector del mérito, de las ciencias y de las artes, se hizo respetar y querer, puso la tierra en paz y cerró el templo de Jano.

Los indios, los chinos, los persas, los caldeos, los ejipcios, los tibetanos, los japoneses, los griegos, los germanos, los romanos, los galos, todos los pueblos del mundo, descontentos de la naturaleza humana esperaban un Redentor, que muchos siglos antes sus libros sagrados, sus geroglíficos, hasta sus instrumentos astronómicos, sus sacrificios, sus cánticos, los oráculos sibilinos, sus profecías tradicionales habian anunciado.

La impaciencia en tiempo de Augusto era universal. Virgilio cantaba la dichosa edad en que una persona bajada del cielo pondria un órden admirable en el mundo, conforme á los versos proféticos de la Sibila de Cumas, versos que se conservaban archivados en Roma: que vieron los primeros padres de la Iglesia: que los citaron contra los gentiles: que se cree perecieron en tiempo de Estilicon: que no se deben confundir con supuestos oráculos posteriores.

Ciceron habia anunciado que una ley gobernaria todos los hombres. Los pueblos todos del Oriente repetian la opinion antigua de que los dominadores del mundo debian salir de Judea, como lo atestiguan Suetonio, Tito-Livio, Salustio, Tácito y Plutarco. Sesenta años antes del nacimiento de Jesus, habia corrido en toda Italia una profecia que anunciaba, que la naturaleza iba á producir un gran rey para el imperio. En el pueblo judio callaban los oráculos; pues habia llegado el tiempo del grande acontecimiento anunciado; y todos esperaban atentos é impacientes al Redentor del género humano. Por eso fué aquella la época de tantos falsos mesias como aparecieron en la Judea, y la conmovieron.

El Idumeo Herodes, llamado el Grande reinaba en Judea por los romanos que se habian enseñoreado ya de aquel pais; y empeñado en destruir la familia de David, precipitaba la caida de aquel pueblo, representado por la tribu ó cetro de Judá.

Habia un sacerdote llamado Zacarias, ca-

sado con Isabel, que era estéril; y el ángel Gabriel se le apareció anunciándole tendría de ella un hijo á quien llamaria Juan, y seria el que preparase el camino del Señor. Dióle por señal de su mision divina la mudez en que habia de quedar Zacarias hasta que se cumpliese la promesa.

A los seis meses el mismo ángel fué á la ciudad de Nazaret en la tribu de Zabulon en Galilea donde habitaba Maria, virtuosa jóven desposada con José, de la real familia de David. Entró en el cuarto donde estaba; y le dijo: «Dios te salve, llena eres de gracia; el Señor es contigo: bendita eres entre todas las mugeres.» Turbóse Maria; el Angel la animó, y anuncióle que concebiria y pariria un hijo que llamaria Jesus, y seria hijo del Altísimo, y reinaria eternamente en la casa de Jacob.

Maria preguntó ¿cómo podia ser aquello, cuando ella no conocia varon? y el Angel le anunció, que el Espíritu Santo la cubriria con su sombra; y para prueba del poder y gracia de Dios, le dijo, que su prima Isabel estaba en el sexto mes de su preñado.

Resignóse la Virgen, y marchó á Ebron en las montañas de Judea á ver á Isabel. Luego que esta oyó la voz de Maria, sintió saltar en su vientre el niño: y esclamó: «Bendita eres entre todas las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre.» Maria pronunció entonces el cántico de acción de gracias que principia: «Mi alma dá gloria al Señor» y es bien conocido y usado en la Iglesia. Estuvo con su prima los tres meses que faltaban para el parto de esta. Verificóse: y yendo á circuncidar al niño, y disputando acerca del nombre que habia de tener, Zacarias no pudiendo hablar, tomó la tablilla y escribió: «Juan es su nombre» y desde aquel momento se soltó su lengua, y bendijo á Dios. Zacarias profetizó la redencion del género humano: dijo, que el Salvador habia ya venido al mundo, y anunció á Juan, que seria su precursor, su profeta, que prepararia el camino del Cordero, que quitaria los pecados de los hombres.

Maria volvió á Nazaret: José tuvo celos advirtiendo su preñez; pero instruido del mis-

terio por el Angel, se tranquilizó: hizo voto de castidad, y sirvió á Maria como á Señora suya.

En este tiempo se publicó un edicto del emperador romano Augusto César, para empadronar á todos los súbditos del imperio; y debiendo ir cada cual al pueblo, que era como cabeza de su familia. José y Maria fueron á Bethleem, ciudad de David, de quien ambos esposos descendian. La afluencia de gente que á empadronarse acudia, no les permitió otro albergue que un establo; y habiendo venido á Maria el parto, dió á luz sin dolor un niño, que envuelto en pañales le reclinó en un pesebre.

Un Angel anunció este nacimiento á unos pastores que guardaban su ganado en los campos de Bethleem, los que fueron de repente iluminados en medio de la noche. Oyeron tambien los pastores á multitud de ángeles, que cantaban: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Fueron los pastores al establo, y adora-

ron al niño; publicándose en seguida estas maravillas en aquel pais. A los ocho dias circuncidóse, y se le puso por nombre Jesus. Unos magos ó filósofos vinieron del Oriente guiados por una estrella: en Jerusalem preguntaron por el niño rey de los judios, pues venian para adorarle. Turbado el suspicaz Herodes, que se hallaba enfermo en Jericó, hizo llamar á los magos, y encargóles que encontrado el niño, le avisasen para ir tambien él á adorarle.

Encontráronle, y ofreciéndole oro, incienso y mirra, que sin advertirlo ellos, significaban su carácter real, sacerdotal y su passion, instruidos por Dios en un sueño acerca de la mala intencion de Herodes, se volvieron por otro camino. Cuarenta dias despues del nacimiento, fueron los santos esposos con el niño al templo de Jerusalem para purificarse la Virgen, y ofrecer á este como primojénito al Señor, dando dos tórtolas ó pichones conforme al precepto de la ley de Moises.

El justo anciano Simeon, que vivia con la esperanza de ver al Mesias, y habia tenido

revelacion de que no moriria hasta verle, fué al templo; tomó en sus brazos al niño; le reconoció y proclamó Salvador; anunció que seria blanco de la contradiccion de los hombres; y que el corazon de Maria seria traspasado con la espada del dolor. La profetiza Ana hija de Fanuel, viuda de 84 años, que vivia continuamente en el templo, tambien reconoció al Mesias, y habló de él á todos los que esperaban la redencion.

Al volverse los santos esposos á Nazaret, fueron avisados por un Angel, de que Herodes buscaba al niño para quitarle la vida; y huyeron á Egipto. Aquel impio para asegurarse el éxito de su propósito, mandó matar á todos los niños de dos años abajo, que se hallasen en aquel territorio, y ejecutóse la atroz matanza. A poco tiempo murió el inícuo, dejando de sucesor en el gobierno de Judea á su hijo Arquelao, y en Galilea lo fué Herodes Antipas. Avisados José y Maria, volvieron de Egipto y habitaron en Nazaret.

Arquelao se hizo odioso por sus crueldades: los judios se rebelaron varias veces;

dividiéronse en facciones: murieron muchísimos: tuvo que venir Varo, gobernador de Siria: los venció: crucificó dos mil; puso guarnicion romana en Jerusalem, y volvió á Antioquia. Arquelao fué juzgado por Augusto y desterrado á Viena en las Galias. Redújose la Judea á provincia romana: Cirino, gobernador de Siria, vino á hacer un empadronamiento general de bienes, probablemente para imponer tributo: se sublevaron los judios, y aumentaron las desgracias del pueblo.

Augusto envió de gobernador á Coponio; despues á Ambivio; y habiendo ascendido al trono de Roma Tiberio por muerte de Augusto, envió á Valerio Graco, á quien sucedió Poncio Pilato.

Siendo Jesus de doce años, fué con José y Maria á Jerusalem á la fiesta de Pascua; y al volverse, perdióseles: tres dias le buscaron, y al cabo de ellos le encontraron en el templo oyendo y conferenciando con los doctores.

En el año 15 de Tiberio, teniendo 30 Jesus, comenzó Juan hijo de Zacarias su pre-

dicacion en las orillas del Jordan cerca de Jericó. Anunciaba el reino de Dios; la venida del Mesias, cuyo camino él preparaba: bautizaba, y mandaba hacer penitencia para prepararse á recibir al Señor. Fué Jesus al Jordan: hizose bautizar por Juan: en aquel momento se abrieron los cielos; y descendió el Espíritu Santo en forma de paloma; oyéndose una voz que decia: «Este es mi hijo muy amado, en quien tengo mi complacencia.»

Antes de comenzar Jesus su predicacion, se retiró al desierto; ayunó cuarenta dias, para enseñarnos á comenzar preparándonos con la penitencia: permitió que por tres veces le tentase Satanás, para advertirnos del peligro en que de continuo estamos de ser tentados. A los cuarenta dias tuvo hambre. Sale á principiar su mision. Juan viéndole, dá nuevo testimonio de su divinidad, diciendo: «hé aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.» Síguele Andrés: llévale á su hermano Simon, á quien Jesus le muda el nombre, llamándole Cefas, que es lo mismo que Pedro. Al dia siguiente encuentra á Fe-

lipo, y mándale que le siga, lo cual hace al momento. Felipe lleva despues á Natanael, á quien Jesus llama verdadero israelita incapaz de doblez. Va Jesus á Canaam, ciudad de Galilea, y asiste á una boda en la cual convierte el agua en vino á petición de su santa Madre, á quien dá idea terminante de su divinidad; diciéndola, que nada hay de comun entre los dos.

Va despues á Cafarnaum; de aqui á Jerusalem, á celebrar la pascua. Entra en el templo, y arroja á los que alli vendian palomas y otros animales para los sacrificios: diciendo que aquella no era casa de contratación. Preguntado por los hebreos, con qué autoridad hacia aquello; qué milagros le caracterizaban; diceles: «destruid este templo, y en tres dias le reedificaré:» designando su cuerpo, como que era el verdadero templo de la divinidad.

Hace varios milagros en Jerusalem, que le atraen muchos creyentes, entre los cuales fué un senador llamado Nicodemo, el cual visitó de noche á Jesus, queriendo instruirse

de su mision divina. El Salvador le dice, que el que no renazca del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el cielo. No entendiéndole Nicodemo, Jesus le esplica la nueva ley, su mision, su muerte en la cruz, para salvar á los hombres etc.

Sale de Jerusalem: va á las orillas del Jordan con sus discipulos: bautiza por medio de estos á cuantos llegan. Juan preguntado por los que le seguian, les declara la divinidad de Jesus, de quien él es solamente un precursor. Habiendo censurado la conducta de Herodes Antipas que casó con Heropias, mujer de su hermano Felipe, viviendo este, fué encarcelado en el castillo de Maqueronte, y al fin á influjos de aquella mujer perversa, le mandó Herodes degollar.

Caminando Jesus á Galilea pasó por la provincia de Samaria, y cerca de Siquem llegó á pedir agua á una Samaritana, y estrañándolo ella, porque los hebreos no se dignaban hablar con los de Samaria, Jesus le revela quién es él; y dá á entender la universalidad de su ley. Llegan sus discipulos de

Siquem con los víveres que habian comprado: les dice Jesus, que su comida es hacer la voluntad de su padre. Los Siquemitas noticiosos por la Samaritana, le convidan á entrar en la ciudad. Entra: predícales la nueva ley: creen mucho en él: se detiene dos dias; y vá á Nazaret: entra en la Sinagoga: esplica una profecia de Isaias: prueba que en él se habia cumplido: quieren despenarle; le llevan á lo alto de la montaña, y Jesus escapa por enmedio de los ilusos sin que pudieran detenerle. Va á Cafarnaum en Galilea; despues á Canaam, desde donde con su palabra curó al hijo de un oficial, gravemente enfermo en Cafarnaum. Vuelve á esta ciudad; y yendo por la ribera del mar de Tiberiades, vé á los hermanos Simon y Andres, que estaban pescando: los llama: les manda que le sigan; y ellos dejan las redes y le siguen ya definitivamente sin apartarse mas, como antes habian hecho. En seguida vió á Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que estaban pescando; les manda lo mismo; y todo lo dejan y le siguen.

En la Sinagoga de Cafarnaum un ener-

gúmeno le confiesa Mesias, santo de Dios: y Jesus curóle, mandando al espíritu maligno salir de aquel cuerpo. Despues cura á la suegra de Simon Pedro con solo tomarla de la mano. En seguida curó cuantos enfermos le trajeron, y los demonios que atormentaban á muchas personas le confesarón á gritos hijo de Dios. Fué por toda la Galilea predicando; y haciendo milagros.

Pasó Jesus al otro lado del mar ó lago de Tiberiades: vió á un publicano ó alcaballero llamado Leví ó Mateo: mandóle seguirle, y asi lo hizo. Llegada otra pascua, vá á Jerusalem á celebrarla, y cura á un paralitico de treinta y ocho años de enfermedad, que estaba á orillas de la piscinas de Bethsaida. Le reconviene los Fariseos de que curaba en sábado; y Jesus les dice, que él y su padre son una misma cosa: que en todo tiempo se debe hacer bien: que es Señor del sábado: que hará mayores prodijios: que lean las Escrituras, á Moises y á los profetas, y verán como se han cumplido en él los oráculos, como es el Mesias; que no necesita mas testi-

monió que sus obras maravillosas, pero todo dá testimonio de él.

Vuelve á Galilea: vá al lago de Tiberiades á donde le seguia multitud de gente de Judea, Idumea, del otro lado del Jordan, de Tiro y de Sidon. Hizo muchos prodijios: eligió de entre los discipulos doce apostóles, que siempre le acompañasen, fueran á donde les enviase, y predicarán, dándoles la potestad de curar los enfermos. Estos doce fueron Simon, llamado Pedro, Andres su hermano, Jacobo ó Santiago y Juan su hermano, hijos del Zebedeo, llamados hijos del Trueno, Felipe, Bartolomé, Tomas, Jacobo ó Santiago de Alfeo, Simon llamado el Celoso, Judas hijo de Jacobo, Judas Iscariote y Mateo Levi.

Subió Jesus á un monte: hizo muchos prodijios en presencia de un gran concurso; bajó; curó á cuantos le esperaban en la llanura; y habiendo tomado una altura predicó el gran sermon en que enseñó los preceptos y verdades morales, que llamamos bienaventuranzas: descubrió la escelencia del evangelio; la perfeccion del nuevo pacto; la superio-

ridad de la ley complemento de la de Moises; y abrogó el divorcio y otras permisiones que hizo Moises por condescendencia con la dureza de aquel pueblo; permisiones que esplicó Jesus.

Despues curó al criado de un centurion romano, que no se consideró digno de que en su casa entrase el Señor. Este anunció en seguida la vocacion de los gentiles y la reprobacion de los judios. En la ciudad de Nain resucitó al hijo de una viuda, que llevaban á enterrar. Fué convidado á comer á casa de Simon el Fariseo; y una mujer de mala vida se puso á sus pies: rególos con sus lágrimas: derramó sobre ellos unguento oloroso, y los limpió con sus cabellos. El Fariseo se admiraba en silencio de que Jesus no conociese que era pecadora; pero penetrando el Señor su pensamiento le dijo, que esta mujer se habia arrepentido de veras, y lloraba su pecado: por lo cual estaba perdonada.

En seguida fué Jesus á Jerusalem para celebrar la fiesta de Pentecostés; despues de la cual volvió á Galilea: hizo muchos prodi-

jios; mas los Fariseos y doctores de la ley decian al pueblo admirado, que los hacia por ministerio de Belzebú, príncipe de los demonios. Anunció á aquellos su resurreccion despues de tres dias, comparando este prodijio con el del profeta Jonás, que estuvo tres dias en el vientre de un pescado. En el lago de Genezaret calmó una tempestad. Despues en el país de los Gerasenos curó á dos endemoniados arrojando los espíritus malignos que por su mandato entraron en unos cerdos, y los precipitaron en el mar.

Vuelve á Cafarnaum y resucita á la hija de Jairo, gefe de aquella Sinagoga. Vá á Nazaret y en el camino dá vista á dos ciegos. Predicó y volvió á recorrer toda la Galilea predicando y curando. Siendo innumerable la gente que le seguia, y la que le creia, envió por todo el país á sus apóstoles para predicar y hacer milagros. Los apóstoles volvieron habiendo conseguido el mas feliz éxito.

Pasó al desierto de Bethsaida en donde con cinco panes y dos peces dió de comer á cinco mil hombres, sin contar mujeres y ni-

ños, y sobraron doce canastos de comida. Volvió á Cafarnaum: esplicó cuál era el verdadero pan que hace á los hombres ganar la vida eterna; él mismo, como pan bajado del cielo: él mismo, cuya carne les daría por comida y su sangre por bebida.

Va Jesus á Jerusalem á celebrar la nueva pascua, en donde no obró milagro alguno, y se volvió al instante á Galilea. Despues marcha hácia las ciudades de Tiro y Sidon; y en el camino curó á la hija de una cananea ó fenicia. Volvió por Decapolí á la parte oriental del mar de Tiberias, en donde con siete panes y algunos peces dió de comer á cuatro mil hombres sin contar mujeres y niños, y sobraron siete canastos.

Vá á Bethsaida: despues á las cercanias de Cesarea de Felipe, y en el camino Pedro, preguntado por el Señor, aseguró que era el hijo de Dios vivo; y el Señor prometió edificar sobre él su iglesia contra la que no prevaleceria el infierno; y dióle las llaves del cielo; es decir, la potestad de ligar y desligar ó de juzgar á los pecadores. Anuncióles su

pasion en Jerusalem y su resurreccion: dijóles que era necesario tomar la cruz y dejar las delicias y bienes del mundo: les reveló que ellos tambien padecerian por su nombre.

Habiendo ido á orar al monte Tabor con Pedro, Jacobo y Juan, se transfiguró, y vieron aquellos, que Moises y Elias hablaban con él. Inculca Jesus á sus discipulos el precepto del perdon, sin fijar el número de veces, antes disponiendo que fuese ilimitado. Va á Jerusalem á la fiesta de Pentecostés. Elijió despues setenta y dos discipulos para enviarlos á predicar á todos los lugares del pais. Vá hácia Jerusalem: en Betania le convidan á comer en casa de Marta, y asisten Maria y Lázaro sus hermanos. En el monte de los olivos dá á sus discipulos la fórmula de oracion que un año antes les habia dado cuando el sermon del monte; esto es, la oracion dominical que llamamos «padre nuestro.» Predice la ruina de Jerusalem y del templo; la vocacion de los gentiles: la exaltacion de los humildes; manda la pobreza y humildad evangélicas; que el que haya de ser su discipulo

le siga, abandonándolo todo, y tomando la cruz. Manda el buen uso de los bienes; la limosna para ayudarse á ganar la vida eterna; recomienda la castidad en los pocos que se sientan con disposicion á ella para entregarse al amor de Dios: establece el precepto de perdonar las injurias; ese precepto nuevo que no escluye aun á los enemigos, pues manda que los amemos, y que hagamos bien, y pidamos á Dios por los que nos aborrecen, persiguen y calumnian.

Cura á un ciego de nacimiento; sobre cuyo milagro hacen los Fariseos las mas prolijas averiguaciones, y no pudiendo sufrir la fuerza de la verdad, dicen al curado que Jesus ha quebrantado el precepto del sábadó curando en este dia, y que es un pecador; á lo que el ciego contesta, que no sabe de esto: y sí que estaba ciego, y ya no lo está.

Vá Jesus á Betania, y ante un gentio inmenso resucita á Lázaro sepultado de cuatro dias, y muchos creen entónces su divinidad. Los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos temen ya la ruina de su sacerdocio y de su

ley: tratan de quitar la vida á Jesus: el sumo sacerdote Caifas dice, que es necesario que un hombre muera por todo el pueblo. Se dispone el Salvador para ir á Jerusalem á celebrar la cuarta Pascua despues de su bautismo. Pasa por Betania; y come en casa de Simon el leproso, á donde concurren Lázaro y sus hermanas Marta y Maria, y esta derrama una libra de bálsamo de nardo sobre la cabeza del Señor, unje sus pies y los enjuga con sus cabellos: critica Judas Iscariote este desperdicio, y Jesus defiende á Maria, diciendo que ha hecho buena obra, pues le ha unjado para ser sepultado.

Manda que le traigan una burra con su pollino; sube en ella; y camina á la ciudad en medio de las aclamaciones del pueblo y de sus discipulos, que le bendicen como rey descendiente de David. Cerca ya de Jerusalem, derrama lágrimas por las desdichas que sobre ella han de venir: anuncia el bloqueo que sufrirá, y que no quedará piedra sobre piedra. Llega al templo: arroja á los vendedores de animales y cambiantes de mone-

da. Predica, y anuncia su mision, su muerte y su nueva ley: sale por la tarde y pasa la noche en Betania. Continúa yendo á Jerusalem; vuelve á anunciar su ruina: dice á sus discipulos que el templo seria destruido sin quedar piedra sobre piedra. Dá las señales de este horrible acontecimiento, y de su segunda venida en el juicio final. El jueves por la tarde cenó el Señor con sus discipulos el cordero pascual, y anunció que uno de ellos le habia de entregar. Despues de la comida tomó pan ácimo, lo bendijo, lo partió y dió á sus discipulos diciendo que aquel era su cuerpo: despues les dió el caliz del vino, diciendo que aquella era su sangre del Nuevo Testamento que se derramaria por la multitud de los hombres en remision de los pecados.

Despues dióles un ejemplo de humildad, lavando los pies á los Apóstoles; les mandó que hiciesen unos con otros lo mismo, y les advirtió que el que de ellos quisiera ser mayor, seria el menor. Promete á Pedro que su fé nunca faltará en el mundo. Les reco-

mienda la union, el amor y caridad como señal de que eran sus discipulos. Les habló de su muerte; y anuncióles las persecuciones que ellos sufrirían. Salió despues con sus discipulos hácia el monte de los olivos; y en el camino fuéles instruyendo en su moral divina, y les repitió el precepto del amor mútuo. Anuncióles de nuevo su muerte, su ascension á los cielos, y la venida del Espíritu consolador; la ruina del paganismo; y propagacion del evangelio. Dijoles que aquella noche todos se escandalizarían en él; y á Pedro que se mostró arrogante y ofreció dar por él su vida, le anunció que antes que el gallo cantase la segunda vez habia de negarle tres veces. Fué al huerto de Gethsemani; se permitió entristecerse; hizo oracion, que repitió despues. Llegó Judas Iscariote con unos soldados, para prenderle; y abrazó y besó al Señor saludándole.

Prendiéronle, y le llevaron á casa de Anás, sumo sacerdote el año anterior, suegro de Caifás que lo era en este año, y vivia junto con él. Pedro le sigue: estando en el átrio

calentándose, es preguntado por dos criados y por otro sobre si era de los discipulos de Jesus y lo niega por tres veces; canta el gallo; Jesus le mira, y Pedro confundido, sale y llora amargamente. Anás hace varias preguntas á Jesus. Se presentan testigos falsos que aseguran haber dicho, que destruiria el templo; y en tres dias levantaria otro que no podria ser destruido por los hombres; le reconviene ya con embustes, ya con frivolidades; y Jesus como un cordero no abre la boca. Conjurado por Caifás para que diga si es el Cristo, le responde que sí.

Tratásele de blasfemo: el consejo del Sanhedrin le condena á muerte; le entregan á los soldados y criados, que pasan el resto de la noche burlándose, abofeteándole, ultrajándole del modo mas cruel. Luego que amaneció le llevan á casa de Poncio Pilato, gobernador romano, para que pronuncie la sentencia de muerte. Judas que habia tomado treinta monedas de plata por entregar á su Maestro, va desesperado; dice á los sacerdotes, que ha pecado: ellos le responden, que

nada les importa: él tira las monedas en el templo; huye y se ahorca; y los sacerdotes con aquel dinero compran el campo de un alfarero que destinan á enterramiento de extranjeros.

Pilato se niega á sentenciar á Jesus, porque le encuentra inocente; el populacho movido por los sacerdotes grita contra él y amenaza al gobernador. Envíale Pilato á Herodes Tetrarca de Galilea, que había ido á Jerusalem á celebrar la Pascua. Hácele Herodes muchas preguntas movido solo de curiosidad, y Jesus no contesta; y entónces le remite á Pilato. Este aprovecha la ocasion, de haber de soltar á un reo por ser dia de Pascua: tenía preso á un facineroso llamado Barrabás; pregunta á los judios á cual de los dos quieren que deje libre, y ellos gritan que á Barrabás, y que crucifique á Jesus.

Hace Pilato el último esfuerzo mandando azotar á Jesus á ver si se saciaban los judios: mas ellos gritaban que le crucificase. Lavóse Pilato las manos, diciendo que estaba inocente de la sangre de aquel justo, y puso la

sentencia: los judios gritaron que aquella sangre cayese sobre ellos y sobre sus hijos. Era la hora tercia, ó las nueve de la mañana; y entregado Jesus al furor de los soldados y siervos de los sacerdotes, le volvieron á ultrajar: pusieronle de nuevo sus vestidos; le cargaron la cruz, aunque en el camino temiendo se les muriese, pusieron para que le ayudase á un hombre de Cirene llamado Simon.

Innumerables mujeres seguíanle llorando; mas Jesus se volvió, y les dijo, que no lloraran por él, sino por ellas y por sus hijos; pues vendrian dias en que clamasen á los montes que cayesen sobre ellas, y las cubriesen. Subió al Calvario y tambien fueron conducidos dos ladrones: le crucificaron, poniéndole en medio de aquellos que igualmente fueron clavados en sus cruces. Jesus pidió al Padre Eterno por los judios, pues no sabian lo que estaban haciendo.

Los soldados repartieron los vestidos de Jesus, y como la túnica era indivisible por no tener costura, echaron suertes sobre ella. In-

sultaban al Señor: uno de los ladrones siguió este ejemplo; pero el otro le reprendió, y suplicó á Jesus se acordase de él cuando estuviera en su reino; á lo que el Señor contestó: que en aquel dia seria con él en el paraíso. Estaban junto á la cruz Maria Santísima, Maria Cleofa, Maria Magdalena y el apostol Juan, hijo del Zebedeo; y Jesus recomendó á su madre como hijo, y tambien dijo á Juan: «hé aquí á tu madre» por lo cual el apostol recojió á Maria Santísima, y la tuvo consigo sirviéndola hasta que fué llevada á los cielos.

Desde la hora sesta en que Jesus fué crucificado hasta la nona, se cubrió de tinieblas la tierra: el sol se oscureció: á la nona, disipadas las tinieblas, pidió agua el Señor, diciendo que tenia sed; y uno le llevó á la boca con un palo vinagre en una esponja. Gustóle: dijo en alta voz: «Todo está concluido. Padre mio, en tus manos entrego mi alma,» y espiró. En aquel momento, hora de ofrecerse los corderos de la Pascua en el santuario; hora del sacrificio vespertino, el velo del templo se rasgó: tembló la tierra: partiéronse los

peñascos: se abrieron sepúlcros arrojando los muertos: el Centurion romano se convirtió: otros muchos bajaron á la ciudad dándose golpes de pecho.

Despues de puesto el sol, fueron los soldados á quitar de la cruz á los supliciados: quebraron las piernas á los ladrones; pero no á Jesus por estar ya muerto; pero uno de los soldados le pasó con su lanza el costado del que salió agua y sangre. José de Arimatea, rico senador judio, pidió el cuerpo del Señor, y lo depositó en un sepulcro nuevo. Pusieron guardia los judios, y sellaron la losa. Al tercer dia por la mañana temprano tembló la tierra: un ángel levantó la piedra del sepulcro: cayeron los guardas aturdidos; y resucitó Jesus.

Presentóse varias veces á sus discípulos: convenció al incrédulo Tomás: mandó á los Apóstoles predicar por todas las naciones el Evangelio, bautizando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: les concedió el don de milagros; la potestad de rejir su iglesia; de atar y desatar del pecado á los pe-

nitentes; les prometió el Espíritu Santo; y á los cuarenta dias de su resurreccion, habiendo subido al monte de los olivos, despues de dar las últimas instrucciones á sus Apóstoles y discípulos en medio de mas de quinientas personas, estendió las manos; los bendijo, y subió hácia el cielo por su propia virtud. Los discípulos y demas personas le veian subir, hasta que una blanca nube le rodeó, y desapareció.

A los diez dias, estando en el cenáculo haciendo oracion los Apóstoles, se oyó un viento fuerte; descendieron sobre ellos unas lenguas de fuego, en cuya forma les visitó el Espíritu Santo; y salieron de alli hablando en todos idiomas. Comenzaron á instruir y predicar por todas partes, refiriendo los milagros, haciéndolos por sí mismos, y arguyendo con ellos.

De todas las naciones comenzaron millones de personas á abrazar el cristianismo: los Apóstoles y discípulos fueron perseguidos: en lugar de Judas Iscariote elijieron á Matias. S. Pablo de perseguidor cruel de los

cristianos, se hizo el mas ardiente predicador por efecto de una milagrosa aparicion de Jesus. A los treinta y cuatro años de la muerte de Jesus, despues de innumerables desgracias, Jerusalem bloqueada, circunvalada por las tropas romanas, mandadas por Tito; despues de llegar la hambre al extremo de comerse las madres á sus hijos, fué tomada, el templo quemado; todo se arruinó; se pasó el arado por aquel suelo en que no quedó piedra sobre piedra; y los judios que sobrevivieron á aquella catástrofe, se vieron en el mercado de Roma como cerdos sin haber quien los comprase; y se diseminaron por toda la tierra; y habiendo querido Juliano, emperador romano falsificar la profecia de Daniel repetida por Jesus; dió sus órdenes y toda clase de auxilios para reedificar el templo; y se reunieron los judios; sacaron los cimientos antiguos, y salieron unas llamas que consumieron á los obreros y sus instrumentos. Repitieron la tentativa, y sucedió lo mismo; y asi continuán los de aquel desdichado pueblo, esparcidos por toda la tierra sin tem-

plo, sin sacerdocio, sin altar, sin sacrificio; confundidas las tribus; perdido el baston ó cetro de Judá; despreciados, aborrecidos, perseguidos y temblando en todas partes: conservando su fé y sus libros para ser unos centinelas de la integridad con que los cristianos los conservamos; libros en que están los comprobantes de nuestra religion, que diez y ocho siglos lleva ya de vida, de combates y de triunfos; cada dia mas firme, mas estendida, mas acatada y reconocida por todas las naciones; adorada por los principales reyes de la tierra, y como muy próxima á recojer ya en su seno á todo el género humano.

P. ¿Podreis hacerme una lijera aplicacion de las profecias á la historia de Jesucristo?

R. Sí. Cuando pecaron Adan y Eva, Dios ofreció que el Hijo de la mujer quebrantaria la cabeza de la serpiente, y Jesus fué hijo de la mujer y no de hombre, pues nació de virgen como anunció Isaías.

Se promete por Dios á Abraham, que en su posteridad serian benditas todas las tribus

y naciones de la tierra. Se repite la promesa á Isaac; despues á Jacob, y este patriarca anuncia que saldria de Judá aquel Deseado, y que seria al ir á faltár el cetro de esta tribu; y Jesus descende de Abraham, Isaac, Jacob, Judá, y cuando vino al mundo faltó el baston, y concluyó este pueblo. Balaam anunció tambien, que saldria el Redentor de Jacob; pero no en aquellos dias, y Jesus vino muchos siglos despues.

Moises pide á Dios que envíe pronto al que ha venir, y anuncia á los hebreos que vendrá un profeta como él, es decir, un legislador. Y Jesus fué autor de una ley nueva. Anuncia Moises, que saldria de Judá, y que reposaria como en su casa en la tribu de Benjamin; y que permitiria que le quitasen la vida para salvar aun al mismo pueblo ingrato; pero espiritualmente, es decir, para abrir la puerta del cielo á los que despues de sacrificar la gran víctima, se purificasen con su sangre, de que era figura la vaca roja: y Jesus nace en Bethleem de la tribu de Judá, y predica en el templo de Jerusalem visitán-

dole como Señor de él, cuyo templo estaba en la tribu de Benjamin; y permite que le crucifiquen para redimir con su sangre al género humano.

Moises anuncia que por no haber oído á este gran profeta, seria destruido el pueblo judío; esparcido por el mundo; despues de haber sufrido bloqueos, asaltos, hambre hasta comerse á sus hijos, y que vivirían siempre temblando; pero sin desaparecer de la tierra; y todo ha pasado y está pasando desde la muerte de Jesus.

En los salmos, Isaías y libros de los Reyes se anuncia como hijo de David, y al mismo tiempo su Señor; y Jesus desciende de David, y acreditando con sus milagros su divinidad, revela que es anterior á Abraham, que es el Señor de aquel gran rey á quien dijo el Señor: «Siéntate á mi derecha.» Anuncióle David como eterno sacerdote segun el orden de Melquisedec. Dicho profeta y otros como Isaías, Sofonías, Miqueas, Habacuc y Ageo le anuncian como príncipe, rey eterno, Fuerte, Dios, Emmanuel, Dios y hombre, y Jesus

estableció un sacerdocio eterno, reino eterno como que los mismos reyes le rinden adoracion, fué un Fuerte, obró como un Dios, y ha sido reconocido y declarado tal, y como sacerdote estableció el sacrificio de pan y vino que fué el de Melquisedec, y fué él mismo la víctima bajo dichas especies.

Miqueas profetizó que naceria en Bethleem, y alli nació Jesus. Daniel anunció que vendria el Cristo cuando hubiesen caido los imperios de Babilonia, Persia, Alejandro y los Seleucidas; y entónces vino Jesus. Anunció que vendria á las setenta semanas de años desde la salida del decreto para la reedificacion de Jerusalem y del templo; y Jesus vino al cabo de estas semanas.

Isaias y otros anunciaron que seria llamado Nazareno; y habitó en Nazaret y le llamaron y le llaman Nazareno. Anuncióse que seria llamado el Hijo de Dios desde Egipto; y los santos esposos llevaron al niño recién nacido á Egipto, de donde muerto Herodes fueron llamados á Judea por aviso del Anjel.

Isaias anunció que comenzaria su predi-

cacion en Galilea en las tribus de Zabulon y de Neftalí; y Jesus la comenzó en dicho pais. Isaías y Malaquias anunciaron un precursor que saldria delante para prepararle el camino, y que seria la voz del que clama en el desierto; y Juan Bautista comienza á predicar en el desierto, y á preparar á los hombres para la Ley de Jesus.

Isaías anunció que con la vara de su boca herirá á los impios; defenderá al pobre; abatirá al soberbio; curará ciegos, cojos; resucitará muertos; levantará á los humildes; y Jesus predicó una ley de desapropio, de humildad, de pobreza, é hizo toda clase de milagros. Ageo anunció que vendria en tiempo del segundo templo, y vino Jesus en este tiempo, y á los pocos años de su muerte el segundo templo fué destruido para no reedificarse mas.

Isaías, David y Zacarias forman un cuadro completo de la pasion y muerte del Mesias. Que como rey entraria en Jerusalem pero en pobreza, y sentado en una burra que traeria su pollino; que predicaria su doctrina;

que ya no querria Dios los holocáustos; que heriria con la espada de su lengua á los malos; que haria prodijios; que confundiria á sus enemigos; que seria preso; vendido y entregado por uno de su mismo consejo y en precio de treinta monedas; que el traidor espondria su pecado y su misma esposicion, y la respuesta que oyese, habian de servirle de sentencia de condenacion; que tiraria las monedas; y los sacerdotes no queriendo recibirlas en el templo, comprarian con ellas el campo de un alfarero.

Que el Mesias habia de ser acusado; que depondrian contra él falsos testigos; que seria reconvenido; y no abriria su boca como el cordero delante de sus matadores. Que seria abofeteado hasta desfigurarle el rostro; insultado, pospuesto á los criminales, azotado, desangrado, desgarrado, contado entre los ladrones, condenado á muerte, crucificado, horadados sus pies y manos, denegrido y acardenalado; que seria estirado y destrozado de modo que se pudiesen contar sus huesos.

Que le darian hiel y vinagre á beber; que

rogaria por sus verdugos; que moriria para ser ensalzado; que seria atravesado su cuerpo; que no se le quebraria hueso; que sus discipulos huirian despavoridos; que sus verdugos repartirian entre sí sus vestidos; y sobre su túnica echarian suertes; que resucitaria al tercer dia, segun otro profeta (Oseas); que se daria á otro el obispado del traïdor; y que el sepulcro del Mesias habia de ser glorioso. Todo puntualmente se verificó en Jesus.

Amos anunció que en su muerte el sol se oscureceria, y asi sucedió en la muerte de Jesus. David anunció que subiria á los cielos, que se abririan á su llegada las puertas de la gloria, las puertas eternas. Zacarias anunció que Dios derramaria despues su espíritu sobre Israel; y Joel predijo que tambien sobre toda carne. David anunció que serian su herencia las lindes del mundo; que todas las gentes le adorarian, no limitándose ya á los judios esta religion.

Isaías predijo, que el Deseado enviaria misioneros ó apóstoles al Africa, Lidia, Italia, Grecia y á las islas distantes; á los que

no oyeron hablar de este Dios; y de estos enviados se formarían sacerdotes y levitas. Jesús ascendió á los cielos; envió al Espíritu Santo; se derramó sobre toda carne; se predicó el Evangelio á los gentiles; resonó por toda la tierra que se ha descubierto, y han entrado en el nuevo sacerdocio toda clase de gentes.

Malaquías anunció que en todos los lugares se sacrificaría, y el sacrificio incruento que estableció Jesús no tiene lugar limitado. Y vino sobre Jerusalem un caudillo, y la circunvaló, y la destruyó; y sucedió cuanto anunciaron los profetas que había de suceder como consecuencia de la muerte del Mesías; luego en Jesús tuvieron todas las profecias su cumplimiento.

P. Ciertamente la aplicación que de los profetas acabais de hacer demuestra que Jesús era el objeto de aquellas. Pero la relación de la vida y muerte de este personaje ¿está probada de una manera digna de fé?

R. Si. Todo el Nuevo Testamento es un fiador seguro de la verdad de dicha relación.

P. ¿Qué libros son los del Nuevo Testamento?

R. El Evangelio de San Mateo apóstol, natural de Galilea, el cual escribió en hebreo ocho años despues de la muerte del Salvador, á petición de los discipulos y de orden de los apóstoles.

El Evangelio de San Marcos, discipulo de San Pedro. Fué escrito en Roma á petición de los fieles, y aprobado por su maestro, lo presentó á la iglesia para que se leyese. No se sabe si desde luego se escribió en latin ó en griego.

El Evangelio de San Lucas, discipulo de San Pablo, pintor y médico natural de Antioquia, convertido por aquel santo apóstol, y compañero suyo en sus peregrinaciones y trabajos. Se escribió este libro en griego, despues del de San Mateo y del de San Marcos, estando con San Pablo en la Acaya, el año 3.^o de Neron, 26 despues de la muerte de Jesucristo.

El Evangelio de San Juan apóstol y el mas amado del Señor; natural de Bethsaida

en Galilea. Escribióle en griego á petición de los obispos de Asia en tiempo del emperador Nerva. Movióle á ello principalmente la herejía de Cerinto y de otros, entre los que se contaban los ebionistas, que negaban la divinidad de Jesucristo. Escribió su evangelio siendo ya viejo, suplió en él algunas cosas omitidas en los otros, y murió en el año 68 despues de la pasion del Señor.

Los actos de los apóstoles, libro escrito por San Lucas despues de su evangelio y antes del año 29 de la pasion: en el cual murió el santo martirizado en Patrás, ciudad de la Acaya.

Catorce epístolas del apóstol San Pablo, á saber: una á los Romanos, dos á los Corintios, una á los Gálatas, una á los Efesios, una á los Filipenses, una á los Colosenses, dos á los Tesalonicenses, dos á Timoteo, una á Tito, una á Filemon y una á los Hebreos.

La epístola de Santiago el Menor apóstol y primo de Jesucristo, y primer obispo de Jerusalem.

Dos epístolas de San Pedro; de las cuales la primera fué escrita en el año 2.^o del emperador Claudio, 43 despues del nacimiento del Salvador, y dirijida á los hermanos del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, estando el santo ya establecido desde el año anterior en Roma; y la segunda fué escrita el año 67 de la Natividad, y dirijida á todos los fieles. Por la diferencia de estilo creyeron algunos que no seria San Pedro su autor; pero no debiendo estrañarse esto cuando habian corrido de una epístola á otra veinte años; y hallando grandes datos de su autenticidad, y la tradicion constante y el consentimiento general de los padres antiguos, se declaró auténtica y por consiguiente canónica en el concilio de Laodicea y en los de los siglos 4.^o y 5.^o

Tres epístolas de San Juan apóstol, de las cuales la primera dirijida segun San Agustin á los partos, segun otros, á todos los fieles, ha sido desde el principio tenuta por auténtica sin que nadie dudase de su genuinidad. De la segunda y tercera dudaron algunos en

los primeros siglos de la iglesia, sospechando si serian de Juan Presbítero, llamado el anciano, discipulo de los apóstoles, del que hace mencion Papias. Pero San Ireneo habla de la segunda como escrita por San Juan apóstol; y Clemente Alejandrino en sus Estromas, lib. 2.º citando la primera espístola de San Juan, la llama *la mayor*, en lo que dá á entender que las otras eran del mismo autor. El estilo de todas es igual, las mismas sentencias, la misma caridad respiran, por lo que los padres del 4.º y 5.º siglo las incluyeron en el cánon del Nuevo Testamento.

La epístola de San Judas Tadeo ó Lebeo, hermano de Santiago el Menor, la cual fué citada por Orijenes, Clemente Alejandrino y otros, y casi todos los padres del 4.º siglo la reconocieron por canónica; aunque algunos dudaron de su autenticidad, porque cita una profecia de Henoc, septimo hombre descendiente de Adan; pero esto solo supone, que aquella profecia habia llegado por tradicion hasta su tiempo; ó que hubo un libro en que se conservaba, diferente de otro

apócrifo que se dice haber corrido despues; ó que en este apócrifo se hacia mencion de una profecia verdadera de Henoc.

Ultimamente el Apocalipsis de San J uan libro misterioso y sublime, que por no dirigirse á una iglesia particular; por no haberse archivado desde luego su testo, pusóse alguna duda al principio por algunas iglesias en recibirlo como auténtico; y al fin fué reconocido por del santo apóstol, y contado entre los libros canónicos del Nuevo Testamento.

P. ¿Podrémos estar seguros de la autenticidad y verdad de estos libros?

R. Tienen á su favor muchos mas datos, que el escrito mas notoriamente auténtico y comprensivo de hechos verdaderos. Los impíos se han esforzado en sus ataques contra estos libros, distinguiéndose entre todos Freret en su *Exámen critico* á quien casi copió Voltaire. Sus argumentos se reducen á que ninguno de los primeros padres, incluso Ireneo, citó pasaje alguno de los cuatro evangelios: que el primero que hablo de ellos fué San Justino: que hubo muchos evangelios

apócrifos, habiendo contado Fabricio hasta cincuenta, que en un principio tuvieron autoridad, y algunos padres y escritores eclesiásticos los citaron como auténticos, San Clemente, San Justino y Tertuliano; y los primeros herejes murieron por defenderlos. Que en Roma hasta el tiempo de Diocleciano no fueron un poco conocidos. Fácil me es contestar victoriosamente, á esta série de falsedades.

Jamas se habrá presentado un libro que tanto haga resaltar su autenticidad, y tenga tan sólidos fundamentos como los evangelios. Conformidad en su contenido con las circunstancias de los paises: adecuacion al tiempo en que cada uno de ellos se escribió, y al objeto ostensible de su autor: necesaria antigüedad: ligazon con los demas libros del Nuevo Testamento: generalidad de su admission: testimonio de los escritores católicos y aun herejes desde los primeros siglos: tradicion constante y universal; todo concurre á formar una demostracion lógica de aquella autenticidad.

La historia que contienen estos libros y la de los hechos apostólicos tienen conexión entre sí y con la historia civil. Son tan parecidas las narraciones y hasta las indicaciones respectivas á gobierno, leyes, costumbres, usos y ceremonias relijiosas de judios y gentiles, que se palpa la antigüedad de los evangelios; se palpa, que los tres primeros se escribieron, cuando existia Jerusalem: cuando se visitaba el templo: cuando el pueblo judio era todavia un pueblo.

Escribia S. Mateo para los judios, y lo hizo en hebreo; esforzándose en aplicar á Jesucristo las profecias del Antiguo Testamento; cosa inútil, sin objeto, si se hubiera hecho despues de la ruina de Jerusalem y dispersion ó conclusion de aquel pueblo. S. Marcos y S. Lucas escribieron en la época misma; pero despues de S. Mateo; y así se ve, que pasan mas lijeramente por lo que habia sido principal objeto del primero: que escriben como en apoyo de otro evangelio que ya existia; y queriendo dar conocimiento de algunas cosas que omitió S. Mateo. S. Juan es-

cribió despues de la ruina de Jerusalem: la profecia de esta ruina no tenia tanto mérito en escrito posterior al cumplimiento. Dejóla, pues, atestiguada por los anteriores, y él la omitió como cosa ya pasada. Mas ya se habian suscitado disputas sobre la divinidad de Jesus: habian comenzado á levantar cabeza las herejias que los otros no tuvieron que combatir, porque en el primitivo tiempo en que escribieron no las habia; y dejó conocer, que el principal objeto era enseñar la divinidad de nuestro Señor. Resalta, pues, en ellos su antigüedad, y resaltan las épocas en que se escribieron.

Los Hechos de los apóstoles fueron evidentemente escritos cuando existian el templo y la ciudad de Jerusalem. Las cartas de S. Pablo no dejan duda acerca de esto; y S. Lucas habia escrito antes que los Hechos su evangelio. Las cartas de los apóstoles no pueden ser suposicion de un falsario: fastidioso creo hacerme, si me pongo á dar razones de esta asercion. Ellas fueron dirigidas á diferentes iglesias: se responde á ciertas

preguntas: se deciden cuestiones: se resuelven dudas de aquellas mismas congregaciones á quienes se dirijian. Se refieren visitas hechas por Pablo: se anuncian otras que haria: se dice que envia á su discípulo F. ¿Seria posible que despues de S. Pablo, S. Pedro y demas se hiciese por un impostor creer á varias iglesias, que aun vivian, que escribian, que las dirijian aquellas cartas: que habian estado en tal tiempo en dichas congregaciones; que les enviaban sus queridos discipulos? ¿Seria posible que en aquel tiempo en que dichos santos vivian, las engañase el impostor, suponiéndose Pablo, Pedro etc.? Ó nos constituimos en el mas necio pirronismo, ó alejamos de nuestra imaginacion hasta la mas lijera sospecha de tan absurda, tan repugnante suposicion.

Pues bien: leyendo los Hechos apostólicos y las cartas canónicas, se ve, que estos escritos son posteriores á evangelios, á los cuales se refieren; sin los cuales son unos trozos insignificantes, vacios, desnudos de plan y de objeto; como que necesariamente

suponen, que los evangelios estaban publicados y eran conocidos. De manera que estos libros son del tiempo en que se dicen escritos; y son de personas coetaneas á los hechos de que nos dan noticia; y están apoyados por otros escritos con los que tienen necesario enlace; y que indudablemente son de personas que presenciaron los hechos narrados en los evangelios, como acaecidos ante dichas personas.

La estension de estos libros desde el principio de la iglesia fue tal, que se vieron traducidos en muchas lenguas. Apareció desde luego la version siriaca, sobre la cual puede verse el Aparato Bíblico de Brian Walton: aparecieron las versiones latinas, que fueron numerosísimas, desde los primeros tiempos, cómo asegura S. Agustin en el libro 2.^o de su Doct. crist. Job Ludolfo en su historia Etiópica, lib. 3.^o prueba la grande antigüedad de la version etiópica. La árabe, la persa, la armenia y otras son tan antiguas, que remontan hasta los primeros siglos del cristianismo.

Eusebio en su historia Eclesiástica dice, que muchos discípulos en aquellos primitivos tiempos, dejando su patria, se esparcieron por todas las naciones que aun ignoraban la venida de Jesucristo, y se apresuraron á darles los libros de los santos evangelios. Con cuanta rapidez se propagarian, lo prueba el hallazgo del evangelio de S. Mateo hácia el año 189 del nacimiento de Jesucristo ó 148 despues que se escribió, hallazgo logrado en la India por el sábio Panteno, que fué á tan remoto pais á predicar al Señor; y cuando volvió se trajo aquel libro.

S. Justino en su Apolog. 1. asegura que todos los domingos se leian públicamente en la iglesia los evangelios. Tertuliano, De præscript., dice, que en su tiempo se conservaban los orijinales de las cartas apostólicas en las iglesias á las que habian sido dirigidas; y en su Apolog. c. 31, dice: «No escondemos «nuestros libros: al contrario, andan en las «manos aun de aquellos que no pertenecen á «nuestra religion.» La mayor parte de dichos libros fueron escritos en lengua griega,

por ser la mas usada, la lengua sábia de aquel tiempo.

Esta multitud de versiones antiquísimas: esta admirable propagacion de aquellos escritos por toda la tierra conocida, y la conformidad que guardan todos en la narracion y en la doctrina, sobre lo cual ni aun dudas se atrevieron á suscitar Celso y Porfirio, enemigos encarnizados del cristianismo, existentes en sus primeros tiempos; prueban, que fueron dados á luz los evangelios canónicos cuando vivian los apóstoles, que fueron estos y sus discípulos primeros propagadores de tan santa ley.

S. Ireneo en su tratado «Advers. hærs. «lib. 1. dice: Apesar de la diversidad de lenguas usadas en el mundo, la tradicion de «esta santa historia es una misma en todas «partes. Las iglesias de Germania no tienen «sobre esto otra creencia que la de España «y de los Celtas. Las que se han fundado en «las estremidades del Oriente, del Ejipto, de «la Libia publican estos hechos, lo mismo «que las que están en medio del mundo. Asi

«como no hay mas que un sol que alumbre
«al universo, no hay mas que una sola pre-
«dicacion, enteramente uniforme, una luz
«sola que alumbre á cuantos quieren acer-
«carse á conocerla.»

Se dirá, que como hay ó hubo evangelios apócrifos, y en muchos pasajes de los primeros padres no se dice de quién es el evangelio á que se refieren, tal vez sucederia que no tomasen de los auténticos estos pasajes. Tambien podrá haber sucedido, cuando no mencionan evangelio alguno, que las palabras que se leen en sus obras, ó sean suyas, ó hayan llegado por tradicion á sus oídos. Veamos algunos de estos pasajes, y ellos mismos responderán á la objecion.

S. Clemente Romano, discípulo de S. Pedro, en su carta 1.^a á los de Corinto les dice: que se acuerden de aquellas palabras que se leen en una escritura: «Sed misericordiosos, «y recibireis misericordia, (Lucas. c. 6. vv. 36 y 37.) Les recuerda que Jesucristo dice en el evangelio. «!Ay de este hombre! Fuérale «mejor no haber nacido» (Mat. 18. Marc. 9.

Luc. 17) La carta que bajo el nombre de S. Bernabé citan Clemente Alejandrino y Orígenes, y que si bien algunos dudan de su autor, todos convienen en que es del primer siglo, trae las palabras de S. Mateo c. 20. «Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.» También las del cap. 9. «No he venido á llamar á los justos sino á los pecadores.» Las del cap. 22. «¿Cómo llama David al Cristo Señor suyo, siendo su hijo?» De S. Lucas c. 6. «A todo el que pida, dá.»

S. Ignacio, discípulo del apostol S. Juan, y martirizado en el año 107, siendo de edad ya avanzada: S. Ignacio que vió en carne á Jesucristo (como él mismo lo dice) despues de la resurreccion, en su epístola á los Tralianos como en las demas, trae innumerables pasajes de los evangelios, de los cuales pondremos aqui algunos.

Epistolas á los Tralianos. «Hay muchos «charlatanes, vanos y seductores, no cristianos, sino crítempori, esto es, cristi lucríori, que en nombre de Cristo hacen cuestura, llevando con fraude su nombre; y adul-

«terando las palabras del evangelio; y mezclando el veneno del error.... Ninguno obre contra su prójimo; *remittite enim*, dice nues- tro Señor, *et remittetur vobis* (Luc. cap. 6.) «Jesucristo hijo de Dios que nació de David «por Maria: que fue verdaderamente enjen- drado de Dios y de una virgen.... verdade- ramente tomó su cuerpo; porque *verbum caro factum est*. (S. Juan 1,) y vivió entre «los hombres sin pecado. Porque *¿qui ex vo- bis arguet me de peccato?* (Juan 8).... Por- «que muchos cuerpos de santos que dormían, «resucitaron con el Señor. (Mat. 27.) Descen- «dió solo á los infiernos, de donde volvió con «gran multitud; y rompió aquel seno eterno.. «y al tercer dia resucitó levantándolo el Pa- «dre; y volvió á su diestra, en donde estará «hasta que ponga bajo sus pies á sus enemi- «gos. En la parasceve, á la hora tercia, per- «mitiéndolo el padre, recibió la sentencia de «Pilato; á la hora sesta fué crucificado: á la «nona espiró: antes de ponerse el sol fué se- «pultado. El sábado permaneció bajo la tier- «ra en el sepulcro en que le puso José de

«Arimatea. Al brillar el dia Domingo resu-
«citó de entre los muertos segun aquello
«que habia dicho: *asi como Jonás estuvo en*
«*el vientre del cetaceo tres dias y tres noches,*
«*asi el hijo del hombre estará tres dias y tres*
«*noches en el corazon de la tierra, (Mat. 12)..*
«*Videbunt in quem pupugerunt, et plangent*
«*super eo sicut super dilecto.» (Mat. 15.)*

«Verdaderamente Maria concibió un
«cuerpo, y tuvo á Dios habitando dentro de
«si misma: nació el Dios verbo de una virjen,
«vestido de cuerpo, espuesto á las mismas
«pasiones que nosotros. Nació verdadera-
«mente de vulva; y se fabricó para sí un cuer-
«po de la sangre de la virjen, escepto que
«no intervino varon. Nació como nosotros
«etc. etc. A los treinta años fué bautizado
«por Juan: durante tres años predicó el evan-
«jelio, con signos y prodijios. Fué juzgado
«por los falsos judios y presidente Pilato:
«fué azotado, abofeteado, escupido; llevó
«corona de espinas y vestido de púrpura:
«fué condenado y crucificado, no en fantas-
«ma, sino realmente. Fué muerto y sepul-

«tado, y resucitó de entre los muertos. El
«Padre que lo resucitó, nos resucitó por él,
«sin el cual nadie conseguiria la verdadera
«vida. Porque dijo: *Ego sum vita: qui cre-*
«*dit in me, etiamsi mortuus fuerit, vivet. Et*
«*omnis qui vivit et credit in me, etsi mortuus*
«*fuerit, vivet in æternum.*» (Juan, cap. 11)...
«*Omnis autem plantatio, dice el Señor, quam*
«*non plantavit pater meus, radicitus evellitur.*»
(Mat. 1.)

Esta carta no solo contiene muchos pasajes de los evangelios y de San Pablo, sino que es ella un evangelio abreviado, pues contiene todo lo principal de nuestra doctrina. En la que dirigió á los Magnesianos cita expresamente á San Pablo en la primera carta á Timoteo, en que le dice: «Nadie despre-
«cie tu adolescencia: pero sed ejemplo de los
«fieles en la palabra y conducta.... El Señor
«dice: *nada puedo hacer por mi mismo* (se en-
«tiende, como antes lo dice, que nada hace
«sin el Padre) (Juan, 5).... Como enseña
«Cristo diciendo: *Si crederetis Mosi, crederi-*
«*atis mihi: de me enim scripsit ille. Et Abra-*

«ham pater vester exultavit, ut videret diem
 «meum: vidit et gavisus est. Priusquam enim
 Abraham fieret, ego sum.» (Juan 5.) Reasume
 la historia de Jesucristo... «cum feceritis om-
 «nia quæ precepta sunt vobis, dicite: servi in-
 «utiles sumus» (Luc. 16....) «Deus enim, in-
 «quit ille, propitius esto mihi peccatori» (Luc.
 18).... «Qui enim se humiliat, exaltabitur; et
 «qui se exaltat, humiliabitur» (Mat. 23.)

Para no cansarnos diré, que las cartas
 auténticas de San Ignacio, y las que han sido
 redargüidas de apócrifas, están plagadas de
 pasajes de nuestros evangelios canónicos, es-
 pecialmente del de San Juan. San Policarpo,
 discípulo también de este apóstol, en una
 epístola que escribió á los Filipenses, dice:
 «Acordaos de que enseñando-el Señor, dijo:
 «Nolite judicare ne judicemini. También: di-
 «mittite et dimittetur vobis: miseremini, et Do-
 «minus miserebitur vestri. Qua enim men-
 «sura mensi fueritis, remetietur eadem et vo-
 «bis.» (Mat. 7 Luc. 6.) Acordaos también
 de aquello que dijo: «Beati pauperes spiritu,
 «et qui persecutionem patiuntur propter jus-

«*titiam, quoniam ipsorum est regnum cælorum.*» (Mat. 5.) «Porque ni yo ni ningun semejante mio puede seguir en sabiduria al beato y glorioso Pablo que estuvo con vosotros, y fué visto cara á cara de los que entonces vivian: que enseñó rectísima y firmísimamente la verdad; el cual estando ausente os escribió epístolas.... Sirvámosle con temor y reverencia, segun lo que nos evangelizaron los apóstoles del Señor etc. Absteneos de los falsos hermanos, que en vano llevan el nombre del Señor; y que hacen errar á los ignorantes: *Omnis enim qui non confiteatur Jesum-christum in carne venisse, hic Anti-christus est.*» (Juan 1.).... *Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma*» (Mat. 26, Marc. 14): «*qui peccatum non fecit, nec inventus est dolus in ore ejus*» (1.^a Pet. 2.) «Me escribisteis vos é Ignacio. Las epístolas de Ignacio, que os fueron enviadas las tengo etc.»

Las cartas de San Marcial son de una autenticidad dudosa: pero están llenas de pasajes de los evangelios. San Ireneo, perfec-

tamente instruido en la doctrina y libros de nuestra religion, como que tuvo por maestro á Papias y Policarpo, discipulo de San Juan, en el libro 3.^o de su grande obra *contra las herejias*, dice: «Los apóstoles no predicaron «hasta que tuvieron un perfecto conocimien- «to de los misterios.... San Mateo escribió su «evangelio entre los hebreos y en su lengua, «al tiempo que San Pedro y San Pablo es- «taban predicando, y fundando la iglesia de «Roma. Despues que salieron, San Marcos, «discipulo y notario de San Pedro, escribió «lo que á este habia oido: y tambien San Lu- «cas dejó escrito el evangelio que San Pablo «su maestro habia predicado. Despues San «Juan, discipulo de Jesucristo, que estuvo «recostado en su pecho la noche de la cena, «publicó tambien su evangelio, estando en «Efeso.... Nosotros podemos contar los obis- «pos que los apóstoles ordenaron en varias «iglesias y sus sucesores hasta nosotros; los «cuales ninguna noticia tuvieron de cuanto «estos hombres finjen» (los herejes).

Papias, de quien dejó hecha mencion,

que fué obispo de Hierápolis, discípulo de S. Juan, hablaba segun Eusebio, de los evangelios de S. Mateo y de S. Marcos, como existentes en su tiempo y escritos por dichos autores. Hermas, en su libro del Pastor, que sea auténtico ó apócrifo ó alterado, es de una remota antigüedad, y está citado como antiquísimo por Orígenes, hace alusiones al evangelio de S. Mateo y cartas de San Pablo.

San Justino, que fué del 2.^o siglo, en su primera Apolojia, presentada á los emperadores Antonino Pio, Marco Aurelio y Vero, al Senado y pueblo, unos cincuenta años despues que San Juan escribió su evangelio, hace mencion de los cuatro; y siempre los cita con los nombres de sus autores. Dice, que se leian en las juntas de los fieles; y que sabia por los mas ancianos, que lo mismo se hacia, cuando ellos eran de poca edad.

San Dionisio, obispo de Corinto á mediados del 2.^o siglo escribió siete cartas, que Eusebio llama católicas, y en ellas cita los cuatro evangelios y demas libros del Nuevo

Testamento como unos monumentos de incontestable autoridad.

Atenágoras del mismo tiempo, en una apologia de la religion cristiana y en un gran discurso sobre la verdad de la resurreccion de Jesus, cita los cuatro evangelios, los hechos de los apóstoles, las epístolas y el apocalipsis, reconociendo su autoridad. Teófilo, obispo antioqueno, en su apologia de la religion cristiana cita varios pasajes del Nuevo Testamento.

Tertuliano apoyándose en el testimonio de todas las iglesias que fundaron los apóstoles, en la universalidad y antigüedad, prueba contra el hereje Morcion la autenticidad de los cuatro evangelios canónicos.

S. Clemente de Alejandria, este gran maestro de la famosa escuela fundada en dicha ciudad: el sucesor de Panteno y de un discípulo de los Apóstoles, autor tambien del 2.º siglo, citó muchas veces los cuatro evangelios como de los autores á cuyo nombre corre: los reconoció terminantemente, lo mismo que los Hechos, las cartas y Apocalipsis, mirán-

dolos con tanto respeto, que á los primeros llama: *Voz evangélica del Señor*: á las segundas, *divinas escrituras, libros divinamente piadosos*: á los libros del Nuevo Testamento en general llama: *Verdadero cánon evangélico* (Estromas).

Orijenes, el gran discípulo de Clemente: el que Porfirio tuvo por el hombre mas sábio de su tiempo, asegura en su comentario de S. Mateo, que los cuatro evangelios son los únicos que admite toda la iglesia de Dios que está debajo del cielo.

Meliton Sardense: las iglesias de Viena y Leon, el presbítero romano Cayo, Hipólito, Dionisio de Alejandria, todos de los primeros siglos, recomendaron los evangelios y demas escritos apostólicos.

A cualquier hombre que con buena fé y sana crítica examinase esta materia, bastaria el testimonio de uno ó dos de los autores citados. Porque á la verdad: un Ireneo, sábio prelado, discípulo de dos discípulos de S. Juan, ¿podia ignorar cuáles eran los evangelios que la iglesia miró desde luego como auténticos?

¿No recibió la esplicacion de la boca de Papias y Policarpo? ¿No seria aquella la misma que dió á sus maestros el apóstol S. Juan? ¿No era de la misma escuela? ¿A qué habia él de suponer, que los cuatro evangelios que hoy veneramos, eran los únicos auténticos, si la iglesia hubiera tenido por tales algunos otros? ¿Y qué habria conseguido, si por un capricho propio de un loco, hubiese afirmado tal cosa? ¿No hubiera sido inmediatamente desmentido por todas las iglesias?

Ó todos tenian á los cuatro evangelios como los únicos auténticos, ó nó. Si lo primero ¿qué mayor prueba se quiere de su autenticidad? ¿De dónde habia de emanar esta opinion general sino de los que fundaron las iglesias, de los apóstoles mismos? Si lo segundo: ¿cómo S. Ireneo, S. Justino y demas escritores no fueron inmediatamente desmentidos? Se dice, que en las cartas apostólicas no se espresa que habia cuatro evangelios, que eran los únicos auténticos; y que los escribieron S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan. Pero ¿qué vale esta observacion?

Las cartas apostólicas, en las cuales comprendo las de S. Ignacio y S. Policarpo, eran dirigidas á iglesias ó reuniones de fieles que tenían los evangelios; que los leían todos los domingos; que no disputaban sobre el cánón de los libros. Eran unas cartas exortatorias á la virtud. ¿A qué decir, si tales evangelios son auténticos; si tales otros son apócrifos? ¿A qué enseñarles lo que sabían, y de lo que jamás dudaban: lo que era entónces notorio? Escribían recordándoles lo que Jesucristo enseñó; lo que mandó; y las palabras mismas de que se valen, prueban que hablaban con quienes sabían aquello; con quienes estaban ya instruidos de antemano en lo que contienen los evangelios. Hablaban de la doctrina, de la virtud, no disputaban acerca de los libros. Y para esto ¿no bastaba llenar las cartas de pasajes de los evangelios? ¿Había de ser necesario advertir á los hombres que los leían y sabían, que tal pasaje era del de san Mateo, tal otro de S. Marcos ó S. Lucas?

Cuando comenzaron los herejes á alterar el testo genuino: cuando quisieron apo-

yarse en otros escritos, que bajo el nombre de evangelios corrian: cuando fué necesario hablar de la autenticidad de los libros: cuando se escribió contra herejes, contra gentiles, contra hombres, á quienes era indispensable enseñar ó convencer, se habló mas determinadamente; se hicieron citas mas espresas, y se designaron los libros que la iglesia habia reconocido, como únicos auténticos.

Hay mas. Ya he demostrado que seria absurdo dudar de la autenticidad de las cartas apostólicas. Ahora bien, S. Pablo en una de las suyas dice, que envia al hermano Lucas, alabado por su evangelio en todas las iglesias; y en otro lugar dice el mismo apóstol: «segun mi evangelio» que probablemente era el de Lucas su discípulo. .

No tenemos el libro que escribió Cuadrato, discípulo de los apóstoles; y presentó al emperador Adriano. Tampoco ha llegado á nuestras manos el libro que á citado príncipe escribió y entregó Aristides, elocuentísimo filósofo ateniense; ni los escritos de Agripa, conocido por Castor; ni los de Ege-

sipo, en los cuales quizá encontraríamos citas de los evangelios con los nombres de sus autores. Pero repito, que para un hombre de buena fé y sana crítica basta que un S. Ireneo, un S. Justino ó cualquier otro afirme sin contradiccion de los demas, que los cuatro evangelios conocidos eran los que la iglesia habia tenido siempre por auténticos.

¿Cuál será, pues, la fuerza de conviccion que debe tener este cúmulo de testimonios que hemos ya presentado? Papias, obispo de Hierápolis, discípulo de S. Juan, S. Justino, casi del mismo tiempo que este apóstol, san Dionisio obispo de Corinto, Atenágoras, Teófilo, obispo de Antioquia, S. Ireneo, obispo de Leon, Tertuliano, S. Clemente Alejandro, el grande hombre de la antigüedad, como le llamó Voltaire; todos discípulos de los apóstoles, ó enseñados por discípulos ó por contemporáneos de estos, hablan de los cuatro evangelios canónicos; los designan con los nombres de sus autores: aseguran que son los únicos que se tienen por auténticos.

Las iglesias todas fundadas por los após-

toles ó sus discípulos en toda la tierra conocida, hasta en la remota India, poseen estos evangelios como los únicos que corresponden al cánon. Asegúrase por los autores citados, que hay sobre esto conformidad en todas las iglesias: se apoyan en la universalidad y antigüedad: los padres apostólicos llenan sus escritos de pasajes de los cuatro evangelios: S. Pablo habla de S. Lucas, y dice: que era alabado en la iglesia por su evangelio. ¡Y todavía se quiere mas para convenir en que son auténticos, en que se tuvieron por tales desde el principio del cristianismo!

Voltaire, gefe de los impios modernos, dijo: que ninguno de los primeros padres, incluso Ireneo, citaba pasaje alguno de los cuatro evangelios que tenemos. Ya he demostrado que todos traen muchísimos pasajes, que casi todos espresamente dicen ser los únicos auténticos los cuatro evangelios, y cabalmente S. Ireneo está mas esplicito que todos.

Habla Voltaire de Aloge y de otros herejes, que no admitian ya esta ya la otra parte de estos cuatro libros; pero tiene el filósofo

la desgracia de que cuanto en su apoyo trae, se convierte en contra suya. Los herejes de los primeros siglos dan la última prueba aunque innecesaria de la autenticidad de nuestros evangelios.

Claro es, que atacados por los que tenemos por canónicos, si hubiera sido posible trastornar su autoridad, poniendo siquiera en duda la autenticidad, ya que no probasen el apocrifismo, se habrían valido de este medio sencillísimo de defensa. Con que en demostrando yo que jamás los herejes por mas estrechos que se vieron; por mas que sudaron bajo el peso de aquella autoridad, se atrevieron á decir que no eran auténticos los cuatro evangelios, he añadido una robustísima prueba en favor de estos santos libros.

Taciano, discípulo de S. Justino, fué hereje y cabeza de la secta de los llamados Encratitas. Los cuatro evangelios eran enteramente contrarios á sus errores; á pesar de lo cual no impugnó su autenticidad, y en vez de ello, en su Diatessaron, obra de que dan noticia S. Epifanio, Teodoreto y Eusebio,

dirigió sus esfuerzos á adulterar los cuatro evangelios, suprimiendo testos, pero no añadiendo. Valentino admitió los evangelios de Mateo, Lucas y Juan, y sus fragmentos de estos evangelios están en las obras de Clemente Alejandrino. Marcion rechazó los evangelios de Mateo, Marcos y Juan; fundándose en que S. Pablo cuando escribe á los Gálatas, reprende á los apóstoles, segun asegura el heresiarca, de que no caminaban con rectitud segun la verdad del evangelio. De manera que alegaba un defecto en los tres evangelistas; pero no dudaba de que ellos eran los autores de estos evangelios. (Tert. contra Marc. lib. 4).

Segun Eusebio (hist. lib. 3.) los Ebionitas desechaban las cartas de S. Pablo, porque decian, que era un desertor de la ley. Los Aloges ó Alogianos desechaban el evangelio de S. Juan, como que contenia cosas que se oponian mas directamente á sus errores; pero ni negaron la autencidad, ni dejaron de admitir los otros evangelios. Los Maniqueos confesaban, que los apóstoles ha-

bian escrito los sagrados libros del nuevo testamento; pero que habian sido viciados. Los Arrianos interpretaron, viciaron el sentido de nuestros libros santos; pero se apoyaron en ellos como auténticos.

Convenidos los antiguos herejes, de que era incontestable la autenticidad de aquellos libros; y queriendo apoyarse en la autoridad de los que los escribieron, apelaron al recurso de alterarlos, para que sirvieran á sus errores. De esto fué de lo que se acusó á los sectarios de Antemon, á Asclepiades, Teodoto, Hermófilo, Apolónides y otros. Todas las sectas en sus disputas apelaban á nuestros libros; todas los citaban; procuraban acomodarlos á sus opiniones; pero jamas negaron la autenticidad.

¿Conoceria Celso nuestros evangelios, cuando confiesa, que de ellos y demas libros sagrados nuestros sacó las dificultades que propuso? ¿Existiria en tiempo oportuno, para tener noticia de su falta de autenticidad, cuando segun la opinion comun vivia ya en el año 117, es decir, que quizá conoceria

á S. Juan? ¿Estarían instruidos en el orijen de nuestros libros Porfirio, erudito, diestro y ardiente enemigo del cristianismo, y Juliano que contaba con todos los recursos para combatir á esta santa religion? Pues ni estos ni otro alguno se atrevieron á decir, que los libros del nuevo testamento no habian sido escritos por los apóstoles y discipulos bajo cuyos nombres corrian.

Pero ¿cuándo habia de hacerse la suposicion? Otros libros pueden ser apócrifos, y pasar por auténticos: estos, de ningun modo por las circunstancias que en ellos concurren. ¿Se podian suponer viviendo los apóstoles? No señor; pues al momento hubieran gritado contra la suposicion. ¿Cómo habian de consentir que otro tomara sus nombres, para decir bien ó mal de Jesucristo? ¿Se supondrian despues de los apóstoles? No puede ser. Cuando murió el último, habia iglesias en toda la tierra conocida: los discipulos suyos las rejian, instruidos perfectamente por sus maestros. ¿Cómo habian de consentir, que alguno publicase en nombre de los apóstoles

unos libros de que ellos no habian tenido noticia? ¿Cómo el autor de este fraude habia de poder introducir en todas las iglesias de todos los paises estos libros, haciéndolas creer que los apóstoles se los dieron, y que desde el principio los habian tenido y leído todos los domingos?

Pues en el tiempo de los discípulos de los apóstoles que habian llenado de pasajes de los evangelios sus escritos, dió á luz su grande obra S. Ireneo: publicó sus trabajos literarios S. Justino: el mismo Papias era inmediatamente discípulo de los apóstoles; escribieron los demas que hemos citado; y terminantemente dijeron, que jamás la iglesia habia tenido por auténticos otros evangelios, que los cuatro que corrian bajo los nombres de S. Marcos, S. Mateo, S. Lucas y S. Juan; y seria incontestable su testimonio, cuando herejes y judios, que combatian encarnizadamente la religion, no se atrevieron á oponer la mas leve duda sobre esto.

Es verdad que algunas iglesias no reconocieron desde luego todos los libros del

Nuevo Testamento; y de aquí tomaron argumento los impios. Pero en primer lugar: los cuatro evangelios, los Hechos apostólicos, las trece primeras cartas de S. Pablo y la primera de S. Juan, jamás fueron de origen dudoso para un fiel siquiera. Todo el orbe cristiano reconoció desde luego como auténticos estos documentos. En segundo lugar; las dudas de algunas iglesias que fueron muy pocas, acerca de la 2.^a carta de S. Pedro, el Apocalipsis, la segunda y tercera cartas de S. Juan, la de Santiago, la de S. Judas y la de S. Pablo á los hebreos, al paso que en nada perjudican á los escritos anteriores, prueban la circunspeccion, el pulso y determinimiento de la iglesia para la admision de libros que sabemos por la historia eclesiástica.

Todo el rigor de una demostracion se exijia, para admitir como auténtico un escrito. Lo que en el foro, en la academia, en otra cualquiera reunion de hombres se hubiera considerado como prueba plena, en la iglesia no era bastante si no para dejar en la clase de dudoso un libro; y las dudas que acerca

de los ya citados hubo, lo dan bien á entender. Se ve la santidad de la doctrina que contienen: se ve que el Apocalipsis es una profecía tan sublime, tan misteriosa y extraordinaria, que ningun hombre podia inventarla. Se sabia que casi todas las iglesias reconocian la autenticidad de estos libros. Pero habianse dirijido á algunos fieles no muy conocidos ó á todos los fieles en general; ninguna iglesia tenia los orijinales recibidos directamente de sus autores, y guardados en sus archivos, como sucedia con otras epístolas de S. Pablo, S. Juan, S. Pedro etc.; y hasta que se compararon con los indubitados; se cotejó el estilo; se examinó la doctrina; se consultó á todas las iglesias; y no quedó la mas leve duda, el mas despreciable escrúpulo, no fueron universalmente admitidos como auténticos.

Se ha dicho por el autor de la Historia crítica de Jesucristo con todo el majisterio que acostumbran los filósofos de mas orgullo que ciencia, que «el concilio de Nicea fué el «que separó los libros canónicos, y entre una

«cincuentena que habia entónces, escojió solamente cuatro;» y repite ese cuento, tan cacareado de los impios, acerca del milagro que Dios obró para que se distinguiesen unos libros de otros; como si el concilio de Nicea tuviese necesidad de un milagro, cuando se hallaba con la tradicion no interrumpida y el testimonio de todas las iglesias; y cuando tenia en los cánones apostólicos reunidos en el 2.^o siglo un catálogo de los libros canónicos, con el cual guarda conformidad el de Nicea. El tal milagro que se cuenta de diferentes maneras, fué una invencion del desconocido, visionario y embustero autor del *Libellus Synodicus*, libro escrito hácia el siglo 9.^o ó mas tarde; libro que han despreciado todos los cristianos instruidos, asi como el supuesto milagro que se ha dicho néciamente por los impios, ser uno de los hechos mas constantes de la historia eclesiástica.

El impio autor de la *Historia crítica de Jesucristo* que ya he citado, y á quien acabo de impugnar, habia dicho antes bajo la fé de otro, que la separacion de libros se hizo

en tiempo de Trajano y Adriano; el célebre Milord Bolingbroke creyó que fué en el concilio de Laodicea: otros que se hizo en el siglo 3.^o: otros que en el concilio de Trento. ¡Asi han andado siempre esas cabezas! Voltaire y otros copistas de aquel copista hablaron de los muchos evangelios apócrifos que hacen subir á cincuenta; de la autoridad que tuvieron en la iglesia; de los pasajes que citaron los primeros padres incluso S. Ireneo, asi como no citan alguno de los canónicos, y de aqui necesariamente infieren que es sospechosa la autenticidad de estos. Fácil es contestar á estas arbitrarias suposiciones.

1.^o No hubo tantos evangelios apócrifos como se dice. Muchos nombres aplicados á un mismo evangelio, hicieron creer, que estos eran tantos como aquellos. El de San Mateo tuvo diez nombres diferentes. Los de San Pablo y San Andres jamas existieron. El de los Encratitas es la compilacion de nuestros cuatro canónicos, hecha bajo el título de Armonía, por Taciano. Los evangelios de Heriquio y de Luciano son las revi-

siones, que de los auténticos hicieron sobre los manuscritos griegos aquellos dos sabios. Los de Marcion y Apeles no eran otra cosa que el evangelio de San Lucas, suprimidos algunos pasajes. El de Basilides era un mal comentario de los evangelios auténticos, atestado de errores y suposiciones groseras. Los evangelios de los Valentinianos, de Perfeccion, de Simon, de Judas, de Felipe no eran falsas historias de Jesucristo, sino cuerpos de doctrina de varios herejes.

Estos libros tuvieron sus partidarios, que eran los que respectivamente seguian aquellas sectas, para las cuales se habian escrito; pero toda la iglesia miró como auténticos á los cuatro que tenemos; y los mismos herejes, que leian en los libros citados, jamás negaron la autenticidad de los nuestros. Jamás esos libros apócrifos tuvieron autoridad en la iglesia: los impios no han alegado una prueba en favor de su asercion, al paso que con lo dicho basta y sobra, para concluir que la iglesia solo admitió los cuatro que tenemos.

2.º No porque se hallen en los prime-

ros padres algunos pasajes, que no son de los cuatros evangelios auténticos, hemos de inferir que son tomados de otros apócrifos. San Pablo, v. g. dice, refiriéndose á Jesucristo: «mejor es dar, que recibir.» ¿Y porque esto no se halle en los cuatro evangelios, diremos que lo tomó de los apócrifos? Sabido es, que Nuestro Señor hizo muchos prodijios, y dijo muchas cosas, que no están en aquellos sagrados libros. Ellos mismos nos lo enseñan terminantemente. Sabemos, que por tradicion llegaron aun á tiempos muy distantes de aquel varias noticias y algunas prácticas. ¿Qué tiene de extraño, que San Pablo conversando con los apóstoles, supiera de ellos cosas que se habian omitido en los evangelios?

San Clemente trae cuatro pasajes, que no están en nuestros evangelios auténticos. Uno se lee en el de los ejipcios, que nada tenia de falso, si bien no consta, haberse escrito por algun apóstol. Dos se hallan en la segunda carta de San Pedro. El cuarto, ó San Clemente lo adquirió por tradicion, ó por propio raciocinio, por ser una consecuen-

cia de la doctrina de Jesucristo. San Bernabé trae otro pasaje, que no se sabe, de donde lo tomaria; pero como discipulo del Señor pudo oírlo al divino Maestro. San Ignacio, en el pasaje que se ha encontrado en sus escritos, omitido en nuestros evangelios, no hizo otra cosa, que aludir á lo que el Señor dijo á los once apóstoles, lo cual nos consta por San Lucas (24, vers. 39.) Finalmente otro pasaje extraño, que se ha visto en las Constituciones apóstolicas, probablemente será tambien una alusion á la parábola de los talentos.

Con que de los ocho únicos pasajes, que han encontrado en los primeros padres nuestros filósofos, lo mas que se puede inferir es, que aquellos tenian conocimiento de los evangelios de los ejipcios y de los hebreos; que si bien no eran auténticos, merecian todo respeto, como unas piadosas escrituras, que contenian muchas verdades y ningunos errores.

En los padres que siguieron, se hallan algunas citas de libros apócrifos: Atenágoras

(Legat. pro christian. num. 32.) trae una: pero lejos de considerar canónico el libro de donde la sacó, dice terminantemente que era una escritura cualquiera. Algunos citaron el libro del Pastor; pero no como auténtico, sino como un escrito, que por su antigüedad merecia aprecio. En fin, no se hallará un pasaje siquiera de libro apócrifo que esté citado como canónico; si bien los que corrian en aquellos primeros siglos, fuera de las adulteraciones de nuestros evangelios, hechas evidentemente por herejes, para traerlos en apoyo de sus errores, eran unos escritos, que en lo sustancial convenian con los canónicos; y si hubieran estos necesitado de apoyo, lo darian los otros.

Por el contrario, las pocas obras de los padres apostólicos están llenas de pasajes de nuestros evangelios; y las de los posteriores demuestran, que no hubo otros tenidos por auténticos.

Inoportuno y para nada concluyente es o que dice Voltaire, de haber muerto los primeros herejes por sostener los evangelios

apócrifos. Esto nunca probaria, que la iglesia habia tenido otros canónicos que los cuatro. Probaria lo contrario de lo que Voltaire se proponia. Pero no hay tal defensa hasta morir de los evangelios apócrifos; ni los primeros herejes recibieron así la muerte; ni los primeros cristianos persiguieron á persona alguna; ni murió un hereje siquiera por defender la autenticidad de tales libros; ni esto es otra cosa que tramoya del charlatan filósofo.

3.º La existencia de libros apócrifos lejos de probar contra los auténticos, robustece su autenticidad. Si hubo apócrifos, y quien se esforzara por hacerlos creer auténticos, ¿por qué las iglesias todas los desecharon; y solo admitieron los cuatro que hoy tenemos? ¿Por qué nunca fueron sorprendidas? Claro está que la autenticidad de los cuatro constaba de una manera, que no dejaba lugar á la duda. Claro está que desde luego fué la iglesia muy cauta, muy circunspecta y detenida en el exámen y admision de libros.

Apenas comenzaron á correr los ejemplares alterados, los santos padres demostraron á los herejes su alteracion con la anterioridad y universalidad de los ejemplares católicos, que se mantenian en su pureza. Desde que se intentó el fraude fué descubierto. Los novadores de postreros tiempos en la edicion del Nuevo Testamento hecha en Mons mudaron una sola conjuncion en el evangelio de San Juan, cap. 17, vers. 12, y al momento se descubrió la alteracion. En el siglo 4.^o el obispo Trifilo mudó en un sermón una sola palabra de la Escritura; y el virtuoso obispo Espiridion desaprobó en presencia del pueblo la alteracion. Teodoreto suprimió en las parroquias de su diócesis mas de doscientos ejemplares del Diatessaron de Taciano, en el que no se alteraba la pureza de los evangelios, pero se omitia alguna cosa de sus pasajes. San Gerónimo mismo fué acusado de que queria alterar la antigua version de los setenta, cuando con la mas sana intencion emprendió la traduccion de la Escritura sobre el testo hebreo.

Tal ha sido el escrúpulo de la iglesia y su celo por la conservacion de los libros santos del modo que los recibió.

Los filósofos han alegado un pasaje de Orijenes y otro de Victor de Tmnis para probar que hubo falsificaciones. Pero aparece de ellos lo contrario. Orijenes dice, que solo los Marcionistas, Valentinianos, y discipulos de Luciano habian tenido el atrevimiento de alterar el evangelio; y de estas alteraciones de los herejes ya dejo hablado. Victor solo refiere que el príncipe hereje Eutiquiano Anastasio, por favorecer á su secta intentó falsificar los evangelios. Mas no dice que se ejecutó; ni era posible que lo consiguiese mandando en Oriente, y habiendo tantas iglesias en Occidente. Lo que confirma el rigor de la iglesia en esta materia, es que Macedonio, obispo de Constantinopla en tiempo del mismo Anastasio, trató de mudar una sola letra en el vers. 16, cap. 3, de la carta 1.^a de San Pablo á Timoteo; y por esto fué arrojado de su silla como sospechoso de herejía.

Dijo Voltaire, que hasta el tiempo de Diocleciano no comenzaron á ser conocidos nuestros evangelios. Ya cité á S. Justino, que hablando con gentiles asegura cabalmente lo contrario. Voltaire ha confundido con esta supuesta ocultacion lo que sucedió en el siglo 3.^o, que habiéndose empeñado los emperadores en acabar con el cristianismo, recojiendo y dando á la perdicion los libros sagrados, convinieron los cristianos en ocultarlos de los gentiles; y castigaron á los débiles, que se prestaban á entregarlos, á los cuales llamaron «Traditores.» Ya se ve, que esta ocultacion por efecto de las circunstancias, fue muy posterior á la publicidad, que desde el principio de la iglesia tuvieron los evangelios.

Dice Voltaire que los socinianos miran nuestros evangelios como obras escritas un siglo despues de Jesucristo por hombres groseros, groseramente redactadas. Esto es indigno de contestacion. Diré solamente que á Juan Jacobo Rousseau «encantaba aquel estilo: el evangelio hablaba á su corazon;»

y los socinianos carecen de voto en esta materia.

P. Habeis probado de una manera concluyente la autenticidad de los libros, que nos dan noticia del cumplimiento de las profecias en Jesucristo. Pero me quedan algunos reparos que hacer.

El 1.º es, que S. Mateo en el cap. 23, habla de la muerte de Zacarias verificada entre el templo y el altar. Dice que este Zacarias era hijo de Baruc; mas dicho asesinato se cometió mucho tiempo despues de Jesucristo, en aquel calamitoso de la ruina de Jerusalem; lo que dá á entender, que el evangelio de S. Mateo se escribió despues de aquella ruina, y el autor hizo hablar á Jesucristo de una cosa que sucedió despues; cometiendo un necio anacronismo.

R. Esta objecion es de Voltaire; quien altera el testo de S. Mateo poniendo Zacarias, hijo de Baruc, por Zacarias, hijo de Baraquias, que es lo que dice el evangelio. Ningun hombre instruido en las sagradas letras ignora, que hubo dos Zacarias, el profeta,

hijo de Baraquias, y el hijo de Baruc muerto por los celotas en tiempo de la ruina de Jerusalem. Del 1.^o no se sabe cómo murió; pero se cree fué asesinado entre las ruinas del templo; y hallándose medio derribado este edificio, era probable la muerte en el lugar de que habla el evangelio, á saber, «entre el templo y el altar.» Agrégase la circunstancia de profeta que conviene con las palabras de Jesucristo, quien habla de los asesinatos cometidos por los judios antiguos y de que fueron victimas los profetas y los justos. De manera, que Jesus se refiere á Zacarias el profeta, hijo de Baraquias, y se refiere esplicita é implicitamente; y si no sabemos de positivo por otros libros el género de muerte que tuvo, debemos creer, que otros libros hoy perdidos y de que los existentes dan conocimiento, lo dirian, pues en el tiempo de Jesucristo era cosa bien sabida.

Otro Zacarias hubo muerto en el templo antes de Jesucristo; que fué el hijo de Joyada. Pero ni el lugar de su muerte es el mismo de que habla el evangelio; ni el nombre

del padre; bien que en el ejemplar de que usaban los nazarenos se leía «Zacarias hijo de Joyada» y nó «Zacarias hijo de Baraquias» aunque ambos nombres significan casi una misma cosa; pues Joyada quiere decir *Justicia*, y Baraquias *bendito del Señor*.

De Zacarias muerto por los celotas no pudo hablar el evangelio; porque ni tenia los caractéres de profeta; ni murió entre el templo y el altar, sino en medio; ni su padre tenia el nombre de Baraquias sino el de Baruc que es muy diferente: ni podia citarse como varon justo por un cristiano un judio, que se mantuvo en su ley despues de la muerte de Jesus.

Voltaire, que habia calificado de oscuras las profecias ó anuncios de Jesucristo sobre la ruina de Jerusalem y del juicio final, no debió destruir sus objeciones con otras de él mismo. Porque si el autor del evangelio de S. Mateo hubiese sido posterior á la ruina de Jerusalem, habria hablado de ella con toda claridad; habria citado hasta los nombres de sus destructores. Este anuncio está

en el evangelio con esa misteriosa sombra; con ese claro-oscuro que no puede imitarse cuando se habla de lo que ya pasó: con esas palabras que dicen lo que basta para saber la verdad; pero dejando á la razon limitada del hombre un vacío que solo ve lleno luego que tiene el anuncio su cumplimiento.

P. El segundo reparo es acerca de la diferencia que se nota entre la genealogia de Jesucristo referida por S. Mateo, y la que leemos en S. Lucas; y ademas acercá de la contradiccion de S. Mateo consigo mismo; pues habla de 42 generaciones, y luego no mienta mas que 41.

R. Voltaire que tomó de otro esta objecion, no supo lo que hizo: ignoró que habia otra cosa que agregar.

Desde luego se ve, que no podia S. Mateo decir una cosa, y á renglon seguido otra contraria. Fija el número 42 á las generaciones, y resultan 41 contando solo un Jeconias ó Joaquin; pero realmente hubo dos, padre é hijo, aquel anterior y este posterior á la transmigracion de los judios á Babilonia.

Lo que no dice Voltaire es que S. Mateo omite á los tres reyes Ocozias, Joas y Amarías. Los padres de la iglesia trataron de la causa de esta omision: diverjen en sus opiniones. A mí me convence la de S. Gerónimo y S. Hilario, á saber, que el evangelista omitió aquellos tres reyes por la maldicion que cayó sobre la casa de Acab, de donde ellos descendian por Atalia, madre de Ocozias, maldicion que comprendia segun la Sagrada Escritura, hasta la 4.^a generacion, como aquella comprendió, contando á la misma Atalia hija del malvado Acab.

La diferencia en las generaciones ha sido objeto de discusion entre los escritores sagrados. Se ha explicado de diferentes maneras. Lo mas probable es, que S. Mateo siguió el orden natural, y S. Lucas el legal. Se creerá que esto es una sutileza para salvar la objecion; pero estudiando estos libros sagrados se observa que están llenos de misterios admirables, que nunca se acaban de comprender.

S. Ambrosio en el libro tercero del co-

mentario á S. Lucas cap. 3, habla estensamente de la genealogia de Cristo, y prueba que Lucas buscó la linea de Natan que comprendia tambien al Señor, porque le miró como al gran sacerdote, al paso que Mateo le consideraba en su carácter real. Cree que Jacob y Helí eran hermanos de madre; que aquel casó con la viuda de este, muerto sin hijos, y habiendo tenido á José, se le llamó y reputó hijo de Helí, segun la ley, que en estos casos mandaba suscitar hijos al hermano muerto. Confirmase esto con otras observaciones que de los evangelios se desprenden. Los cuatro animales del Apocalipsis son los cuatro evangelistas, figura misteriosa y sublime que es necesario entender asi. El leon representa á S. Mateo; por eso este santo evangelista habla de Jesucristo como de la tribu réjia, y en ella se representa á este descendiente de Judá, leon de su tribu. En el evangelio de S. Mateo está siempre presente el carácter real de Jesus: se refiere su descendencia de reyes, la adoracion de los magos, la mortandad de los inocentes por el te-

mor de Herodes de ser destronado, habiendo nacido el rey de los judios. Principia por Abraham origen humano de Jesucristo, y primer gefe ó rey del pueblo de que fué padre. Busca al primer rey propiamente dicho, y baja por Salomon toda la línea de los reyes. Usa la palabra enjendró, que hace relacion á un acto puramente humano, y viene descendiendo hasta José.

San Lucas entra hablando de Jesucristo como de la gran víctima: nos prepara con el anuncio del sacerdote Zacarias: menciona la cognacion de Maria con Isabel: habla de los sacramentos del gran sacerdote: comienza la genealogia de Jesucristo, al acabar de referirnos aquella especie de consagracion, aquella bajada del Espíritu Santo en el bautismo; cuando parecia que comenzaba el carácter sacerdotal; carácter que no acompaña al hombre al nacer, sino luego que lo recibe. Presenta la genealogia ascendiendo, como si fuera á buscar otra dignidad mas alta que la de los reyes. No toma la línea de estos, sino de Natan profeta. Llega á David, porque es ne-

cesario llegar á este rey, y entónces como no hay mas reyes, como el carácter de gefe vá unido al religioso, continúa por los mismos ascendientes que San Mateo; pero no se detiene en Abraham; porque vá á hablar del eterno sacerdote, y asi sube hasta Dios. No usa la palabra «enjendrado» sino «hijo» y comienza empleando esta palabra en sentido ficticio y legal, no en su acepcion natural. San Lucas, pues, representado en el Apocalipsis por el becerro, animal principal de los sacrificios, habla de Jesus como de la víctima y del sacerdote, y en todo se atiene á la ley. Por eso busca la línea de ascendientes que la ley daba á Jesus, asi como San Mateo busca la de la naturaleza.

Jacob fué padre de José segun la naturaleza: Helí, segun la ley, ó porque fuese adoptante, ó hermano y suscitado de Jacob; no siendo extraño, que ambas líneas en su curso se juntasen en una persona; y despues volvieran á separarse por el diferente objeto de cada cual, uno buscando al rey, otro al sacerdote, ó por otra concurrencia de la adop-

cion ó apropiacion, hasta que llegando á David; acabados los reyes; cumplido el objeto en este punto, continuaron por una misma línea quedándose el uno en el principio del pueblo judio, porque hablaba de un rey; avanzando el otro hasta Dios, porque hablaba del eterno sacerdote.

Conviene con lo dicho lo que se observa en los otros evangelistas, que hacen parte de la figura del Apocalipsis. San Marcos no trata de Jesus como de rey ni como de sacerdote: lo presenta como un hombre; y así no refiere su ascendencia real ni sacerdotal: cuenta sus prodijios, para que conozcamos quién es el hombre que los hace. San Juan desde luego se remonta á los cielos; y con vista penetrante alcanza á descubrir la naturaleza de Cristo, su igualdad con el padre, su eternidad; en fin, entra en los arcanos de la divinidad; y hé aqui, porque San Marcos se representa en aquella figura por el hombre y San Juan por el águila.

Los tres primeros animales gritan en la tierra; San Mateo, San Marcos y San Lucas

hablan de lo acaecido en la tierra; toman la historia de Jesucristo, estando ya en el mundo este Señor. El águila parece, que remontándose por los aires, se desdeña de pertenecer á nuestro globo, y aspira á ser habitante de los cielos: San Juan parece, que no escribe impulsado del deseo de enseñar la historia de Jesus; sino de descubrir su naturaleza divina; de penetrar y mostrar á los hombres el misterioso origen del personaje, de quien vá á hablar.

Hay tambien razon para creer, como algunos sabios en las sagradas letras han creído, que San Mateo refiere la generacion de Jesucristo por José, y San Lucas por la Virgen su santa Madre; que el objeto de este evangelista fué hacer ver, que por ambas líneas descendia de David; y para buscar la descendencia de Zorobabel, tambien lo hizo, marcando línea diferente, es decir, la de Resa, porque por esta descendia al tiempo mismo que por la de Abiud, que es la que sigue San Mateo.

Es verdad que ambos cuentan á San José

padre putativo de Jesus; pero entre los judios no se usaba poner el nombre de una mujer en la série genealógica diversa, siendo máxima general en aquel pueblo; «la familia «de la madre no es familia;» consiguiente á esto, cuando la série genealógica terminaba en mujer, se nombraba en lugar de ella á su marido, como sucesor del suegro. Que Maria Santísima era hija de Helí, se lee en el Talmud Jerosolimitano, y confirmase por la tradicion del pueblo judio, la cual está conforme con la de los cristianos, que remonta á los primeros tiempos, pues se leia en el evangelio de los Ebionitas, en el de Santiago y en el del nacimiento de Maria; y dijo que es asi, porque Joaquin, Joakim y Eliakim son nombres sinónimos, de los cuales Helí es solo un diminutivo. En la disertacion de Calmet sobre la sucesion de los sumos sacerdotes probó que el que habia en tiempo de Manasés se llamaba Hil, Helcias, Eliakim y Joakim.

Cualquier de los modos esplica perfectamente la diferencia de genealogias; y lejos de

tropezar en obstáculos insuperables, están ambos apoyados en razones fortísimas. Agréguese, que San Lucas escribió su evangelio, mucho tiempo despues de escrito, conocido, leído y predicado en todas las iglesias el de S. Mateo; que S. Lucas fué uno de los hombres mas instruidos que desde luego tuvo el cristianismo: que no era posible ignorase lo que habia escrito el santo apóstol; y por consiguiente alguna razon tuvo para darnos una genealogia diversa, y siempre contraria con la verdad, al tiempo que la otra llevase este mismo carácter. ¿Puede sospecharse contradiccion en estos escritores contemporáneos, que dieron sus escritos á la iglesia, que los produjeron en su seno para la enseñanza del mundo, despues de recibir de un mismo origen la doctrina y cuanto nos dijeron?

Si estuvieran exactamente iguales los evangelios, dirian los impios, que fueron redactados por un hombre solo, y la exacta conformidad se alegaria por prueba de apocrifismo. Están varios en muchas cosas; y esta variedad se alega como prueba de lo mismo;

sin considerar su grande importancia; pues al paso que objeto diferente y usos de aquellos tiempos pueden ocasionar estas diferencias, ellas demuestran la separacion, la libertad é independendencia con que se escribieron dichos libros, y el escrupuloso respeto de la iglesia, que los conservó sin alterarlos.

P. ¿Cómo dice San Lucas que se hizo en tiempo del nacimiento de Jesueristo un empadronamiento de todo el imperio, siendo Cirenio presidente de Siria, cuando ni Tácito ni Suetonio, ni Josefo, ni historiador alguno habla de tal acontecimiento, cuando Cirenio no tuvo aquel gobierno hasta diez años despues, siéndolo Quintilio Varo al nacimiento del Salvador, segun dice Tertuliano, y se confirma por las medallas: cuando siendo Herodes rey de Jerusalem, á él tocaba hacer algun censo para imponer un derecho de capitacion, como han creido algunos que seria eso, que San Lucas llamó empadronamiento general?

R. Estas objeciones son tomadas de Voltaire; mas antes de este habian otros sus-

citado alguna duda acerca del tiempo de la presidencia de Cirenio; y nada menos que un apolojista como Calmet, examinando la historia y las medallas, habia llegado á creer, que no era gobernador Cirenio cuando se hizo el empadronamiento. Duhamel y Natal Alejandro se detuvieron tambien en este punto; pero nadie dedujo que S. Lucas habia mentido; creyendo sí, que Cirenio enviado á la Judea por Augusto, hizo el empadronamiento juntamente con Sencio Saturnino, gobernador entónces de aquella provincia. De manera, que lo que se ha debatido es el carácter de Cirenio cuando se hizo el empadronamiento: si era gobernador, ó no lo fué hasta despues, nada de lo cual es opuesto á lo que dice S. Lucas.

Este santo evangelista no dice terminantemente que Cirenio era gobernador cuando se ejecutó el decreto de Augusto; sino que el empadronamiento se hizo por Cirenio gobernador de Siria, que quiere tambien decir, el conocido por gobernador; ó el que fué despues gobernador: y como nadie duda de que

Cirenio (á quien Tácito llamó Quirinio, cuyo nombre traducido al griego es Kirenio ó Kirinio, pues la sílaba Ki vale tanto como Qui), fué dado por coadjutor á C. César en el gobierno de Armenia, provincia de Siria ó de Oriente; majistrado de quien dice Tácito que fué cónsul en el imperio de Augusto, y murió viejo en el de Tiberio. S. Lucas no contradice hecho alguno histórico, antes va muy conforme con historiadores sagrados y profanos.

Hay notable diferencia entre las lenguas antiguas y las modernas. Aquellas se hablan por inflexion; estas por preposiciones. Aquellas son mas armoniosas, y por consiguiente mas á propósito para la poesia; estas mas flojas, menos armoniosas y mas útiles para la filosofía por su mayor exactitud de espresion. ¡Cuán indeterminado es el sentido de las palabras latinas «Filius regis!» Estas pueden traducirse «hijo de rey, hijo del rey, el hijo del rey, un hijo del rey, un hijo de un rey.»

El diverso carácter de cada lengua produce la principal dificultad para las traduc-

ciones. Decir, pues, que el censo fué hecho bajo Cirenio gobernador de Siria, no quiere decir, que era gobernador Cirenio cuando hizo el censo. S. Lucas queria dar á conocer á aquel majistrado de modo que no se equivocase con otro. Quiso advertir que Cirenio, el que fué encargado en este trabajo, era el que tuvo el cargo de gobernador; y así dijo, que se hizo bajo Cirenio gobernador ó bajo Cirenio el gobernador, que así pudo y tal vez debió traducirse. «El primer hijo que tuvo Cárlos 4.^o fué Fernando el rey de España.» Esto no quiere decir, que cuando nació era rey, sino que para no equivocarlo con otro, para que sea mas conocido, se designa con una señal distintiva, con la espresion de una calidad que lo particulariza, y se advierte que dicho Fernando es el que despues fué rey de España.

Pero ¿está fuera de duda que Cirenio no era presidente de Siria cuando el censo se hizo? Tan lejos de eso, que hay fuertes razones para creer que lo era. S. Justino en la Apolojia 2.^a presentada al emperador Anto-

nino; y Tertuliano en el lib. 4.º contra Marcion, hablan en el concepto de ser presidente Cirino ó Cirenio, cuando se hizo el censo en Judea. Estos eruditos varones que escribian en medio del imperio romano, especialmente el primero que se dirijia al emperador, ni podian ignorar aquella circunstancia; ni podian engañar; ni se hubieran atrevido á intentarlo. Apóyanse en los archivos mismos de Roma: se remiten á ellos; y fuera la ocurrencia mas orijinal que de la cabeza de un loco saliera, querer persuadir el uno al emperador y el otro á los Marcionitas, que siendo presidente de Siria Cirenio se hizo un censo en Judea, y que aquellos trabajos existian en su tiempo, si esto no fuese verdad.

Consta que en el principio del imperio de Augusto, Publio Sulpicio Quirino fué cónsul con Lucio Munacio Planco. Que C. Senecio Saturnino bajo el mismo emperador tuvo dos veces el consulado; una con Q. Lucrecio Vespilion antes del nacimiento del Señor; otra cinco años despues, segun los fastos consulares de Goltzio con Sexto Elio Caton;

y es verosímil, que no siendo cónsul uno ni otro en tiempo del nacimiento del Salvador, Quirinio fuese presidente de Siria, y Sencio Saturnino estuviese encargado en los trabajos del censo mandado hacer. Con que ya consideremos á Cirenio gobernador de Siria cuando el censo, ya creamos que fué trabajado por este majistrado romano, que despues tuvo dicha presidencia ó gobierno, no hay error en la narracion de S. Lucas. Pero «¿y el silencio de Josefo, Suetonio, Tácito, Dion Casio y todos los escritores romanos?» dicen los impios. A lo que contesto: que hay silencio que nada dice, y silencio que confirma; pero no lo hay que pruebe, no haber sucedido lo que otro dice.

El de cualquier escritor pagano, bien fuese del tiempo de Augusto, bien fuese posterior, no disminuirla los motivos de credibilidad en favor del censo que S. Lucas nos refiere. Este santo escritor era un hombre instruido, que habia abrazado el cristianismo convencido de las grandes pruebas, que entónces brillaban, y ejercian toda su

influencia. Muy cómodamente hubiera pasado la vida con sus profesiones de médico y pintor. Pero dejó todas las comodidades del mundo; y tomó la humilde túnica y la cruz; viviendo desde entónces miserable: pasando indecibles trabajos; y anhelando siempre sellar con su sangre el testimonio que daba en favor del cristianismo. Bien se deja conocer, que este escritor merece mas fé que cien otros de los escritores comunes.

Cabalmente no necesitaba la verdad del evangelio que predicó, de esa circunstancia del censo; porque para nacer Jesus en Bethleem mil motivos pudiera haber de que echar mano. De manera, que es menester suponer en S. Lucas un antojo de mentir sin utilidad alguna, y un deseo de dar la vida por mentiras, que no es de creer en cérebro alguno organizado, para sospechar la falta de existencia del decreto de Augusto sobre el censo.

El evangelio de S. Lucas se escribió bajo la direccion de S. Pablo, hombre vivo y el mas instruido discípulo de la escuela de Ga-

malíel. Los apóstoles lo leían: se propagaba como los otros tres por todos los pueblos que abrazaban el cristianismo. Paganos y judíos lo leían también. ¿Cómo ni ellos ni los cristianos lanzaron un grito de indignación, y desmintieron á quien predicaba una mentira? ¿Cómo aquellos no tomaron de aquí armas para combatir lo que tanto odiaban; y estos miraron á S. Lucas como un digno discípulo de los apóstoles, como un varón santo, como un hermano querido, hallando en su evangelio un pasaje, que si era falso, nadie de aquel tiempo lo podía ignorar; no era posible entonces sostenerlo; y al paso que innecesario, era perjudicialísimo á la religión, por la cual padecían tormentos y muerte? Este silencio de los pueblos, de los amigos y enemigos, ¿no vale tanto como la aseveración de millones de escritores?

Que un escritor omita lo que otro refiere, nada tiene de extraño. Pero que millones de hombres ardiendo en celo por la propagación de una creencia, y otros millones rabiando de furor contra ella, guarden silen-

cio, al oir una narracion, que tanto perjudica á aquella, es cosa que solo se puede explicar, que solo se puede comprender, admitiendo la certeza de lo que dicha narracion contiene. Y al fin; ¿cuántos y quiénes son los escritores, que con su silencio desmienten el pasaje de San Lucas? Dion, Tácito, Suetonio y Flavio Josefo.

Dice Voltaire, y han dicho los demas sus admiradores, porque aquel lo dijo, que Dion Casio habla en el libro 43 de un censo, mas no articula número alguno. Advierto primeramente que el libro 43 de Dion se refiere al tiempo de Julio César: que el 44 habla tambien de Julio; y en él se hace mencion de su muerte; por lo cual deberémos buscar mas adelante la noticia del censo de Augusto. En el libro 56 de su historia se habla de un censo hecho despues de la muerte de este principe, y no nos dice cuándo se decretó. Al fin Voltaire echa de menos las circunstancias: mas no la noticia de un censo; y por consiguiente no hay silencio en Dion, aunque carezca su obra de todas aque-

llas noticias, que para nada interesaban á Dion ni al imperio romano.

Las circunstancias del censo, aun el censo mismo solo podia interesar á los cristianos, porque en él quedó consignada la época del nacimiento del Salvador, y el lugar en que se verificó. Para los demas un censo no era acontecimiento digno de atencion, y de que por la historia se trasmitiese á los venideros. Mucho menos podia serlo para los que vivian en tiempo de Dion, que fué posterior á Jesucristo. Con que si habla de un censo, mas ha dicho de lo que debiéramos esperar, y pudiéramos exigir de un historiador.

Tácito no nos dá noticia de tal censo. Pero no sé, como esta noticia que no envuelve acontecimiento alguno, ni deja consignados derechos á intereses ó consideraciones del pueblo romano, habia de ser una pieza necesaria en unos Anales de Roma. Tan ligero está respecto á Augusto, que su obra comprende el periodo corrido desde la muerte de este emperador, acaecida en Nola, hasta la de Neron, es decir, los imperios de

Tiberio, Cayo, Claudio y Neron. Cualquiera noticia de Augusto es incidental. Con que ¿no es muy natural, que omitiese la mencion de un censo, que para nada interesaba: que no iba ligado á acontecimiento alguno histórico del imperio, y que fué muy anterior al tiempo en que escribia y algo anterior al tiempo de que escribia?

Con todo, sin necesidad, sin deberlo esperar, habló de una memoria que Augusto tenia, en que constaban las rentas del imperio, las flotas, los reinos tributarios. Esto no es decir, que tenia un empadronamiento general. Pero para que la memoria fuese estensa, trabajos habian de haberse dado, semejantes á lo que se dice de Cirenio y Saturnino.

Suetonio escribe lijeramente la vida de los doce primeros emperadores de Roma. No era extraño, que guardara silencio sobre un censo que nada interesaba, y que no era de su tiempo. Con todo, algo dijo, y no lo que supuso Voltaire. En la vida de Augusto, capítulo 27, dice: «Usurpó para siempre la po-

«testad tribunicia. Tomó tambien á su cargo. reformar las costumbres y leyes; y este tambien lo perpetuó; y aunque sin título ni insignias de censor, todavia hizo recensir el pueblo tres veces. La primera y tercera con compañero, y la de en medio solo.»

No dice, que fuese la operacion ejecutada en todo el imperio; pero debe inferirse, que así fué: 1.º, porque diciendo *pueblo*, no debemos entender que solo lo hizo de los ciudadanos romanos. Eran estos muy orgullosos, para confundirse en una denominacion tan genérica y vaga: 2.º, porque entendiéndose que fué un empadronamiento general, está conforme la noticia de Suetonio con lo que por otra parte consta; á saber, que Augusto mandó hacer tres censos generales; uno en su 6.º consulado, 18 años antes de la era cristiana; otro en tiempo del consulado de Marcio Censorino y Asirio Gallo, tres años antes de Jesucristo; y el otro en el consulado de Sexto Pompeyo Nepos y de Sexto Apulcio Nepos, año 14 de la era cristiana: porque el censo de ciudadanos, en el que

estaban encargados los censores, se hacia cada cinco años; y habiendo imperado tanto tiempo Augusto, no serian tres los censos de ciudadanos que bajo su mando se harian, sino muchos mas. Suetonio, pues, habló de censos generales.

Flavio Josefo efectivamente habla de una lista de bienes que produjo en el pueblo una revolucion. Guarda silencio acerca del censo. Pero no es extraño; porque este celebre historiador se propuso escribir la historia de su pueblo y no la de Roma, y mucho menos pensó escribir un Boletin de decretos del gobierno romano. De manera, que no habiendo producido el censo de que habla S. Lucas acontecimiento alguno en el pueblo judio, como produjo la lista de bienes que exijió Cirenio, no debia considerar aquel acto de los romanos, como una pieza histórica del pueblo judio.

A esto se reduce el cacareado silencio en que se pretende hallar la impugnacion de un pasaje de S. Lucas, que tan afianzado está en el testimonio de este santo y en la muda

confirmacion de todos los apóstoles, de todos los cristianos y de todos los enemigos del cristianismo contemporáneos al escritor sagrado. Vaya ahora una reflexion, que pulveriza enteramente la objeccion de los impíos, apoyada en ese supuesto silencio de escritores profanos.

¿Habla Tácito de la lista de bienes de que habla Josefo? ¿Habla Josefo de la memoria que refiere Tácito? ¿Josefo, Tácito y Dion dicen una palabra de los tres censos, que refiere Suetonio y de la usurpacion de la potestad tribunicia? No señor. ¿Y discurriríamos bien, si de aqui infiriésemos, que no se formaron tales censos, ni hubo tal memoria ni tal lista de bienes? Pues mas silencio hay respectivamente á cada uno de estos documentos de que un autor habla y los demas enteramente callan; que respecto al censo de S. Lucas, de que los demas escritores ó dicen algo ó lo dan á entender, y luego se ve citado por los primeros apolojistas como existente entónces en Roma en los archivos públicos.

Con lo dicho basta y sobra; pero añadiré todavía que Suidas bajo la fé de un autor pagano mas antiguo, dice, que Augusto escogió veinte personas de probidad para enviarlas á las provincias, y hacer el empadronamiento general del imperio y de sus bienes. Conque el silencio de los autores profanos citados por los impíos nada supondría: no fueron contemporáneos al nacimiento de Jesucristo: uno calla; porque escribia la historia del pueblo judío, y el censo no iba ligado á ningun acontecimiento histórico: tres confirman la narracion de S. Lucas: Suidas cita á un autor pagano mas antiguo, que expresamente habla de aquella disposicion de Augusto: y millones de amigos y enemigos, interesados los unos en que no se mancillase la verdad del evangelio; los otros en descubrir en él alguna falsedad, guardan silencio; y con esto confirman la narracion de San Lucas. Despues de lo dicho nada vale esa objecioncilla pueril, de que Herodes era rey de Judea, y á él tocaba exigir tributos. Era un gobernador con título de rey por los roma-

nos, que podian imponer las cargas que quisesen; y ademas el objeto del censo pudo no ser, y efectivamente no fué el de imponer un tributo; pues se dice que era general de todo el imperio, y para un tributo no habia que dar este trabajo. Seria, pues, para lo que se hacen hoy los censos de poblacion; para lo que se tienen padrones de nacidos, casados y muertos. En fin, tales bagatelas no merecen que un hombre de juicio se ocupe de ellas.

P. Se han atribuido á S. Dionisio Areopajita dos cartas, en que refiere, que estando en Heliópolis de Egipto con su amigo Apolofanes, sucedió el eclipse de la muerte de Jesucristo; que recurrieron á las reglas de Filipo Arideo, y hallaron que naturalmente no podia entónces eclipsarse el sol; por lo cual conocieron que aquello era un prodigio, y San Dionisio creyó que Dios padecia, ó se destruia la máquina del universo. Despues habiendo oido predicar á S. Pablo, se hizo cristiano, y tambien se bautizó su amigo. Tal testimonio de un hombre ilustrado y sin in-

terés, pues que era pagano, seria irresistible. Pero las mencionadas cartas no son genuinas; se forjaron en el siglo 5.º ó en el 6.º

Eusebio de Cesarea citó el testimonio de Flegon, liberto de Adriano y gentil, y los monumentos antiguos de la Grecia; lo que parece dar á entender que seria Tallo, citado ya por Justino, Tertuliano y Julio Africano; pero á nosotros no han llegado las obras de Flegon ni de Tallo; y se cree que el Cronicon Pascual de los griegos, S. Gerónimo, Anastasio y Treculfo de Luxem se pusieron de acuerdo para presentar el pasaje de Flegon de la manera misma que Eusebio, de quien lo copiaron. Juan Filopono que habia leído á Flegon, desacuerda de los otros en dos años. Máximo y Madela leen el pasaje de diferente manera.

Lo que hace creer que Eusebio es infiel en sus citas es que escribe, que los romanos levantaron una estatua á Simon Mago con la inscripcion «Simoni Sancto, Deo,» y despues se ha visto que esto era falso. Teodoreto, S. Agustin, S. Cirilo de Jerusalem, Clemente

de Alejandria y S. Justino están de acuerdo en esto con Eusebio. S. Justino dice, que la vió colocada entre los dos puentes del Tiber, Pero en el año 1574 en el mismo sitio fué desenterrada la inscripcion, y se halló que decia: «Semoni Saneo, Deo, Fidio,» que era un Dios de los Sabinos á quien segun Ovidio se levantó un templo en el monte Quirinal; y Gruter habla de dos parecidas inscripciones, una en dicho monte, y otra que se vé todavia en Rieti, pais de los antiguos sabinos.

Hodgson, Halley, Whiston y Galo Morris han demostrado con sus cálculos astronómicos, que hubo un eclipse natural en 24 de Noviembre del primer año de la olimpiada 202.^a y no en el 4.^o como Eusebio dice. En Nicea solo hubo de 9 á 10 dígitos cubiertos; principió á las 8 $\frac{1}{4}$ y acabó á las 10 y $\frac{1}{4}$.

¿Qué confianza podemos tener en el testimonio de esos escritores sagrados acerca de la autenticidad de los evangelios, cuando en estas otras cosas se han engañado ó nos han engañado?

R. Estas palabras tomadas de los impios son gravísimas, y es necesario contestarlas, aunque no con la estension con que lo hace el autor de la «Impugnacion al Diccionario Filosófico» quien haciéndose cargo en el artículo *Eclipse* de cuanto dice Voltaire sobre esto; sobre el testimonio sacado de la historia china; de una supuesta contradiccion entre Orijenes y Tertuliano; presenta en toda su necesaria latitud una victoriosa refutacion de los sofismas del impio.

S. Gerónimo en su Catálogo hace mencion de un Dionisio, obispo de Corinto, hábil y elocuente, el cual escribió varias cartas á los Lacedemonios, Atenienses, Nicomedenses, Cretenses, á la iglesia Amastriana y demas del Ponto, á los Genossianos y á Pinito su obispo, á los Romanos y á Crisófora. Brilló bajo el imperio de M. Antonino Vero y L. Aurelio Commodo.

Se sabia que S. Pablo en Atenas habia convertido entre otros muchos á la mujer Damaris y á la de Dionisio, miembro del Areopago. Los Eutiquianos en el siglo 6.º cita-

ron varios escritos que supusieron ser de San Dionisio Areopajita; y habiendo venido á Francia los embajadores de Miguel el tartamudo, trajeron estos escritos bajo tal suposicion. Como no se tuvieron noticias de ellos en los cinco primeros siglos, desde luego fueron despreciados por los hombres instruidos.

Hilduino, abad de S. Dionisio, que habia recibido de los griegos el libro en que tales escritos se contenian, y que creyó que S. Dionisio Areopajita era el mismo que predicó en las Galias y fundó su monasterio; escribió una historia sobre tales suposiciones, y contradijo á S. Gregorio de Tours. Recibida de muchos escritores que vinieron despues, confundióse á S. Dionisio de Paris con el Areopajita á pesar de S. Ador de Viena y Usuardo, que en sus martirolójos distinguieron á un Dionisio del otro. Hé aquí el origen de esta preocupacion en favor de las supuestas cartas de S. Dionisio; origen que tuvo en unos herejes y no en la iglesia; que jamás fué reconocido por léjítimo; que siempre fué impugnado; y así las dichas cartas,

sin necesidad de las observaciones de un filósofo del siglo 18, siempre fueron reputadas apócrifas por la iglesia.

Ahora, las palabras que á S. Dionisio se atribuyen, han venido por tradicion constante, y las cartas mismas las confirman; pues si en ellas se insertaron, fué porque corrian de boca en boca como pronunciadas por san Dionisio.

Voltaire dice, que debieran haberse averiguado, pues son tan importantes, que con ellas se probaria la verdad de la narracion evangélica. Pero este filósofo no advirtió, que la falta de averiguacion no hacia perder un quilate al peso del argumento que de ellas se deduce.

Dionisio Areopajita, si hubiera permanecido gentil, no se hubiese contado entre los cristianos, y mucho menos canonizado: luego á no ser un estúpido y despreciable escéptico, no podrá alguno dudar de que fué cristiano. Pasó, pues, del paganismo en donde era hombre de alto rango, á la religion de la pobreza, de la humildad y de la mortifi-

cacion. Poderosos motivos debió tener para ello; y el cristianismo no ofrecia otros, que la verdad, la conviccion. El libro sagrado de esta religion era el evangelio; y este referia el pasmoso acontecimiento de las tinieblas al morir el Salvador, cuya realidad no podia ignorar un hombre coetáneo como Dionisio. Conque lo mismo prueba su silencio abrazando el cristianismo, que cien cartas auténticas en que hablase de tal acontecimiento. ¿Qué mas positivo testimonio, que su misma profesion, y el sacrificio hasta de la vida, que por aquella hacia?

Por lo respectivo á Flegon, parece, que no debe quedar duda sobre el eclipse que refiere. Inútil es, que Voltaire cite á Hodgson, Halley, Wiston y Galo Morris. La astronomia solo puede enseñarnos, que en tal dia debió suceder un eclipse: pero sino se verificó en el año en que murió el Salvador, ni acompañaron las circunstancias referidas por los evangelistas, no puede ser el mismo.

Si Flegon dijo, que el año 4.^o de la Olimpiada 202.^a se oscureció enteramente el

sol: se vieron las estrellas en medio del dia; y los cálculos de todos los astrónomos del mundo prueban, que hubo un eclipse parcial en el año primero de dicha Olimpiada, claro está, que este eclipse no puede ser aquel, de que habla Flegon. Digo mas: claro está, que Flegon no habla de un eclipse verdadero y natural, sino de unas tinieblas estraordinarias, y por lo mismo no sujetas á cálculos astronómicos. El eclipse de Flegon siendo el que refieren los evangelistas, no puede constar por la astronomia, sino por la historia, por la narracion.

Voltaire pretende destruir el testimonio de Flegon, suponiendo que cuantos de él han escrito, ó han copiado á Eusebio, ó han leído de otro modo diferente; y en comprobacion trae la estatua de Simon Mago, acerca de la cual dice que San Justino y Clemente de Alejandria estan de acuerdo con Eusebio, como si hubieran podido ponerse de acuerdo con quien existió mucho despues de ellos.

Pudiera el filósofo habernos insertado

los textos de Juan Filopono, de Máximo y de Madela, á ver qué diferencia habia entre ellos. Pero decirnos que son diferentes; y reservarlos, es dar á entender, ó que no los leyó, ó que supuso la diferencia. Un autor que tanto mintió, y que tan encarnizado enemigo fué del cristianismo, ninguna fé merece, cuando nos inserta los pasajes, que cita para probar con la diferencia de ellos la falsedad de muchos escritores cristianos, que en apoyo de la narracion evangélica alegan las palabras, sobre que recaen tales supuestas diferencias.

Debemos creer, que Voltaire mintió en esto como en lo demas. Creia él, que estaban perdidas las obras de Flegon; pero Fabricio en su Biblioteca griega, lib. 4.º c. 13 dice; que estas obras completas fueron dadas á luz en griego, conforme á un antiquísimo códice palatino por Guillelmo Xilandro; y separadamente se hizo una antigua version latina, que fué dada á luz en Basilea en 1568. Despues se hizo otra edicion sobre la version de Xilandro, ilustrada con notas de Meur-

sio, en las cuales se enmendaron los nombres de los cónsules mencionados en el libro «De Mirabilibus» con los Fastos Sículos y Capitolinos. Ultimamente, Jacobo Gronovio dió á luz tambien el libro «de Mirabilibus» y otro «De Longævis» segun la edicion de Meursio; pero quitadas las notas de este; y fueron incluidos en el tomo 8.º del «Tesoro de antigüedades griegas» de aquel autor.

Yo no he visto la edicion de Meursio, ni encontré de este escritor mas que un tratado de Instrumentos antiguos, titulado: «De Tibiis colectanea,» que está contenido en el «Tesoro de antigüedades sagradas» de Blas Ugolino, tomo 32, edicion de Venecia. Pero seria un rasgo de necio escepticismo el dudar de la exactitud de citas que se refieren á obras existentes, acabadas de dar á luz y leidas por muchos.

El tal Gronovio pone en el tomo 9.º de su obra el fragmento de las Olimpiadas de Flegon; y no es autor este tan desconocido, que no se tenga noticia en el dia, tanto de las obras que se conservaron, como de las

que de él se han perdido, que son la titulada «de Olympionicis» vista y alegada por Orígenes, Eusebio, Esteban Bizantino y otros, y cuyos cinco primeros libros leyeron Suidas y Focio; la «Crónica» en 8 libros que Salmasio cree ser sobre diferente asunto que las «Olimpiadas» en 16 libros. Los «Cronicones» que deben ser distintos de la Crónica, pues que Eusebio, Orígenes y otros citan el libro 13 y el 14. Un epítome, que dió á luz en griego Escaligero. La «Descripcion de Sicilia» de que Suidas hace mencion. «Fiestas de los romanos» en tres libros. «Ilustres lugares de la ciudad de Roma y sus nombres.» «Vida del emperador Adriano;» y una obra titulada «De Nilo» que en una antigua version en ediciones latinas de las obras de Aristóteles, se comprendió bajo el nombre de este filósofo, y Menagio en sus notas ad Thaletem Laertis la atribuye á Flegon.

Contrayéndome al pasaje famoso de que tratamos, digo, que este se halla en el libro 13 del Cronicon, Olimpiada 202.^a año 4.^o, que es el 18 de Tiberio. En referir las pala-

bras de Flegon á las tinieblas acaecidas cuando murió el Salvador, están conformes Julio Africano, Orígenes, Eusebio, S. Gerónimo, Orosio, Juan Filopono, Juan Malalas, el autor del Cronicon Alejandrino, Máximo, Sincelo y otros. Hubo algunos eruditos, que movidos de leves dificultades cronológicas, juzgaron que Flegon habia hablado de otro eclipse. Los principales fueron Kepler y Vossio, á los que despues siguió Samuel Basnage: mas Kepler fué victoriosamente impugnado por el obispo Huet, y Vossio por Jo. Frickio.

Creer, que un S. Gerónimo, no muy conforme en algunas cosas con Eusebio por las sospechas de arrianismo que contra este habia, y un sabio tan profundo en todos los conocimientos de aquel tiempo, no se tomase el trabajo de leer por sí á Flegon, y se atuviese á la version de aquel, es un disparate, y el asegurarlo asi es el colmo de la petulancia. Hacer autor de la version á Eusebio, y suponer que con él se han conformado. que le han copiado autores que escri-

bieron mucho antes, es el colmo de la locura, ó un golpe de ignorancia ¡muy reprehensible en quien se propone atacar al cristianismo.

S. Gerónimo leyó: «Mas el año 4.^o de «la Olimpiada 202.^a, acaeció una grande y «notable falta de sol, mayor que las que habian precedido. El día á la hora sesta fué «convertido en noche tenebrosa; de modo «que se vieron en el cielo las estrellas; y un «terremoto destruyó muchos edificios de la «ciudad de Nicea en Bitinia.»

Eusebio dice lo mismo, y generalmente en tales términos se vertió por los antiguos el pasaje de Flegon, que ninguno sospechó siquiera se hubiese alterado, y mucho menos, de que se hubiera supuesto por los cristianos.

Es verdad que Julio Africano interpreta de modo el pasaje, que por razones que para ello tenia, asegura haber hablado Flegon de eclipse en penlilunio, segun refiere Jorje Sincelo en su cronografía. Pero una cosa es la conviccion de que Flegon hablaba de un

eclipse en plenilunio, y otra seria traducir el pasaje de modo, que se supusiese la palabra plenilunio, lo cual no ha hecho escritor alguno eclesiástico.

Juan Filopono, que Voltaire supone variar en dos años de Eusebio y de San Gerónimo en su version, dice en el libro 2.^o *De la creacion del mundo*: «Flegon en sus olimpiadas, habla de estas tinieblas, ó mas bien «de esta noche; porque dice, que el año «cuarto de la olimpiada ducentésima segunda «sucedió un eclipse de sol tal, cual nunca habia sucedido; y el decir, que antes no habia «ocurrido otro tal, manifiesta, que Flegon «habló del eclipse acaecido estando Jesus «pendiente en la cruz, y no de otro.» Ya se ve, que Filopono, si bien no inserta el pasaje de Flegon, nada dice en contra de la version de San Gerónimo, antes la confirma diciendo en sustancia lo mismo, y señalando el año cuarto de la olimpiada 202.^a, de manera que no hay tal diferencia de dos años.

Máximo escribió sobre la epístola 7.^a del pseudo-Dionisio Areopajita, en que se habla

del eclipse acaecido á la muerte del Salvador, y leyó el pasaje de Flegon lo mismo que los demas, sin haber esa diferencia que Voltaire supone, para destruir la fuerza de aquel documento tan precioso, cuanto que es de un escritor sábio y gentil; pero que para nada necesitan los cristianos.

Solamente Bodino en su pestilente diálogo «*De abditis rerum sublimium arcanis*» en que derramó todo el veneno de que es capaz un judío, enemigo encarnizado de nuestra religión, se atrevió á alterar el pasaje de Flegon, suponiendo que dice, haber sucedido el grande eclipse el año cuarto de la olimpiada 210.^a estando en piscis el sol; siendo así que Flegon señala el año cuarto de la olimpiada 202.^a, y no dice palabra acerca del lugar zodiacal que el sol ocupaba.

Sobre la exactitud en el cálculo que los escritores sagrados formaron para decidir que el año cuarto de dicha olimpiada es el mismo en que murió Jesucristo, escribió el astrónomo Cheseaux una preciosa disertación que corre inserta en el tomo 3.^o «de la Re-

lijion Cristiana» por Addison, traducción de Correvon, páj. 281.

Es verdad que Flegon no dice, si el eclipse fué en plenilunio; pero como fija el tiempo, que fué el mismo en que murió el Señor: como dice, que se convirtió el dia en noche, viéndose las estrellas, lo que jamas ha sucedido: como señala la hora sesta: como habla de un terremoto espantoso; como los astrónomos han asegurado, que naturalmente no pudo haber entonces tal eclipse, debemos inferir que Flegon habló de las tinieblas acaecidas al morir el Salvador, inequívocables con un eclipse, que siendo total no dura sino algunos minutos en este estado, y los evangelistas dicen haber durado aquellas tres horas.

No fué solo este testimonio el que dió Flegon en favor de Jesucristo: atribuyó á este señor ó á San Pedro, haber predicho varias cosas, que despues habian sucedido, y esto lo asegura hablando al emperador Adriano; y precisamente apremiado por los prodijios que veia, dice «que el sermon (que será el

evangelio) que hemos recibido de nuestros mayores, no carece de virtud divina.»

Ademas del testimonio de Flegon, tenemos el de Talo, citado por Julio Africano y por otros apolojistas que habian leido sus obras. En el libro 3.^o de sus *Historias* habla Talo de este mismo eclipse, y seria mucha sandez, que cuando era leida esta obra por todos, se hiciera tal suposicion.

Tertuliano defendiendo al cristianismo, remite á los gentiles acerca de estas tinieblas á sus archivos públicos, y nadie le contradijo cuando apoyaba la verdad de la religion en documentos que eran propios de los enemigos á quienes combatia. Estos archivos fueron tambien citados por el mártir San Luciano ante el presidente de Nicomedia.

Adriano Gresonio en la historia Sinense dice, haber anotado Sinas en los «Monumentos de las cosas ó acaecimientos» en el año que corresponde al 32 de Cristo, cerca del mes de Abril, un eclipse solar fuera del órden de la naturaleza, el cual conmovió al emperador Quanoncio.

Infinitos son los testimonios que gentiles y judios han dado de los milagros de Jesucristo, entre los cuales se cuentan las tinieblas acaecidas á su muerte; pudiéndose decir, que si bien la divinidad del Señor fué solo creida por los fieles, la cualidad de Santo, el carácter de profeta y la facultad de hacer milagros, han sido cosas proclamadas por todos los hombres del mundo.

El mártir S. Justino residente en Roma, hebreo de nacion y casi coetáneo á los hechos milagrosos de Jesus, disputó varias veces públicamente con los filósofos, especialmente con el cínico Crescente, y citóles la relacion de Pilato al emperador Tiberio sobre la pasion y muerte del Señor. Desafió á Crescente á disputar ante el Senado, y el cínico reusó el desafio. En la 2.^a Apolojia dirigida al emperador y al senado, les cita este documento de Pilato en confirmacion de prodijios que eran muy recientes. ¿Es concebible, que el filósofo cristiano defendiendo su relijion se apoyase en un documento, que citaba como existente en los archivos de Ro-

ma, y quisiese con él confundir á ilustrados adversarios; y repitiese la cita hablando con el emperador y el senado, y tal documento no existiese, ó no dijera lo que él suponía? ¿Es posible que en tal caso ni Crescente, ni los demas filósofos, ni el emperador, ni el senado le contradijesen, y echasen en cara su osadía?

Los viajeros ingleses Millor, Flemming, Maundrel, Shaw y otros aseguran, que el peñasco del Calvario no está naturalmente abierto, sino de un modo evidentemente sobrenatural, como habia creído antes S. Cirilo de Jerusalem, y la vista de este peñasco convirtió á un caballero ingles, instruido en ciencias naturales; y que hacia gala de su impiedad.

Se ha citado á S. Justino acerca de la estatua de Simon Mago, y en el artículo *Dionisio* del diccionario filosófico, se citó á Eusebio sobre esto mismo, y se alegó la estatua, ya para probar la mendacidad del uno, ya para hacer ver la del otro. Voltaire dijo que Eusebio hablaba de una estatua levantada por los romanos á Simon Mago con la

inscripcion «Simoni Sancto Deo:» que Teodoro, San Agustin, San Cirilo de Jerusalem, Clemente de Alejandria y San Justino están de acuerdo con Eusebio; que San Justino dice haberla visto, y que estaba colocada entre los dos puentes del Tiber, es decir, en la isla formada por Citerio.

Las mismas palabras de Voltaire justifican á Eusebio; porque siendo posterior á aquellos, y estando de acuerdo, no puede argüirsele de infidelidad en materia de citas.

Respecto á S. Justino, que dice haberla visto, ¿qué alegan los impíos? Voltaire cree, haber demostrado, que no hubo tal estatua, diciendo que esta inscripcion fué desenterrada en Roma en 1574 en el mismo sitio; y que no dice: «Simoni, Sancto, Deo, sino; Semoni, sanco, deo, Fidio,» que es cosa muy diversa.

Para un filósofo esto basta; porque en siendo contra la religion ó contra el buen crédito de los padres de la iglesia, una conjetura es demostracion: las mas robustas pruebas en favor no satisfacen. De estatua habló

S. Justino puesta en el Tiber con la inscripcion dicha; una inscripcion se desenterró, que se parece á aquella; pues la misma es, y San Justino mintió.

Yo supongo que lo fuese: ¿podiera creerse que un hombre de eminente virtud, de ardiente celo por su religion, escribiendo en Roma, no una carta, no una obra privada que habia de quedar en la oscuridad, sino una apologia para presentarla al emperador Antonino Pio, en que iba á echar en cara á los Césares y al senado, que perseguian al Dios verdadero, y adoraban á los impostores, se atreviera á suponer la existencia de una estatua erijida á Simon Mago, colocada en aquel mismo tiempo en la isla del Tiber, en donde hasta los muchachos habian de estar frecuentemente viéndola? ¿Cabe esta mentira tan absurda, tan loca en el orden moral?

¿Cabe, que el emperador, el senado, los romanos todos, á quienes se acusaba de tan infame idolatría, hubiesen sufrido tan injuriosa suposicion, cuando á la vista de todos se hallaba? Esto es imposible; y lo mas que

pudiera concederse; y lo que sospecharon Pedro Chacon, Radero y otros, es que San Justino por impericia de la lengua, como extranjero que era en Roma, hubiese leído mal la inscripcion: y despues otros padres de la iglesia bajo la fé de este sábio y relijiosísimo mártir, hubieron repetido la noticia. Y ya se ve, que si asi fuese, S. Justino estaba muy lejos de merecer la nota de mendaz, y los otros que tomaron de él la noticia, están libres de toda mala calificacion.

Pero ¿podemos sin incurrir en la de temerarios y arrojados, avanzar á tanto, aunque esto en nada perjudique al crédito de aquellos eminentes varones, ni remotamente á la verdad de los evangelios, con los que ninguna relacion tiene? Ciertamente, que se necesita una prueba inconcusa, clara como la luz del dia, para creer que un filósofo como S. Justino, versadísimo en todas las ciencias que en aquel tiempo se cultivaban, instruido de las opiniones de todas las escuelas gentílicas, gran mitolojista, que frecuentó el Pórtico, el Liceo, la Academia, pues fué

estóico, peripatético, platónico, pitagórico antes de cristiano, se habia groseramente equivocado al leer la inscripcion de Sanco Fidio, el dios de los pactos ó de la buena fé, el Hércules de los Sabinos; y que todos en Roma callaron á vista de tal equivocacion; y no hubo ni un muchacho que le advirtiese de ella, cuando en ella se apoyaba, para censurar á los emperadores y al senado.

¿Y en donde está la gran prueba, para creer este imposible? ¿En la semejanza de la inscripcion? No hay otra, y por cierto es bien despreciable; 1.º porque pudiera haber en la isla dicha una ó muchas estátuas á Sanco, y tambien la de Simon, que no podia confundir un samaritano compatriota suyo y casi del mismo tiempo. 2.º porque siendo un pedestal con inscripcion lo desenterrado en esta isla del Tiber ó de Esculapio, pues asi se llamaba, y no constando de qué era, podemos dudar, si sería de estátua, de columna, ó de otra pieza. 3.º porque pudo haber estado en otra parte la columna ó la estátua ó lo que fué, y haber venido á parar el pe-

destal alli, traído por la corriente del agua en una riada ó por otra causa; pues mas natural parece esto, que el que hallándose colocada la estatua entre los dos puentes del Tiber, se hubiera encontrado el pedestal solo; 4.º porque no hay esa soñada semejanza entre lo desenterrado en tiempo del Papa Gregorio XIII y la estatua de que habla San Justino.

Este dice, que se erigió en tiempo de Claudio César (Ap. 11. n. 26. 56.), y lo que estuvo sobre el pedestal desenterrado fué, como lo demuestra la inscripcion, una dádiva de Sexto Pompeyo, quinquenal en provincia. S. Justino habla de una estatua, y lo desenterrado es el basamento de un altar, como lo demuestra la palabra *Sacrum*.

Con lo dicho está reducida á polvo la acusacion de falsedad que hizo Voltaire á unos varones tan eminentes en ciencias y en virtud, incapaces de proferir por todos los bienes del mundo una mentira; pues que estaban siempre dispuestos á dar la vida como la dió S. Justino por el Padre de la verdad.

P. Respondidas ya las principales objeciones de los incrédulos; limitados á estas, porque la necesidad de abreviar la obra, obliga á omitir las demas que podrán verse en la «Impugnacion al Diccionario Filosófico:» elevado al último grado de fuerza el argumento sacado de las profecias, vamos á entrar en el otro poderosísimo que nos prestan los milagros. Espero, pues, que lo presentareis de la manera mas conveniente que os sea posible.

PARTE CUARTA.

MILAGROS.

R. Lo mejor me parece insertar aquí parte del artículo *Milagros* de la citada «impugnacion al Diccionario filosófico.»

Habiendo contestado brevemente, dice, y de paso á todas las objeciones que contiene

este artículo; y hallándose otras ó estas mismas ampliadas en otros escritos de los impíos, me ha parecido conveniente presentar aquí un juicio crítico de los milagros de Jesucristo.

Ante todas cosas se ofrece la cuestion sobre la posibilidad de tales dispensaciones de las leyes naturales. Esta cuestion me parece tan nécia, tan despreciable, que no creo merece agitarse entre hombres de juicio. Hay un Dios de todo lo criado: esta es una verdad, en que convienen los mismos que se resisten á creer los milagros. Dios estableció las leyes por las cuales el mundo se mueve, y desenvuelve todos los fenómenos que vemos. Dios no pudiera existir sin ser sumamente sábio y poderoso; porque llamamos Dios á este grande, á este supremo poder intelijente, que dió ser á la naturaleza.

Y ¿no es el colmo de la absurdidad, de la estupidez confesar, que existe Dios: que es el autor de las leyes naturales, y que habiendo podido establecerlas, no puede alterarlas en lo mas mínimo? Todo cuanto Es-

pinosa, Bayle, Voltaire y otros incrédulos han escrito sobre la posibilidad de los milagros, es despreciable, no merece una seria refutacion. Redúcense, á que las leyes de la naturaleza son inmutables; á que todo sucede con arreglo á un plan, que no puede alterarse, só pena de ser Dios mudable en sus designios ó poco previsor en su sabiduría; y á que la posibilidad de los milagros destruiría la confianza que los hombres tienen en este orden admirable de la naturaleza. Aqui no hay mas que énfasis, palabrotas, hojarasca sin sustancia.

En primer lugar, los impios no pueden hablar de la esencia de unas leyes que solo conocen por sus efectos. Decimos que amañecerá mañana, porque hemos visto y oído decir, que constantemente un dia sigue á otro dia. No tenemos otra razon; no sabemos por qué ha de suceder esto.

En segundo lugar, las leyes de la naturaleza son inmutables en cuanto lo sea la voluntad del que las estableció. No son necesarias, porque entónces Dios obraria sin

libertad; no seria Dios. Son contingentes como todo lo que existe fuera del Ser Supremo; de manera que pueden subsistir y desaparecer. Como contingentes jamás suponen mutabilidad en el Autor, que es esencialmente necesario. Verémos una cosa hoy que no hemos visto antes, una cosa para nosotros singular; una alteracion de los efectos que ordinariamente creemos producir estas leyes. Pero tal escepcion ha entrado desde el principio en los designios de Dios; y asi lejos de contrariar su plan, lejos de alterar el órden que ha establecido, es parte de dicho plan, corresponde á tal órden.

Dios es inmutable: Dios no muda sus designios; pero los decretos que establece, las determinaciones que toma como otros tantos medios de llenar este plan, son contingentes, y duran mas ó menos tiempo, y viene cada cual en su dia á colocarse en el lugar destinado.

Si porque Dios fuera inmutable, todo cuanto existe hubiera de seguir un órden necesario, jamás veríamos un año diferente de

otro, un dia diverso del anterior. Esta variedad que se nota en la naturaleza, al mismo tiempo que la constancia é inmutabilidad en los puntos principales del plan general, anuncian la omnipotencia y sabiduria de Dios, y al mismo tiempo la libertad con que obra.

Los hombres, lejos de perder su confianza, deben aumentarla. No ven unos efectos necesarios, á los cuales sin remedio alguno tienen que sucumbir. Al contrario ven los decretos del Todopoderoso, que cuando son terribles al misero mortal, pueden templarse á fuerza de súplicas, de actos de beneficencia, de virtudes.

El hombre sabe, que Dios ha formado un plan en el cual ocupa un lugar principal; que este plan le es útil: que sus pasiones se esfuerzan por arrebatarse el sumo bien que le está señalado. Siente que vive y se mueve bajo la mano de un padre y juez deseoso de premiar, severo para castigar; y esta creencia y este sentimiento le retraen de los crímenes, y le conducen á la virtud para llenar su puesto, para ponerse en armonia con el

autor de la naturaleza. El impio cree ser todo un efecto necesario de leyes que no admiten dispensa; cree imposible modificar su suerte: se considera arrebatado por un destino contra el cual no hay un ser libre á quien clamar; y de aqui se sigue que no hace esfuerzos por resistir á sus pasiones, que no se empeña en ser virtuoso; porque el camino de la virtud solo le ofrece inútiles privaciones: no desconfia de que amanecerá; pero no confía acerca del remedio de sus desgracias.

¿Cuál de las dos opiniones es mas digna del Ser Supremo, mas conveniente al individuo y á la sociedad, mas propia de los altos fines, del gran plan de la naturaleza?

El creyente no teme que suceda una alteracion hija de la debilidad de la obra, de la poca enerjia de sus leyes. Esto sí debería tenerle siempre sobresaltado. Cree que Dios como padre amantísimo, tiene determinado presentar alguna vez al hombre una escepcion de esas reglas generales, que como tales ha aprendido; y esta escepcion, sin afectar al sistema universal, sin trastornar sus

vastos planes; escepcion dispuesta, para dar á conocer á los hombres lo que por los medios ordinarios no es posible; escepcion que tiene por fin la felicidad misma de algunos individuos ó del género humano.

¿Y podrémos distinguir los hechos sobrenaturales de los naturales, los milagros de los que no lo son? Es verdad que no conocemos la esencia de las leyes naturales; que no sabemos hasta donde alcanza su fuerza; que Dios puede establecerlas de otro modo, restringirlas ó ampliarlas. Pero vemos que hay un plan: que las leyes naturales pertenecen á él, porque á la realizacion de él se dirijen; y de aqui inferimos, que estas leyes tienen límites en sus fuerzas, porque están ajustadas á un objeto. El poder que las ha establecido, es ilimitado; ellas son limitadas; porque en lo que escediesen del objeto á que se las destina, no tendrían empleo, no obrarían, no existirían.

Desconocidas como nos son muchas leyes particulares y generales y la esencia de todas, un hombre de mas conocimientos que

nosotros podrá deslumbrarnos con hechos extraordinarios, y jugando sobre principios que ignoramos, abatirnos en la duda. Pero cuando los tales hechos se verifican en contradiccion con leyes, que si no en su esencia, en sus efectos constantes tenemos conocidas; y ademas se invoca á Dios para presentarnoslos, ó se titula Dios el que en nombre propio los realiza, con razon creerémos, que estos hechos son escepcionales; y que Dios los determina para darnos á conocer cosas que los efectos ordinarios de las leyes naturales no nos revelan. Asi, resucitar un muerto de cuyo estado nos hemos informado bien, curar con una palabra enfermedades, que ó son incurables, porque han destruido algun órgano ó cambiado su sustancia, ó aunque no lo sean, necesitan de otros medios de curacion, y esto hacerlo en nombre de Dios, no habrá quien no lo mire como milagro.

Rousseau queria, que el milagro siempre consistiese en mudar la carrera del sol, en dar nuevo orden á las estrellas, en allanar las montañas, en mudar el aspecto de la tier-

ra, en semejantes trastornos de la naturaleza (Emil. t. 3.). Pero ¿á qué tan espantosos desórdenes con los males físicos y morales que les son consiguientes? ¿No es mucho mas satisfactorio á los hombres, ver alterarse el órden de algunas leyes naturales, para probar la divinidad con un prodigio útil á muchos, dañoso á nadie? ¿Y prueba mejor v. g. el sumo peder de Jesucristo la detencion del sol, que la resurreccion de un muerto? Al contrario. Lo primero podia sospecharse que era un efecto natural de leyes del sistema planetario, conocidas por el que lo anunciaba, y no por los espectadores. Lo segundo es evidentemente contrario á las leyes de que estamos ya seguros, porque sus aplicaciones se hacen á nuestra vista y á nuestro tacto: lo segundo es evidentemente un milagro. Ademas, que en nuestra religion de ninguna clase faltan prodijios.

Si no es imposible un milagro: y si puede distinguirse de los hechos que no merecen este título, no debemos cerrar los ojos, y decidir sin discutir acerca de la falsedad de

lo que se presenta á nuestra vista, ó se nos refiere como cosa positiva. Hacer esto, es dejar sin uso nuestra razon; es empeñarnos en descender al estado de una bestia. Despreciar, pues, las pruebas de los milagros, nada mas de por que de milagros se trata, es el colmo de la locura.

Rousseau pasó tan adelante en una de las aberraciones de entendimiento que padecia, que dijo, estar mas seguro de su juicio que de sus ojos. Pudiera haber observado en sí mismo la debilidad del primero y la firmeza de los segundos; porque habiendo sido sucesivamente católico, protestante y deista, claro está que su juicio le engañó en diferentes cuestiones relijiosas. El fué un mónstruo de contradicciones como observará el que lea sus obras; y habiendo sido quizá el único impio que tuvo buena fé, siempre escribiria lo que su razon le dictaba. Se encantaba con la majestad de la Escritura: admiraba aquellas sentencias de Jesucristo, aquellas concluyentes respuestas. Confesaba que habia muerto no como hombre estraordina-

rio, sino como un Dios. Reconocia que sus hechos estaban mas bien probados que todos los demas que la historia nos ha trasmitido: decia que la relijion cristiana era la única que tenia pruebas. Sentia la fuerza de conviccion: habia nacido para Dios; pero desgraciadamente vino al mundo en el siglo 18.º: opiniones de hombres célebres le hicieron vacilar toda su vida: se entregó á sutilezas extravagantes: en fin el espíritu de aquel siglo le arrebató á la corriente jeneral, á aquella corriente, que conmovió en sus fundamentos al mundo civilizado, y que lo hubiera trastornado, á no venir en seguida el siglo de la reparacion. Las contradicciones, las inconsecuencias del filósofo ginebrino, ¿de qué provenian sino de la debilidad de su juicio? Pues jamás se engañaria, jamás hallaria en sí tales contradicciones en cosas de que tuviese evidencia.

David Hume apoyó en un sofisma su resistencia á la prueba de los milagros; sofisma como todos muy bueno para hombres sin criterio. «La esperiencia, decia, nos acredita,

que las leyes naturales son constantes. Si algunos hombres nos dicen, que estas leyes en un caso particular se han alterado, nosotros no tenemos en prueba de ello sino la experiencia de que regularmente los hombres nos refieren lo que ha sucedido. Se juntan, pues, aquí dos esperiencias contrarias entre si, una la que tenemos, y que jamás hemos visto faltar acerca de la invariabilidad de las leyes naturales, otra la de unos cuantos hombres, que si bien suelen decir la verdad, pueden mentir. Debemos atenernos á la primera como mas segura.»

Este es en sustancia el raciocinio de Hume, al que contesto que lo que él llama experiencia, siendo negativa, siendo solo una falta de experiencia de lo contrario, nada vale contra las pruebas positivas de un hecho. Nosotros solo podemos decir, que no hemos visto alterarse el orden que llamamos natural; y que así lo llamamos sin otra razon, que haber visto, que es el de un dia y otro. Pero no es lo mismo no haber visto alteracion en este orden, que estar seguros de que ni la

hubo ni pudo haberla. Meteóros, nunca observados, se han presentado á los hombres: enfermedades, jamás vistas, han desolado al mundo. ¿Habrá persona sensata que niegue una cosa y otra, porque la esperiencia le enseña que jamás habian sucedido? ¿Qué diríamos del etiope, que negase la existencia de un suelo cubierto de nieve, de un mar helado, solo porque la esperiencia le acreditaba, que esto jamás habia sucedido?

Aun contra nuestra evidencia deberíamos ir, si al sofisma diésemos el valor de un argumento. Yo viendo un milagro diria: «La esperiencia me ha convencido, de que no se hacen milagros. Una evidencia contradice ahora á la evidencia de toda la vida. Pues debo creer, que la del momento me engaña; porque es mas fácil, que yo tenga una ilusion momentánea, que el que me haya engañado constantemente una evidencia de muchos años »

Que una evidencia sea preferible á otra, está bien; y si en eso consistiera el raciocinio, poco habia que contestar. Pero es el

caso, que una evidencia no se opone á la otra; que la del milagro no destruye la de toda nuestra vida; no dice, que la que antes hemos tenido era falsa, era una ilusion. Ambas son ciertas; ambas deben determinarnos á creer, y conforme á ellas dirémos, que jamás habíamos visto un milagro; pero que en tal momento ha sucedido á nuestra presencia. De este modo dirémos tambien, que no vimos resucitar á Lázaro; pero que no siendo imposible á Dios su resurreccion, debemos creer que se verificó, siempre que hombres con ojos como nosotros, capaces de percibir el hecho como nosotros, nos digan que lo han visto, y no tengamos por otra parte motivos de dudar de su buena fé.

Este es el testimonio de los hombres, sin el cual nada sabriamos ni de historia, ni de jeografia, ni de fisica, ni de astronomia, ni de medicina, ni de química, ni de ciencia alguna, ni de artes: el testimonio sin el cual era imposible, que subsistiese la sociedad; porque dando fé al testimonio humano, es como aseguramos, que hay una córte, un

gobierno, leyes auténticas, decretos no supuestos, y así obedecemos, y así vivimos en armonía.

Sabemos en ciencias naturales lo que otros hombres nos dicen, haber experimentado. Sabemos de la estension y figura de la tierra, de los continentes, de los mares, dando asenso á las relaciones de viajeros, á las operaciones de matemáticos; y solo comparando estas relaciones y cálculos con buena crítica, y con los conocimientos que por la fé hemos recibido de otros hombres, de cuyo testimonio, creído por nosotros, siempre necesitamos, es como podemos resolver algun problema, aclarar un punto dudoso, allanar cualquiera dificultad en dichas ciencias. En fin, sin fé en el testimonio de los hombres no seríamos hombres, no nos aventurariamos sino muy poco á una máquina, y casualidad seria, que llegásemos á la edad viril; porque la fé en el testimonio de nuestros padres comienza á ejercitarse apartándonos de los innumerables peligros, que ellos nos señalan.

Nos engaña esta fé, cuando no va dirigida por la prudencia, cuando la damos sin crítica. Pero cuando se llenan todos los requisitos de esta, quedamos tan ciertos como si hubiéramos visto por nuestros ojos aquello que afirmamos: tenemos quizá mas seguridad que la que nuestra particular evidencia pudiera ofrecernos; porque esta puede engañar aunque no en todas cosas; esta puede envolvernos en una ilusion; pero la evidencia de muchos es imposible que presente solo apariencias, ó que sea efecto de mal estado cerebral; y asi mas segura está la verdad que se afianza en la evidencia de un centenar de personas, que la que solo cuenta con el apoyo de mi evidencia. Ya ha sucedido en Granada, hacer creer á un tal Quevedo, que estaba ciego sin estarlo; y en tiempo de la guerra del Rosellon en el siglo pasado, creyó un capellan de ejército, que la mula que montaba no era mula sino haca, en virtud precisamente de cambio que habria verificado, que él negó al principio, pero que al fin creyó, sucumbiendo al peso de muchos testimonios que

en diferentes puntos de la carrera que llevó en su paseo, fué recibiendo de personas, puestas para ello de acuerdo. Tal es la fuerza de conviccion que tiene el testimonio de los hombres, aun cuando se halle en oposicion con nuestra misma evidencia. Tan cierto estoy de que existe Paris, como si lo viera; aun estoy mas cierto, pues aseguro por el testimonio de los hombres, que no ha sido una vision que en sueños he tenido; no ha sido una creacion de mi cerebro desarreglado.

Conque en llenándose perfectamente todos los requisitos que la buena crítica exige, estamos seguros de un hecho cualquiera ordinario ó extraordinario, natural ó milagroso; pues el hecho en cuanto á la percepcion nada tiene que ver con la dispensacion de leyes naturales, que haya sido necesaria para que se efectúe. Exijimos mas, cuando se habla de milagros, porque su importancia nos llama la atencion mucho mas que hácia un hecho ordinario; pero no porque creamos que este se vé mejor que aquel;

no porque la informacion del uno sea perfecta con menos requisitos que las del otro. Algunos impios han dicho, que el milagro deberia ser visto por todos los que habian de creerlo. ¡Y estos hombres se precian de lójicos! Un milagro es un hecho, y como tal es transitorio. Aun ese único que confiesan los llamados filósofos, el de la creacion, ningún hombre lo ha visto, y solo es conocido por sus efectos.

Los milagros de Jesucristo ¿cómo habian de ejecutarse sino mientras vivió su autor? Seria necesario, que el que los hizo viviera todavia, y continuara viviendo hasta el fin del mundo. Pero entónces, ¿cómo habia de tener cumplimiento la redencion del género humano, que es el punto principal de nuestra relijion?

Si por otros hombres se repitiesen los milagros en cada dia y en cada pueblo, para que todos fuesen testigos presenciales, ¿en qué vendria á parar la esencia del milagro? ¿cómo distinguiríamos el orden natural del sobrenatural, cuando aquel consiste en lo que

constantemente sucede? Las profecias que son otros tantos milagros, ¿no necesitan mucho tiempo entre el anuncio y el cumplimiento? ¿Es posible que siempre y ante todos los hombres se haga el anuncio, y ante los mismos pase tiempo, para alejar la sospecha de ser una prevision natural, y ante los mismos se cumpla lo anunciado, y este intervalo y este cumplimiento abracen toda la duracion del mundo? ¿No es esto un disparate? Conque los milagros son ciertos, las profecias lo son, siempre que tengamos en su favor pruebas indestructibles. Examinemos aquellos que sirvieron para acreditar la divina mision de Jesucristo.

Desde el principio del mundo se anunció un Reparador, un Mesias. Despues el legislador hebreo repitió el anuncio, añadiendo algunas cosas para que fuese mas conocido: dijo que seria tambien legislador y saldria de entre los hebreos mismos. Habiase indicado ya que naceria de mujer, pues á la serpiente infernal se anunció que la mujer quebrantaria su cabeza. A Abraham se le habia pro-

metido ser padre de un gran pueblo, y que tendria un hijo lejítimo cuando ya no lo esperaba. Que en él serian benditas todas las naciones de la tierra, es decir, en su descendencia; y esto demuestra, que al venir el Reparador concluiria la ley que habia de darse á Moises, peculiar del pueblo hebreo, y se estableceria otra nueva, que borrarla la distincion de este pueblo. Anunciósele tambien la numerosísima descendencia del hijo de la esclava, su ferocidad, y las guerras que sostendrian contra dicha descendencia todos los demas, como hemos visto verificado.

A Jacob se revela que el Reparador saldria de la tribu de Judá, y que no saldria ó no faltaria el baston de esta tribu hasta que viniese. David le llama Señor al tiempo que le considera descendiente suyo, y sigue anunciándose el grande acontecimiento cada vez mas circunstanciadamente. Que saldria de Bethleem; que seria pobre y señor de lo criado, príncipe eterno y abatido, perseguido, calumniado, muerto, eterno sacerdote y

al mismo tiempo la gran victima, el cordero de Dios que venceria al pecado.

Seria abofeteado, azotado, crucificado entre dos ladrones, no se le romperian los huesos, aunque á todos los supliciados se quebraban las piernas. Repartirian sus vestidos los matadores, y sobre su túnica echarian suertes. El sol y la luna se oscurecerian, sucediendo todo esto á las setenta semanas de años, contando desde la salida del decreto para la reedificacion de Jerusalem y del templo; habia pues de venir en tiempo del segundo templo menos magnífico, pero mas glorioso por haber de ser visitado por el Salvador.

En medio de la última semana moriria el Cristo, y no seria mas suyo el pueblo que le habia de negar; acabaria la hostia y el sacrificio: haria la alianza con el género humano; las naciones paganas le reconoceria y adorarian, siendo al mismo tiempo reprobado el pueblo judio. Vendria un caudillo; cercaria la ciudad y el templo, los destruiria, y entraria en ellos la abominacion de la de-

solacion, la cual duraria hasta la consumacion y el fin.

Las figuras, que de este Mesias hay en el Viejo Testamento, nos pintan al vivo lo que las profecias revelan. Isaac inocente, cargado con la leña para el sacrificio de que él mismo iba á ser la víctima inmolada por su padre, y subiendo á la montaña Moria, nos representa al inocente Jesus, ascendiendo al Golgotha con la cruz en que iba á morir, para satisfacer á la justicia de su Eterno Padre. Melquisedec rey de Salem y al mismo tiempo gran sacerdote, de oríjen misterioso, y que hacia la ofrenda de pan y vino, es el tipo de Jesus, príncipe y sacerdote, autor de una ley nueva en que se ofrece vino y pan.

José vendido por sus hermanos, que luego le adoraron, es otro tipo de Jesus. La sangre del cordero libró á los judios de la mortandad que en Egipto hizo el Anjel exterminador; y este cordero representa á Jesus, cuya sangre libra á los hombres de la muerte del pecado. El sacrificio de la vaca roja entre los judios se hacia con tales formali-

dades, con circunstancias tan raras, que todo él pareceria hasta ridículo, contradictorio y chocante, todo incomprensible y enigmático, si no fuese figura del sacrificio de Jesus. Pero por este se esplica de un modo admirable, como en otra parte se ha demostrado.

¿En dónde estaban estas profecias y otras ya de palabra ó de escrito, ya de accion? En los libros del Viejo Testamento, propios de los judios nuestros enemigos, libres de toda alteracion por los cristianos, que no existieron sino muchos siglos despues, y que están vijilados por sus contrarios que tienen los mas antiguos ejemplares. ¿No es admirable que este pueblo permanezca obstinado en no reconocer al Mesias cuando sus mismos libros debieran convencerle? ¿No ve que ha sucedido todo lo que segun sus libros debia suceder por consecuencia de su venida? ¿No es un milagro esta obstinacion? ¿No se descubre que ella nos suministra una prueba indestructible del cumplimiento de las profecias, ya porque esto que vemos en los judios estaba profetizado, ya porque siendo ellos

nuestros enemigos, y conservando los libros del Viejo Testamento, nos ponen á cubierto de toda sospecha de alteracion en ellos? No cabe pues la mas leve duda sobre su integridad.

Llega el tiempo señalado, y en Bethleem nace un niño hijo de una mujer virtuosa, custodiada por un centinela tan vijilante y tan interesado, como que era su esposo, que no la habia carnalmente conocido, y que la veia embarazada. Al entrar el niño en el templo, el sacerdote Simeon bendice á Dios, porque le ha permitido ver al Mesias; una profetisa se espresa en los mismos términos, y en fin, corre la voz del gran suceso de tal modo, que Herodes presiente una conmocion popular, y manda degollar á todos los niños de dos años abajo que se encontrasen en la comarca de Bethleem.

El nacimiento de Juan fué tambien acompañado de circunstancias milagrosas; y quando ambos estaban en la edad viril, Juan sale al desierto, y anuncia que se acerca el reino de los cielos. Se le pregunta si es el Mesias

ó algun gran profeta, é incapaz de abusar del prestijio que desde luego adquirió en el pueblo, dice francamente que nó, que él es aquel de quien se profetizó como ángel que va delante de su señor; que es la voz del que clama en el desierto: «preparad el camino del Señor: haced rectas sus sendas:» de manera, que comenzó á dar testimonio del carácter divino de Jesus, y humildemente dice, que no es digno de desatarle la correa de su zapato.

Inmenso pueblo le sigue: él bautiza: él hace una vida penitente, y siempre dice: que no es el Cristo; y cuando ve venir á Jesus, dice á los que le admiraban: «Hé ahí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo: conviene que él crezca y yo me achique, me abata.» Bautiza al Señor: reprende á Herodes el Tetrarca, y busca allí la muerte, que recibe en premio de su virtud. No se nota otra mira, otro proyecto, que anunciar al Mesias, enseñar y morir despues de haber pasado una vida de penitencia y de privaciones. ¡Qué testigo!

Los discípulos de Juan se unen á Jesus: este Señor llama á otros varios hombres, á pescadores, á un alcabalero, y todos dejan ya sus redes, ya el telonio, y abandonan sus casas, sus pocas ó muchas comodidades, y siguen á aquel hombre que camina sin dinero, que profesa la humildad y la pobreza, y que no ofrece á sus seguidores sino miseria, trabajos, befas, ignominias, persecuciones, y por fin la muerte. No es un Mahoma que se propone conquistar al mundo y llenar de riquezas á sus soldados. No es un filósofo, cuya reputacion puede ser provechosa á sus discípulos; cuya doctrina no exige sacrificios, ni amenaza con la muerte. Es un pobre que con ningunos recursos cuenta; que va á trastornar la religion del pueblo; que se pronuncia Hijo de Dios, igual al Padre; que llama á los hombres á la pobreza, á la castidad, á todo género de privaciones, al casi imposible amor al enemigo; que por fin anuncia á los que le han de seguir, la muerte con que coronarán la série de sus padecimientos.

A este hombre lo han de ver sufrir: lo han de ver escupido, abofeteado, azotado, condenado á muerte, crucificado entre dos ladrones. ¿Qué puede justificar su mision divina: con qué probará su carácter: cómo podrá atraerse á los hombres: hacerles que dejen la religion en que han nacido, y vendan los bienes, y el importe lo den á los pobres; y dejen las comodidades de la vida, y se abstengan del trato con las mujeres, guardando castidad; y se eleven á las virtudes mas sublimes; y se sometan á una vida llena de aflicciones; y sean el ludibrio de los demas; y se vean maldecidos, arrastrados y muertos; y ninguna otra cosa tengan que esperar en este mundo? ¿Es esto posible, á no presenciar milagros hechos por Jesus? ¿Puede llegar el extravio de la razon de millares de hombres al estremo de luchar con sus pasiones hasta vencerlas: abrazar la mortificacion: despedazar su cuerpo: buscar ansiosos la muerte, todo esto por gusto, por sostener imposturas, cuya defensa les granjearia despues de tantas penas un infierno? ¿No seria esto, como pen-

saba S. Agustin, mayor milagro, que los que refiere el evangelio? Ciertamente. Conque los progresos de una religion tan austera, y para la cual se necesitaba hacer el sacrificio de todas las comodidades, de todas las pasiones de la misma vida, necesariamente suponen prodijios.

Y no se diga que el error ha tenido tambien sus mártires: esta cantinela de los impios descubre su falta de raciocinio. Los hombres podrán morir defendiendo una cosa que en sí sea error; pero ellos no mueren por el error; ellos mueren siempre por la verdad. De manera, que entre los llamados mártires del error y los primeros cristianos, hay una diferencia tan grande, tan esencial, que absolutamente la muerte de los primeros nada prueba: y la de los segundos no deja lugar á la duda. Mueren aquellos por lo que creen, y esto solo supone fé; murieron los primeros cristianos por lo que vieron, y mueren glorificando á Dios, porque los ha considerado dignos de sellar su testimonio con la sangre de sus venas; y este es el testimonio que

prueba mas que el de un millon de historiad-
dores; el testimonio que no tiene otro en el
mundo que se le parezca.

¿Podia Jesucristo engañar á los apósto-
les y discípulos? No: en unos milagros ó apa-
riencias de ellos necesitaba contar con los
hombres que le rodeaban; en otros, aun con-
tando con ellos, era imposible engañar; por-
que ¿cómo podian todos juntos oscurecer el
sol, hacer temblar la tierra, abrirse los se-
púlcros y arrojar vivos los cadáveres que en-
cerraban; y en fin, hacer que Jesus ascen-
diese á los cielos en medio de un concurso
numeroso? En estos milagros, claro es que
los apóstoles no podian contribuir á un en-
gaño. En aquellos, no podia llevarse á cabo
la impostura sin contar con ellos: habian de
ser impostores; y entónces sufririan una vida
de mortificacion y penitencia, terminada por
una muerte espantosa, despues de lo cual
solo podian esperar la condenacion eterna,
por el gusto de sostener imposturas, sabidas
muy bien por ellos, lo cual ya he demostrado
que es imposible.

¿Ni cómo habia de ser Jesus un impostor aunque pudiera? Su misma religion le obligaba á la austeridad, á la miseria, á las privaciones; y le conducia á ciencia fija á los tormentos y á la muerte. Nada, pues, podia ser en este mundo sino un desgraciado y en el otro tambien, porque la salvacion no se dá por premio de apostasias, de patrañas y de blasfemias.

He dicho ya, que no podia engañar á los apóstoles y discípulos: que era menester que con ellos contase; y si todavia llega la razon estraviada de los impios hasta sostener el imposible de que Jesus engañaria á aquellos hombres sencillos, añadiré: ¿Y cómo podia hacerles creer que ellos mismos hacian milagros á nombre de su Maestro? ¿Podian engañarse acerca de lo que por su mano obraban? Porque es tan grande, tan irresistible la prueba de los milagros, que ella consiste: 1.º en la imposibilidad de que Jesus derrocara la religion del pueblo, y estableciese otra llena de austeridad, llamándose Dios, sin hacer milagros. 2.º En que no podia enga-

ñar con apariencia de milagros á sus discipulos, porque necesitaba de su ayuda para finjirlos, y aun la mayor parte ni con tal ayuda se ponian finjir. 3.º En que prometió á sus discipulos que ellos harian tambien milagros, y en efecto los hacian.

De manera que Jesus (fijese la atencion en esta série de reflexiones) nacido en el tiempo que Daniel profetizó: quando existia el segundo templo que se designó por los profetas como el que habia de ser visitado por el Mesias: nacido en la tribu de Judá como profetizó Jacob; en Bethleem como tambien estaba profetizado: poco antes ó en el tiempo de faltar el cetro ó baston de la tribu de Judá, ó de cesar esta tribu, única organizada en la nacion judia, y en que consistia la existencia del pueblo, como estaba profetizado. Nacido poco tiempo antes, que un caudillo cercase á Jerusalem y al templo, los destruyese hasta en sus fundamentos; esparciese á los judios; acabase la hostia y el sacrificio, para no restablecerse jamás, como estaba profetizado. Nacido de una Virgen,

pues, Maria no conoció á José, y este porque no la habia conocido, tuvo celos, y porque se le reveló el misterio dejó de tenerlos, y la sirvió como á su señora, nacimiento que profetizó Isaias. Nacido en el concurso de tales circunstancias, y reuniéndose en él tales y tan grandes profecias. Reconocido como Mesias por Simeon y Ana: anunciado por Juan Bautista en el vientre de Isabel su madre: proclamado por dicha santa y por su marido Zacarias: adorado por los pastores, que dijeron, haber recibido de un ángel la noticia, y oido á otros ángeles cantar el glorioso himno.

Este Jesus nacido con tales y tan admirables circunstancias, se cria, y es sábio y virtuoso como nadie: tiene tal májia en sus palabras, que con llamar simplemente á los hombres, aun los mas desmoralizados le siguen, y se rejeneran. Encuentra quien le preceda como su precursor, haciendo de ángel que clama en el desierto, segun estaba profetizado. Doce apóstoles rodean á Jesus, y setenta discipulos y un inmenso pueblo.

Dicen cuatro evangelistas que dió vista á los ciegos, piernas á los baldados, vida á los muertos. Se sabe por amigos y enemigos, por cristianos, judios y jentiles, que fué crucificado, como estaba profetizado; se cuentan prodijios en su muerte, que estaban profetizados. Se separa el pueblo judio, le niega, le mata, y los jentiles entran á millones en el cristianismo, como estaba profetizado.

Las circunstancias de su pasion y muerte todas estaban profetizadas; los resultados tambien; y estos resultados han llegado hasta nosotros, y llegarán hasta el fin del mundo, como estaba profetizado.

Refieren los evangelistas muchos milagros, que dicen, haber sucedido en público: la resurreccion de la hija de Jairo, principe de una sinagoga, la cual estaba rodeada ya de los flauteros, que la hacian los oficios de sepultura; y de todo el pueblo, que acudia á verla como á persona principal; y alli mismo Jesus la levanta viva y sana. La resurreccion del hijo de la viuda de Nain, que llevaban á enterrar, y á la voz de Jesus se levantó del

ataud. La resurreccion de Lázaro á media legua de Jerusalem, en presencia de todos los parientes y amigos que habian venido á Bethania á consolar á sus hermanas: en presencia de innumerable jente que se mueve de curiosidad al saber que Jesus á los cuatro dias de la muerte va á resucitarlo: resurreccion que se anuncia con asombro por todas partes: que escita los celos y el temor de los sacerdotes judios, que intentan matar á Lázaro; resurreccion que fué lo que principalmente movió á un inmenso pueblo á correr con palmas y ramos al encuentro de Jesus, cuando con los discípulos y con el mismo Lázaro entraba en Jerusalem.

La curacion del criado de un centurion romano: los millares de curaciones de ciegos, cojos, paralíticos, de las cuales se hicieron averiguaciones por los sacerdotes. El oscurecimiento del sol, el temblor de tierra, la apertura de sepúlcros, la conversion del centurion que asistió á la muerte, la resurreccion á los tres dias, á pesar de estar custodiado el sepúlcro por los mismos enemigos de Je-

sus; la ascension delante de quinientas personas; todos estos hechos se alegan como fundamentos del cristianismo: se escriben por cuatro evangelistas: se suponen por epístolas de San Pedro, de San Juan, de Santiago, de San Judas apóstoles, y de un San Pablo que de perseguidor cruel de los cristianos, se convierte en el defensor mas ardiente del cristianismo, y refiere su milagrosa conversion, y pasa hambre, desnudez; y sufre toda clase de tormentos y la muerte, por sellar su testimonio.

Estos milagros, consignados en tantos escritos, estos milagros que se anuncian como públicos, que se suponen presenciados por cien pueblos, por innumerables personas, que todas ó casi todas vivian despues de la muerte de Jesus, se predicán en estos mismos pueblos, en Jerusalem, en el templo mismo por unos infelices pescadores; y nadie les contradice, y no son inmediatamente desmentidos, y no se lanza sobre tales predicadores un grito jeneral de indignacion. Allí están millares de testigos, y callan, y se con-

vencen, y abrazan el cristianismo; y solo San Pedro principia convirtiendo ocho mil almas, y se llena de cristianos la Judea; y el centurion romano, de quien se dice, haber presenciado los prodijios de la muerte del Salvador, lejos de desmentir, abraza á los que los anuncian, y recibe el bautismo y la fé; y estos apóstoles y estos discípulos del Señor se esparcen por toda la tierra, y ofrecen hacer milagros para confirmar los de Jesus, y los hacen, pues fundan innumerables iglesias ó congregaciones de fieles; y los discípulos de estos apóstoles escriben, y consignan la noticia de Jesus y de los milagros; y se admiran los mas grandes hombres; y se convencen á la voz de los que no tienen mas medios de persuadir, que referencias de milagros y realizacion de otros milagros que comprueban los primeros; y en prueba de que los hacian, se convencen las gentes de todas clases, ignorantes y sábios, y los filósofos mas acreditados; y dejan las escuelas de Platon, y de Pitágoras y de Aristóteles; y corren á abrazar la cruz, y es tal su convic-

ción, que casi todos mueren mártires, y la iglesia se llena de sábios.

Clemente Romano, Ignacio, Policarpo, Bernabé, Irenéo, Papias, Hermias, Marcial, Cuadrato, Justino, Taciano, Dionisio, Atenágoras, Teófilo, Tertuliano, Panteno, Clemente Alejandrino, el elocuentísimo filósofo ateniense Arístides, Agripa, Hejesipo, Apolinario, Pinito, Musano, Modesto, Bardesanes, Victor, Rodon, Miltiades, Apolonio, Serapion, Bacquilo, Polierates, Orijenes y otros muchos que seria difícil enumerar, todos se enlazan; forman una cadena que principia en los apóstoles, y que comunica los milagros de Jesus por la predicacion y por los milagros sucesivos confirmatorios de los primeros. De manera, que millares de millares en Judea, en Grecia, en Roma, en toda la Siria, en Persia, en el Ponto, en la India, en Egipto, en Arabia, en Etiopía, en las naciones de Occidente presenciaron ya los milagros de Jesus, ya los de sus apóstoles y discípulos, que es lo mismo que ver los primeros; y así se formó un mundo de cristianos, íntima-

mente convencidos de su relijion, dispuestos á padecer por ella; que domaban sus pasiones; que admiraban por sus virtudes; que derramaban torrentes de sangre por confirmar lo que sabian y publicaban.

¿Qué importa el número de escritos? Mu-
chísimos hubo, de los cuales unos han lle-
gado á nosotros, y los demas se han perdi-
do. Pero ¿necesitamos mas que saber, que
solo por los milagros podia atraerse á los
hombres á relijion tan austera; á adorar como
Dios á un crucificado; y que en los milagros
se apoyaron los apóstoles; y que se decian
públicos estos milagros; y que ellos decian
que tambien los hacian en confirmacion de
los otros; y que de todos los que habian de
ser testigos de tales milagros se llenó el
mundo de cristianos, admirables por su
doctrina, por su pureza, por su probidad, por
su constancia en los tormentos? ¿Se podrá
dudar de que hubo desde luego muchísimos,
cuando nuestros escritores, los judios, los
gentiles, los decretos de emperadores, los
informes de majistrados lo atestiguan? Pues

si hubo muchos, todos estos son otros tantos testigos de los milagros, porque por los milagros creyeron.

¿Y qué se alega contra esta evidencia histórica? Que no creyeron los sumos sacerdotes; que no creyó todo el pueblo judío; que no creyeron los majistrados romanos. Se alega el silencio de Filon y de Josefo; el de Pilato, que debió dar cuenta de aquellos acontecimientos á Tiberio. Se dice que el senado hubiera comparecido á los tres muertos resucitados, para preguntarles lo que habian hecho sus almas, mientras estuvieron muertos. Se alega, en fin, que hubo herejes que disentan de los ortodoxos; y que hubo muchos escritos que fueron declarados apócrifos. Contestarémos á tales objeciones, y se verá, que lejos de sernos contrarias, producen nuevos argumentos en favor de los milagros.

Profetizado estaba, que el pueblo judío negaría al Cristo, y no sería mas suyo. Conque si lo hubiera confesado, si se hubiera hecho cristiano, la relijion del crucificado

seria falsa. Los judios, pues, negando y matando á Jesus, cumplieron las profecias, como á la vez las cumplen tambien los incrédulos, que ahora y antes de ahora contradicen al evangelio: dieron sin saber lo que hacian, testimonio á la verdad del cristianismo. Pero hay mas: esos sumos sacerdotes, ese pueblo incrédulo gritaban contra el Salvador, porque haciendo en sábado milagros, quebrantaba la ley, suponiendo, que Moises habia prohibido hacer obras de misericordia en dia festivo. Gritaban, porque precisamente por el poder de los demonios hacia tan grandes cosas. Luego las hacia; luego los mismos enemigos de Jesus confesaban la certeza de los milagros, y se veian en el compromiso, para eludir su fuerza, de recurrir á ese efujio tan miserable, que no es digno de que hagamos de él aprecio, ni para tratar de desvanecerlo.

Cónstanos esto por los evangelios y demas escritos de aquel tiempo, y sobre ello no podrán ser sospechosos tales libros; porque defendiendo sus autores hechos públicos, les era indiferente entónces el medio de

que se valiesen sus enemigos; y aun sobre la negativa los hubieran mas pronto confundido; y ademas, porque solo estando en un completo desórden moral, pudieran unos escritores defender su narracion de objeciones que no se habian hecho contra ella. Conque si de tal objecion hablaron, fué porque la hicieron los judios; y si la hicieron, ella envuelve la confesion de los milagros; pues confesarlos es, buscar delitos acerca del dia en que se hacen, y la autoridad de que se vale el que los ejecuta.

Aun en tiempo en que ya por no vivir los testigos presenciales, podia tener cabida la negativa, respetaban los judios aquella objecion, que por tradicion constante habian recibido; y no sabian valerse de otra para defenderse de los cristianos que los confundian con sus grandes pruebas. «Vosotros convenis, les decia Tertuliano (Adv. Jud. capítulo 9.), en que el Cristo hizo estos milagros, puesto que deciais, que no le apedreabais por sus obras, sino porque las habia hecho en sábado.»

Apenas habia pasado un siglo desde el nacimiento del Salvador, cuando Celso, perfectamente instruido de cuanto los judios opusieron desde el principio á los cristianos, hablando en sus dos primeros libros á nombre de un judio, acusa á los cristianos de ejercitar por medio de encantamentos ó invocacion de demonios su poder. Censura de Jesus, que aprendió en Egipto la májia. Habla de su bautismo, de la adoracion de los magos, de la mortandad de los inocentes, de las curaciones que hizo, de la multiplicacion de los panes para alimentar á un gran número de personas; de las resurrecciones que obró; y dice, que en todo esto es como los magos, que prometen cosas, aun mas admirables, arrojan los demonios, curan con su soplo á los enfermos etc. «¿Y porque hacen todo esto, añade, los hemos de tener por otros tantos hijos de Dios?» Hé aqui renovadas por boca de Celso las mismas acusaciones, que de los evangelios constan hechas por los escribas á Jesus.

Todos los antiguos padres, que disputa-

ron contra los judios, entre los cuales contaré como los principales á S. Justino, Tertuliano, Orígenes, Arnobio, S. Juan Crisóstomo, S. Gregorio, han supuesto, que los judios admitian la realidad de los milagros de Jesus, y que los atribuian á la májia ó al nombre inefable de Dios (Jehováh) como consta por las dos historias que han compuesto los mismos judios sobre la vida de Jesucristo, y comentarios de los rabinos sobre los libros sagrados. Du-Clot da noticia de un antiguo rabino (Galatin. de Arcan. lib. 8 c. 5) que en su comentario sobre el salmo 74 dice: que en la venida del Mesias los malos no crearían sus milagros, y los atribuirían á májia. «Con esto, dice justísimamente Du-Clot, ¿no hizo el proceso á su nacion?» Orobio en su conferencia con Limborch dice, que Dios habia prohibido á los judios abandonar la ley, aun cuando un profeta quisiese obligarlos á ello con prodijios y milagros; y esto confirma lo que hemos asegurado acerca de la confesion que los judios han hecho siempre de los milagros de Jesucristo, cohonestando su obs-

tinacion ya con la imputacion de májia, ya con el secreto que se le supone haber poseido del nombre de Dios, ya con finjidos preceptos divinos para la observancia de la ley, á pesar de milagros hechos para destruirla, ó para que cesase.

El Talmud Babilónico, del cual se formó parte en la ciudad de Naarda, en donde los judios despues de la destruccion de Jerusalem tuvieron una famosa escuela, pinta á Jesus como engañador, á quien habian quitado la vida en una cruz; pero que habiendo venido de noche sus discípulos se llevaron su cuerpo, y dijeron, que habia resucitado, y subido al cielo, con lo cual engañaban al mundo. Pero confiesa, como los demas libros judios, que Jesus habia obrado prodijios y maravillas: que curó enfermos por imposicion de manos: que sanó con sola su palabra á los poseidos de espíritus malignos (Talmud Bib. Tract. Sanhedrin capítulo 6.): que era de Nazarét, hijo de Maria y de José el carpintero: que hizo muchos milagros en presencia del pueblo: que tuvo

varios discípulos, uno de los cuales era Mateo: que se pronunció como el Mesias Redentor de Israel: que fué crucificado en la vispera de pascua ó sea el 14 del primer mes sagrado, en que se celebraba el corde-ro pascual. Me detendré un poco acerca de los tres libros, que los judios respetan mas despues del Viejo Testamento, y consideran inspirados.

Uno es el Talmud Babilónico, del que, como ya he dicho, se escribió parte en la academia de Naarda. Quien principalmente trabajó, y concluyó esta obra, y se mira como su autor, es Rabí Ase, presidente de la academia, que los judios tenian en la ciudad de Sora cerca de Babilonia, que por esto se llamó Talmud Babilónico, y fué escrito en lengua hebreo-caldáica, que era la que entónces allí se hablaba. Este Rabí Ase fué discípulo de Rabí Joaquin, que compuso el Talmud Jerosolimitano, llamado asi, por haberse escrito en la ciudad de Tiberias en la Judea en lengua hebreo-siriaca, que se hablaba alli en aquel tiempo, y era el idioma de

Jerusalem, ó se conocia como tal. Ambos Talmudes ó doctrinas (que esto quiere decir aquella palabra) son unas esposiciones de la Misna, si bien la dejaron en la misma confusion en que estaba. El Talmud babilónico es mas claro y estenso que el Jerosolimitano; pero mas lleno de supersticiones.

La Misna ó Deuteronomio ó segunda ley, pues se considera como la ley oral ó tradicional, y se la venera por los judios como la obra mas completa del mundo, superior aun al Pentatéuco, fué compuesta por Rabi Judá el Nasi ó príncipe, llamado comunmente el santo, tenido por un hombre inspirado y el mayor sábio de todos los siglos. Fue patriarca de los judios en la academia que tenían en Tiberias; y viendo la general dispersion de sus compatriotas, y no teniendo esperanza de que volvieran á reunirse en su pais bajo un príncipe, consideró necesario, para que no se olvidasen los preceptos y costumbres de los judios, reunir todas las tradiciones, esplicaciones, máximas, ceremonias y usos de los antiguos, y compilar una obra que

es de la que hablamos. Habia nacido este escritor en tiempo de Antonino Pio, que entró á imperar en el año 138 del nacimiento del Salvador, y 105 despues de su muerte. Muy cercano, pues, estuvo á los tiempos apostólicos, y por poco hubiera sido contemporáneo de S. Juan evangelista.

Instruido en todas las tradiciones, memorias, creencias de su pueblo, no podia ignorar lo que desde luego habian alegado los judios, para defenderse del crimen horrendo de deicidio de que los acusaban los cristianes. De manera, que en su obra está reflejado el pueblo judio del tiempo de Jesucristo. Los Talmudes siguieron el mismo espíritu, y repiten las mismas defensas. Cabalmente estos dos libros se escribieron en tiempo de calma para los judios. Habíase criado con uno de estos Caracala que subió al trono al principio del siglo 3.º, y era natural que los protegiese á consecuencia del afecto que les tenia.

Los judios desarrollaron un plan horrible de persecucion contra los cristianos; pero

estos con admirable valentia defendieron su causa, y por aquellos tiempos se vieron las mas sábias apolojias del cristianismo. S. Justino, mártir despues del padre apostólico y mártir S. Ignacio, S. Clemente de Alejandria, Tertuliano, Orígenes y otros acometieron con incontestables argumentos al tiempo mismo que brillaban sus celestiales virtudes, y confundieron á los enemigos de la relijion.

¿Cómo es, que siempre arguyeron á los judios con la confesion que habian hecho de los milagros de Jesucristo, y jamás se defendieron estos, negándolos: jamás hallaron otro recurso, que el miserable de atribuirlos á májia, al poder de los demonios? Hasta el infame libro de las Generaciones de Jesus en que se vomitan las mayores blasfemias y las mas negras calumnias, libro compuesto mucho tiempo despues de los primeros años del cristianismo, confiesa los milagros, atribuyéndolos al secreto de la palabra Jehováh sabido por Jesus; y se puede desafiar á los incrédulos, á que citen un pasaje siquiera de antiguas apolojias, de escritos de aquellos

tiempos, ya sean de cristianos ortodoxos, ya de herejes, ya de judios, ya de gentiles, por el que conste, que los milagros de Jesus fueron redargüidos de falsos por los sumos sacerdotes ó por el pueblo.

La realidad de ellos, al paso que dejó en la incredulidad, para cumplir las profecias á los sacerdotes, escribas y gran parte del pueblo que los confesaban y atribuian al poder del diablo, trajo á la conviccion á hombres principales; un Jairo, príncipe de la sinagoga, un José de Arimatea, un Nicodemo, que era del gran Consejo y principal fariseo, un Saulo, jóven ardiente, enemigo de los cristianos y el mejor discípulo de la escuela del sábio Gamaliel; este mismo doctor, y despues de algunos, por igual convencimiento, abrazó el cristianismo el sábio Hilel, hijo de Gamaliel, patriarca de Tiberias, que reformó la Tecufa ó revoluciones del año, mudando los equinoccios y solsticios, que hizo retrogradar trece días; introdujo en los calendarios judios la era de la creacion y un cielo nuevo de diez y nueve años.

El ejemplo de este, movió á otros muchos, como José, preceptor de su hijo Juda. ¿Por qué no negaban los milagros?

Dicen los incrédulos, que no les ocurrió tal cosa: que como en aquel tiempo se creía que los diablos tambien hacian prodijios, hallaban mas sencillo, atribuir los de Jesucristo á este poder, que meterse en averiguaciones; y que este mismo recurso tomaron los padres de la iglesia respecto á los milagros del gentilismo.

¿No les ocurrió tal cosa? ¿cómo era posible, que cuando tan fácil se presentaba la averiguacion, no se moviesen á ella, antes que buscar el modo y la autoridad con que los milagros se hacian? ¿cómo, cuando se trataba de trastornar la ley, derribar el sacerdocio, y cuando los judios se convertian á millares á vista de los milagros, habian de consentir en lo que les mataba, en la realidad de aquellos hechos estrordinarios? ¿No estaba todo concluido con negar un milagro siquiera, y probar la falsedad? ¿No hubiera sido la muerte de Jesus la del cristianismo,

si el cargo que le hiciesen fuera que suponía milagros, y no que los hacía por arte del diablo, ó que no reservaba el sábado para realizarlos? ¿No es menester estar locos para oír decir, que el sol se había oscurecido, que la tierra había temblado, y sin que cosas tan públicas hubiesen pasado, convenir en su certeza, y no oponer sino que por arte del diablo se habían hecho?

Si los milagros de Jesucristo hubieran tenido lugar en país remoto, en tiempo pasado ó en un lugar oculto, estaba bien; era disimulable que no entrasen en la averiguación de ellos, aunque debía ser lo primero de que se tratase. Pero refiriéndose como sucedidos en aquellos momentos, como vistos por los mismos enemigos, ¿qué cosa mas sencilla, mas natural que negarlos, y acusar de embusteros á los que tenían la desvergüenza de suponer tales hechos? Luego el atribuirlos al poder de los diablos, era porque la obstinada incredulidad de los sacerdotes y escribas no hallaba otro recurso á aquel argumento de evidencia, que á tantos

millares de personas arrebatava hácia el cristianismo.

Ademas, ¿cómo se dice, que no les ocurrió averiguar la verdad? Los fariseos pedian á Jesus milagros en prueba de su mision: inquirieron si era cierta la resurreccion de Lázaro, y querian matarle. Salian de Jerusalem los judios, por ver á este resucitado. ¡Cuántas preguntas hicieron los sacerdotes al ciego de nacimiento y á sus padres! ¡Cuánta prolijidad, cuánta repeticion, qué fastidiosa informacion se practicó por ellos, para asegurarse de la certeza de este prodijio!

Cuando Jesus murió, pidieron los judios á Pilato que pusiese guardia al sepulcro, no fuera que viniesen los discípulos de aquel; quitasen el cuerpo, y dijeran que habia resucitado. ¿Estaban prevenidos contra la impostura? ¿Descansaban en la razon que habian dado de los milagros, sin curarse de la certeza de estos? ¿Y qué dijeron despues de la resurreccion? No que habia salido del sepulcro por arte del diablo; sino que los discípulos vinieron, estando los guardas durmien-

do, y quitaron el cuerpo. ¿Les habia ocurrido la importancia de negar el milagro? ¿Recurrian á este medio, cuando el hecho era presenciado solo por algunos de sus ciegos adictos? ¿Por qué no les ocurrió negar tambien las tres resurrecciones que habia dispensado Jesus, las curaciones de toda clase de enfermedades, la multiplicacion de los panes etc.? Claro está; porque eran milagros ejecutados ante un innumerable gentío; porque los escribas y fariseos tenían de ellos evidencia y el pueblo tambien; porque no se podian negar.

¿Qué sucedió á S. Pedro, cuando despues de la resurreccion y ascencion del Señor fué á Jerusalem, entró en el templo, acusó de deicidio á los sacerdotes y fariseos, y probó que Jesus era Dios, porque habia curado con una palabra al paralítico de la piscina probática, que estaba en la misma Jerusalem; porque al morir se cubrió de tinieblas la tierra, se estremeció, los sepúlcros se abrieron, y el velo de aquel templo mismo, de aquel templo ocupado por los sacerdotes, se rom-

pió de parte á parte? ¿Qué sucedió, cuando S. Pedro habló de prodijios sucedidos á vista de los sacerdotes mismos, pocos dias antes del en que predicaba? Nadie le contradice, nadie le trata de embustero: abrazan el cristianismo millares de personas; y los sacerdotes solo recurren al medio de prohibirle que predique; y él sigue predicando. ¿Cabe esto en el órden de la naturaleza, á no ser positivos los milagros de Jesus?

Es verdad que algunos padres, al argüírseles con los del gentilismo, recurrieron al medio de atribuirlos al diablo; y digo algunos, porque los mas de ellos se burlaron de tales cosas, las negaron. Pero ¿en dónde está la semejanza de hechos á hechos? Hablábaseles de prodijios, de que no habia un testigo presencial; que habian sucedido en otros tiempos; que no podian sujetarse á una averiguacion; y que en sí mismos llevaban el sello contrario á los milagros; porque consistian ya en actos punibles, ya en bagatelas despreciables, y sus autores solian ser unos mónstruos de vicios. Algunos padres, sabien-

do que Dios puede tolérar, que el genio de la falacia use de sus malas artes con los hombres, que no se arman de la virtud; hallaron como cosa mas sencilla, y que ponía término á disputas, el atribuirlos al diablo. En Orígenes, en Tertuliano y en otros escritores del cristianismo puede verse lo que pensaban de los magos del gentilismo y de sus prodigios. Pero aunque todos los padres hubieran atribuido al diablo tales hechos, y no los hubiesen negado, esto solo supondría buena fé en ellos respecto á los testimonios en que se pretendiese apoyarlos.

Los milagros de Jesús hacíalos un hombre de admirable virtud, de moral divina, cuyo tipo no se hallaba en Judea ni en pueblo alguno; que se alzaba como centro de las profecías; que desafiaba á los doctores á buscar en ellas y en la ley testimonios de él mismo; que ejecutaba sus prodigios ante todo el pueblo, ante sus mismos enemigos: consistían aquellos en obras de misericordia: llevaban un objeto grande y conocido; entraban en un vastísimo plan de reforma del mundo;

sostenian una nueva ley, derrocaban la antigua; millares de personas abrazaban á aquella, y deseaban sellar con su sangre la verdad de lo sucedido. ¿En qué se parecen tales milagros á los cuentos de poetas y fabuladores del gentilismo, en que no habia religion, ni moral, ni plan, ni virtud, ni se hablaba de cosas, que estuviesen sucediendo á vista de un pueblo venerador de una ley que concluia á consecuencia de tales hechos?

Era el gentilismo tan grosero, tan indecente, estaba tan desacreditado, y los milagros que se atribuian á aquellos abominables dioses, descubrían á las claras su esencia, que dispensados estaban los cristianos de hacer sobre ellos averiguaciones, bien que no habia testigos con quienes hacerlas. Reirse de ellos; despreciarlos como cuentos ridiculos, ó atribuirlos por un exceso de buena fé ó por moderacion á la influencia del demonio, interesado en oponerse al cristianismo, y empeñado en prestijiar á los hombres, era lo que habia que hacer, y fué lo que hicieron los padres de la iglesia. ¿No desafiaba

Tertuliano á los gentiles, á que hiciesen la prueba respecto al poder del nombre de Jesucristo; y si no confesaba el diablo á Jesus, hiciesen morir al cristiano, que no fuese por el genio infernal servido en esta ocasion?

Se cita el silencio de Filon y de Josefo. El primero era un sábio judio de Alejandría, de familia sacerdotal, que en sus últimos años fué enviado por sus compatricios al emperador Cayo, para defenderlos de las calumnias de Apion el gramático, de lo cual hace mencion Josefo; y en el dia existe el libro de su «Legacion á Cayo» escrito por el mismo Filon. Este viaje lo hizo, segun unos, siete años, segun otros, tres despues de la muerte de Jesucristo; y segun todos los datos, antes de su embajada escribió todas las obras hasta la *contra Flaco*, pues esta fué leida por él en el Senado. Con que probablemente Filon escribió antes de la época ruidosa de Jesucristo. Pero, aunque no fuese asi, su silencio nada probaria, ó argüiria en favor; porque ni en sus obras hay oportunidad de hablar de Jesus, de sus hechos

y de los cristianos (haciendo mencion apenas de los judios de su tiempo en las dos citadas, y ocupándose en las demas, en comentar el Génesis y otros libros hebreos, en las vidas de Abraham, José y Moisés, y en cuestiones puramente filosóficas); ni aunque oportunidad hubiera, supondria su silencio otra cosa, que falta de argumentos contra el cristianismo.

Filon era bastante filósofo, para no atribuir á májia los milagros de Jesus: era celosísimo del crédito de su nacion y de la ley de Moises, para no salir á la defensa, cuando veia á los sacerdotes y al pueblo acusados del mas horrendo crimen; y sentia estremecerse el templo, amenazando desplomarse. Si escribió antes ¿para qué alegar su silencio?

Suponiendo, que escribió despues, y que tocó materias que daban oportunidad de hablar de Jesucristo, ¿por qué calló? ¿por qué no desmintió los hechos, que predicados, atraian tantos hombres al eristianismo, arrebatándolos de la sinagoga; deshonraban al

sacerdocio judáico, y daban en tierra con la ley de Moisés?

Josefo escribió mucho despues de la muerte del Salvador. Habla de San Juan Bautista como de un gran profeta, lleno de celo y espíritu de Dios (Antig. lib. 28). Habla de la injusta muerte de Santiago llamado el Justo, hermano (pariente) de Jesus llamado Cristo; muerte á que fué condenado por el Sanhedrin, convocado por el gran sacerdote Anano, hijo de Anas, bajo pretesto de haber quebrantado la ley. Considera, que la derrota del ejército de Herodes por Aretas fué un castigo de Dios por la muerte del Bautista; y que la ruina de Jerusalem fué el castigo de la muerte dada á Santiago (lib. 20 cap. 8); y por fin habla de Jesus haciendo de él un magnifico elogio; diciendo, que fué sábio, si es lícito llamarle hombre; que hizo prodijios; que fué maestro de la verdad; que le siguieron muchos judios y gentiles; que fué acusado por los principales de la nacion: que Pilato le condenó á muerte de cruz: que los que le amaron en vida, le fue-

ron fieles despues: que resucitó al tercer dia y se les apareció: que asi se cumplieron las profecias, y que dió nombre á los cristianos. (lib. 18, cap. 4.)

Por haber dicho tanto, han acusado los incrédulos modernos de interpoladores á los cristianos; sin considerar, que Porfirio dijo, poco mas ó menos, lo mismo; y que Rousseau dijo mas; no teniendo otra cosa que los retrajese de entrar en el cristianismo, que los misterios, que á ellos parecian absurdos. Entre los judios, para que se cumpliese lo que de ellos estaba profetizado, habia un obstáculo, que consistia en la creencia de haber de presentarse el Mesias con toda la pompa de un gran conquistador; y esta creencia esplica la dificultad que ofrece la permanencia de Josefo en el judaismo, á pesar del concepto que de Jesus tenia.

Ademas, que pudo haber en el orijinal de su obra las palabras, *asi se dice, como se dice*, ú otras semejantes, que eran muy usadas de Josefo, segun nota Fabricio. Lo cierto es, que en todos los códices antiguos

de la obra de Josefo, en las ediciones griegas, en hebreas pertenecientes á judios, y en citas hechas contra estos y contra los gentiles en los primeros siglos, se halla este pasaje, sin que por nadie se haya notado de falso, de interpolado cual ahora lo ha sido por los incrédulos al cabo de tantos siglos, y cuando no existe el orijinal de la obra, que entónces existia archivado en Roma, adonde todos podian ir á consultarlo. Puede verse á Cárlos Daubuz en los dos libros que escribió sobre el testimonio de Josefo en favor de Jesucristo, treinta cartas de doctos varones sobre este asunto y las filológicas é históricas de Reinesio, Snelio, Jo, Fr. Gronovio y otros, cuyos escritos con los mas principales sobre las obras de Josefo, vida de Herodes é historia Iduméa los reunió Lugduno-batavo.

En órden á Pilato no podemos dudar, de que remitiria á Tiberio la relacion de lo ocurrido con Jesus, tenido por el Mesias que los judios esperaban como á un libertador. Todos los gobernadores romanos tenian obli-

gacion de dar cuenta al emperador de cuanto notable ocurriese en las provincias que les estaban confiadas. En efecto existia en Roma este documento; y aqui principian los testimonios que en favor de Jesus y de los cristianos han dado los gentiles. San Justino, filósofo muy cercano al tiempo de Jesucristo, doctor, que residia de ordinario en Roma, que convirtió allí mucha jente, y padeció el martirio; disputó en esta ciudad con varios filósofos y en especial con el cínico Crescente. En sus disputas alegó, para probar los milagros de Jesucristo, la relacion enviada por Pilato á Tiberio. Desafió á aquel cínico á una disputa delante del Senado romano; desafio que no fué admitido. ¿Cómo se atrevia el santo mártir, á citar un documento, existente en los archivos del imperio, para probar la divinidad de la religion cristiano, sino fuera cierto? ¿Era posible, que en la misma Roma hiciese tal suposicion, disputando con hombres instruidos? ¿Se hubiera comprometido á un desafio delante del Senado mismo, en que iba á combatir con un

documento, que alli se suponía estar, que el Senado no podía ignorar, y que había de presentarse en la disputa, para ser leído y examinado? ¿Hubiera reusado Crescente una conferencia, en que podía confundir con la prueba de impostura á su contrario? Pero hay mas. San Justino escribió su segunda apología, y la dirigió al emperador y á todo el Senado. Habla de los milagros de Jesucristo: habla de los hechos portentosos de su pasión y muerte; y les dice: «Podeis certificaros de todo esto por las actas de Poncio Pilato.» ¡Las actas de Pilato! ¡un documento remitido por el gobernador de Judea al emperador: un documento conservado en los archivos públicos! ¿Es posible, que no habiendo tal documento, comprobatorio de los prodigios acaecidos principalmente en la muerte de Jesus, lo hubiera alegado San Justino, hablando con el emperador y el Senado?

No cita el mártir esa pretendida carta de Pilato á Tiberio, ni esos supuestos registros, en que se hacía un resúmen de la vida de Jesus. Tales documentos, que desde luego

pasaron por apócrifos, se creen compuestos por los cuartodecimanos y por los gentiles, el uno en el siglo 2.^o y el otro en el 3.^o, y se resienten ambos del espíritu con que se escribieron. Tertuliano afirma, que habiendo Pilato dado cuenta á Tiberio de lo ocurrido en la muerte de Jesus, el emperador quiso que se declarase su divinidad, á lo cual se opuso al Senado.

Flegon de Tralles, sábio que seguia la corte de Adriano, dice en sus Anales libro 13.^o que Nuestro Señor, que él confunde con S. Pedro, habia predicho varias cosas, las cuales habian sucedido, como las predijo. En sus Olimpiadas habla del oscurecimiento del sol y estraordinario terremoto, acaecidos en la muerte del Salvador, esto es, el año 4.^o de la Olimpiada 202.^a Talo, escritor gentil del siglo 1.^o en el lib. 3.^o de sus Historias Sirciacas, hace mencion de las tinieblas repentinas, que en el año 18.^o de Tiberio á mediodia oscurecieron la tierra. Este pasaje fué citado por Julio Africano, el primero de los historiadores cristia-

nos. Citó el pasaje en una obra de cronología, escrita con el objeto de convencer á los gentiles de la divinidad de nuestra religion, ademas de traer el testimonio de Flegon.

Tambien contra los gentiles citaron á Talo S. Justino, Minucio Félix, Lactancio y otros. Ya en otro artículo hemos hablado de Flegon y de Talo, de Macrobio acerca de la mortandad de los inocentes, de Calcidio, filósofo platónico del siglo 3.^o sobre la estrella y adoracion de los magos. Téngase presente que Macrobio dice, haber escrito sus Saturnales, por lo que habia leído en autores griegos y latinos; y que historiador romano del tiempo de Jesucristo no hay. Digo no hay, no porque no hubiera en Roma quien en aquel tiempo escribiese, sino porque nada ha quedado que sea respectivo á los acontecimientos del pueblo judio.

La huida de Jesus á Egipto, á consecuencia precisamente de la mortandad que causó Herodes, era cosa tan pública, tan sabida en los posteriores tiempos, que Celso y los judios tomaron de ella ocasion para suponer

que alli aprendió la májia. Porfirio tambien habla de esta huida, de que aprendió la májia, é hizo milagros. Tácito (Ann. lib. 15) dice, que Jesucristo fué supliciado siendo gobernador Poncio Pilato. Juliano (lib. 6 de sus Obras, páj. 191) y en otros lugares, de que S. Cirilo refutándolo, nos dá noticia, dice, que Jesus nada grande ha hecho, á no ser que se tengan por grandes acciones, curar cojos y ciegos, y arrojar los demonios de los posesos. Dice, que andaba sobre el mar: que S. Pablo escede á todos los magos é impostores: que los apóstoles ejercieron con mas habilidad que sus discípulos la májia, cuyos perniciosos secretos les dejaron.

La obra de un tal Evagrio del 6.^o siglo, titulada, «Consultas de Zaqueo y de Apolonio» obra de que Du-Clot hace mencion, refiere las palabras de este, que era filósofo gentil contra el primero, que era cristiano, en las cuales confiesa la curacion de enfermedades y las resurrecciones que hizo Jesus, y dice, que esto nada tiene de particular: que los magos dan vida á los muertos.

y los médicos curan á los enfermos; queriendo así eludir la fuerza de aquellos milagros.

Porfirio ademas de confesar los prodijios obrados por Jesus, le aplica muchos antiguos oráculos, y se espresa en estos términos: «Se tendrá por cosa muy estraordinaria lo «que vamos á decir. Los dioses mismos han «asegurado que Jesus era un hombre de bien, «cuya alma goza de la inmortalidad; pero «que los cristianos que le adoran, son hombres corrompidos y sumerjidos en el error. «Son, pues, aborrecidos de los dioses; porque tienen la desgracia de no conocerlos y «de engañarse groseramente; pero su gefe es «un hombre de bien, colocado en el cielo «con las almas virtuosas.» (S. Agust. de la ciudad de Dios, lib. 19, c. 23; Del consentim. ó concierto de los Evanj. c. 34).

¡Qué confesion de un filósofo el mas enconado enemigo del cristianismo, el mas instruido, el que habia convenido en que Jesus hacia milagros, viéndose en la necesidad de atribuirlos á la májia; el que vió tan clara-

mente anunciado á Jesus, y anunciados los grandes acontecimientos posteriores á su muerte en las profecias de Daniel, que recurrió al miserable efujio de suponerlas escritas despues de acaecidos!

Celso. que alcanzó el tiempo de los apóstoles ó de sus discípulos; que sabia el crédito que merecian aquellos milagros; que le sobaban la penetracion, la viveza y la crítica, conviene tambien en la realidad de los milagros, y tiene la debilidad de atribuirlos á májia. Igualmente que los de Jesucristo reconoció los de sus discípulos. Hierocles, filósofo gentil, gobernador de Alejandria en tiempo de Diocleciano, perseguidor acérrimo de los cristianos, confiesa, que Jesus dió vista á los ciegos é hizo otras maravillas; pero que los cristianos son unos nécios, pues lo miran como á Dios por esto, cuando solo deberian mirarlo como amigo de los dioses. Escribió una obra titulada *Philalethes*, en que para combatir á los cristianos opone los milagros de Apolonio de Tiana, cuya vida se escribió muchos años despues de su muerte; no hubo

testigos presenciales que depusieran de los pretendidos prodijios; y en fin, se escribió visiblemente aquel tejido de fábulas para contrapesar al evangelio, del que se imitaron los hechos narrados. Baile (Dice. crit. art. Beaulieu) asombrado de tal confesion, dice, que aquel filósofo no encontró cosa sólida que oponer á los milagros de Jesus.

Segun Arnóbio (cont. gent. lib. 4,) y Lactancio (Divin. mit. lib. 4, c. 13.), los gentiles en general confesaban los milagros de Jesucristo y los atribuian á la májia; y aun se citaba un oráculo de Apolo, que declara á Jesus por hombre sábio y obrador de prodijios. Volusiano escribió á S. Agustin, que para un Dios era poca cosa arrojar demonios, curar enfermos y resucitar muertos. El conde Marcelino dice de los paganos: «Siempre nos están hablando de Apolonio, Apuleyo y otros magos, que les parece han hecho mayores milagros que Jesucristo» (Aug. epist. 135 y 136). Los de los apóstoles fueron generalmente reconocidos; y asi se miraron los cristianos por Suetonio, Celso, Hierocles, Ju-

liano, Porfirio, Luciano y otros, como una secta de magos.

A confesiones de gentiles no convertidos, podemos juntar las de todos los que dejaron el paganismo, y abrazaron las austeridades del cristianismo, que no halaga á las pasiones, que exige sacrificios de toda la vida, que seria locura si no fuesen ciertos aquellos milagros. Un Centurion romano, un Dionisio Areopajita, un Lucas pintor y médico, un Senjio Paulo, procónsul de Chipre, un millon de hombres literatos que dejaron la mitología de los dioses, y se convirtieron en modelos de virtud y en los mas celosos y ardientes defensores del cristianismo, de los cuales los mas no escribieron libros, pero sí dejaron sellada con su sangre la verdad de los evangelios.

¿Creerán los impios, que faltaba en los enemigos que se sostuvieron, ó en los que cedieron á la fuerza del convencimiento, alguna de las dotes que se jactan nuestros filósofos de poseer? ¡Ridículo orgullo! En Porfirio, Celso, Juliano, Jámblico y demas, so-

braba la erudicion, hervia el encono, brillaba la penetracion, habia un celo ardiente, un teson infatigable; se entregaban á laboriosas é improbas tareas; tenian espíritu de discusion, paciencia para las investigaciones; nada les faltaba; todos los recursos para combatir los tenian en abundancia. Pero los hechos eran públicos, muy acreditados, y no habia el medio de negarlos, á falta del cual echaron mano de la májia para esplicarlos.

No menor prueba que los gentiles, ofrecen acerca de la certeza de los milagros de Jesucristo los herejes antiguos, que habiendo vivido en los tiempos apostólicos, y siendo interesados en negar los hechos del evangelio, pues llevaban la opinion de que Dios no podia padecer y morir bajo la forma de hombre; siendo enemigos de los apóstoles, pues luchaban contra su autoridad, estaban libres de toda sospecha, favorable á lo que aquellos santos varones predicaban y sostenian. No podian ignorar los hechos; debian negarlos, para hacer triunfar sus errores; y á pesar de todo esto, era tan irresistible la fuerza de

convicción respecto á los que narran los evangelistas, que se vieron precisados ó á negar la divinidad de Jesucristo y confesar los prodijios, ó á decir que estos solo se obraron en la apariencia, y confesar la divinidad.

Estas dos clases de herejes existieron entonces; y su confesion, arrancada por la fuerza de las pruebas, es un testimonio indudable de los milagros. En negando los hechos, y sosteniendo razonablemente su falsedad, ya tenian conseguido lo que querian; porque los hechos de Jesucristo son los comprobantes de su divinidad. Decir, que pasaron solo en la apariencia, es decir, que los primeros creyentes, que el pueblo, que ellos mismos tuvieron evidencia de tales acontecimientos, pero que su evidencia los engañaba; es, en una palabra, confesar la realidad, y no poder escapar de ella sino por medio de tan miserable efajio.

Simon Mago apareció en el año 34.^o, es decir, uno despues de la muerte de Jesus, y Simon vivia en donde se obraron los prodijios. Cerinto se presentó al mundo con su

herejia en el año 54: Ebion en el 72: Menandro en el 73: Saturnino siguió: Basíides tambien; apareció entónces la secta de los valentinianos, de los gnósticos y otros. Todos negaban la Encarnacion del Verbo; todos procuraron ó interpretar los evangelios. ó alterar los pasajes, que mas clara y terminantemente contrariaban su error. Por lo que S. Juan escribió entónces, y se esforzó á inculcar en su evangelio el dogma, que los cristianos defendian contra tales herejes; y hé aqui unos enemigos acérrimos de los ortodoxos, unos medio-cristianos, peores quizá que los gentiles, confesando á su pesar los prodijios, que estaban interesados en negar.

La multitud de libros apócrifos, que desde los primeros tiempos del cristianismo salieron á luz, es otro comprobante de los milagros del Salvador. Hubo muchos hombres que escribieron los hechos de este divino Maestro; y dando á sus libros el nombre de evangelio á imitacion de los auténticos, los supusieron, para hacerlos mas respetables, á S. Pedro, á S. Andres, á otros após-

toles. Se escribió un libro titulado, «Apocalipsis de S. Pedro;» otro que se conocia por «La doctrina de los apóstoles;» otro «el evangelio segun los hebreos.» Habia el libro del Pastor, que se cree, ser de Hermias, la carta de S. Bernabé etc.

Estos libros contenian una doctrina enteramente católica; hacian de los hechos de Jesucristo una relacion verdadera; pero no siendo de los autores, bajo cuyos nombres corrian, la iglesia no los contó en el cánón, y los escritores eclesiásticos los miraron como documentos interesantes, respetables por su contenido y faltos de autoridad.

Hubo tambien libros escritos visiblemente para apoyar errores de herejes, cuyos nombres llevaron en sus títulos; evangelio de los Basilidianos, de los Cerintianos, de los Valentinianos, Marcionitas, Simonianos, Encratitas, el de Apeles, el de Hesiquio, el de Luciano, el de Perfeccion, los de Judas, Felipe, Ebion etc. Todos estos libros ó eran notoriamente compuestos por herejes, ó eran los canónicos alterados en algunos pasajes,

para que sirviesen de apoyo á sus errores, lo cual no pudieron conseguir, porque los evangelios, desde el tiempo en que cada uno se escribió, las cartas canónicas, el Apocalipsis, los Hechos apostólicos se conservaban en todas las iglesias en sus primitivos ejemplares; y así desde que los herejes quisieron alterarlos, ó compusieron libros, que no estaban en armonia con ellos, fueron rechazados sus escritos, y los autores confundidos con el testimonio de la iglesia universal, con la mayor antigüedad que á todos constaba, con el respeto con que los auténticos fueron mirados y citados por los primeros padres y escritores eclesiásticos.

Se conservaban las dos cartas de S. Clemente Romano, discípulo de S. Pedro y San Pablo, en las cuales trae citas del evangelio de S. Mateo, de S. Marcos y S. Lucas; hablando en la primera dirigida á los de Corinto, como de unos pasajes que ya les eran conocidos, recordándoles tal y tal cosa que dice la Escritura; que dice el Evangelio. No cita el de S. Juan, porque aun no se habia

escrito. Conservábase la carta de S. Bernabé, que aunque se duda de su autor, convienen todos en que es del siglo 1.º; y S. Clemente de Alejandria y Orijenes la citan bajo el nombre de dicho apóstol. En ella se leen testos de S. Mateo y de S. Lucas.

Se leian las cartas del mártir S. Ignacio, discípulo del apóstol S. Juan, obispo de Antioquía, que habia visto á Jesucristo en carne despues de su resurreccion, segun él mismo afirma en la carta á los de Esmirna; y cita los evangelios, las cartas de S. Pablo y demas epístolas católicas.

Tenian á S. Policarpo, otro discípulo de S. Juan; á Papias obispo de Hierápolis su contemporáneo, que hablaba de los evangelios de Mateo y Marcos, existentes entónces; á Hermias discípulo de los apóstoles; á San Justino que escribió su primera apologia despues de la muerte del Salvador 117 años. muy poco tiempo despues de darse á luz el último evangelio; el cual hace mencion de los cuatro canónicos, los cita con los nombres de sus autores, y dice, que se leian en las

juntas de los fieles, y que los mas ancianos de su tiempo aseguraban, haberse hecho lo mismo cuando tenian poca edad.

Habia un Taciano, que aunque despues fué cabeza de los encratitas, jamás rechazó la autenticidad de los cuatro evangelios canónicos. Tenian á un S. Dionisio, obispo de Corinto, que hácia el año 171 escribió siete cartas, llamadas por Eusebio católicas, en las que defiende la fé, apoyándose en los cuatro evangelios y demas libros del Nuevo Testamento, que cita como de incontestable autoridad. Tenian á un Atenágoras, que seis años despues publicó una apolojía, y en ella y en su escelente discurso acerca de la resurreccion de Jesucristo, cita los cuatro evangelios, los Hechos, las epístolas y Apocalipsis. A un Teófilo del mismo tiempo, á un Irenéo, discípulo de S. Policarpo, que por aquellos tiempos decia, que los ebionitas se servian del evangelio de S. Mateo, Marcion del de S. Lucas, los Valentinianos del de San Juan, que admitian entero; y en fin, que los herejes mismos dan testimonio á los evan-

lios, y se sirven de ellos; por lo que fácilmente se les puede confundir con su misma autoridad.

Tenian á un Tertuliano, que probó la fidelidad de las iglesias en conservar los evangelios y demas escritos, iglesias fundadas por los apóstoles. Tenian á un Clemente Alexandrino, y antes y despues de este otros muchos escritores, que forman una cadena de testimonios, en que se afianzan en su integridad y pureza los evangelios desde el tiempo en que se escribieron; y asi no podia haber duda acerca de ellos; y los escritos de los herejes fueron desde luego mirados y calificados como merecian. Estos regularmente eran los mismos evangelio; mas ó menos alterados; v. g. el «de los encratitas» era la «armonia de Taciano» ó compilacion de los cuatro evangelios auténticos. Los de Hesiquio y Luciano eran revisiones de los cuatro auténticos, hechas sobre los manuscritos griegos. Los de Marcion y Apeles eran el evangelio de San Lucas con algunas omisiones. El de Basíides un comentario de los canó-

nicos, inficionado de errores, y así de los demas.

En todos aquellos escritos se confesaban los milagros de Jesucristo, como cosa pública, notoria, de que no se podia dudar.

El cumplimiento de las profecias del Salvador es un milagro que cierra este admirable conjunto de pruebas, y acaba de confundir á los incrédulos.

Los evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas y los Hechos apostólicos de este escritor despues de su evangelio, evidentemente fueron anteriores á la ruina de Jerusalem; pues todo cuanto en esta última obra se refiere, necesariamente supone la existencia de la ciudad, de los sacerdotes judios, del templo etc.; y sin que existiesen tales cosas, no se concibe como San Lucas podia escribir de aquella manera. San Juan que compuso su evangelio despues de la ruina de Jerusalem, omitió la profecia acerca de este acontecimiento, porque en un escrito posterior al cumplimiento perderia su fuerza.

Jesucristo anunció dicha ruina, cuando

los judios sometidos á Roma, no daban la mas leve señal de hacer una oposicion temeraria, loca, que habia de conducirlos á tan horrible catástrofe. Ademas, que ella tuvo carácter tan singular, y se desenvolvió con tales y tan raras circunstancias, que aunque estuviese ardiendo la guerra entre conquistadores y conquistados, era imposible prever todo lo que el Señor anunció. Pues todo fué cumplido al pié de la letra, y esto nos consta por autores no solamente cristianos, sino por un judio y por gentiles.

Jesucristo anunció su muerte, el suplicio en que la sufriria, el tiempo y todo lo demas respectivo á ella, y que asi como el trigo para que fructifique es menester que muera, asi su muerte es necesaria para que se consiga el fruto. Anunció, pues, el establecimiento y progresos del cristianismo por consecuencia de su ignominiosa muerte. Si se cumplió ó no su profecia, ya lo vemos.

Jesucristo anunció á San Pedro una debilidad, que no se hubiera publicado, á no ser cierta; anuncióle, que le negaria, y á pe-

sar de las protestas valientes del anciano apóstol, le negó. Anunció que Judas le vendería y le vendió. Anunció á San Pedro su martirio, y á los demas apóstoles en jeneral las persecuciones y muerte que sufrirían, y se nota una escepcion respecto á San Juan. San Pedro fué martirizado; los demas en diferentes tiempos, paises y maneras fueron perseguidos y muertos, y San Juan vivió largos años, aunque estuvo una vez espuesto á la prueba del martirio, y murió naturalmente.

Dice Jesus, que cuando seria levantado en la cruz, atraeria á todas las naciones; y muere, y todas las naciones corren á postrarse ante el Crucificado. Dice, que de Oriente y Occidente vendrian á sentarse con Abraham en los cielos, y que los hijos del reino serian arrojados á las tinieblas; y vemos, que los pueblos gentiles de Oriente y Occidente se hacen cristianos, y el escojido queda fuera en cuerpo de pueblo. Anuncia Jesucristo que vendrian falsos profetas é impostores en el tiempo de la ruina de Jerusalem, y Josefo

atestigua, que la Judea se llenó de falsos cristos y de ladrones. Anunció que habria guerras y sediciones; y desde la muerte de Nerón hasta la ruina de Jerusalem fué un periodo fatal, en que ardía la guerra civil, sostenida por Oton, Vitelio y Vespasiano, y las insurrecciones de Cesarea, Escitópolis, Tolemaida, Tiro, Gádara, Damasco y Alejandria aumentaron el desórden y el horror de aquella época, como puede todo verse en Josefo y Tácito.

Anunció grandes terremotos, pestes y hambre; y en el Asia, en Sicilia, en Calabria, Campania, Ponto, Macedonia, Acaya, segun Tácito, Plinio y Séneca, fueron innumerables ciudades destruidas por los terremotos; y Suetonio dá noticia de una peste, que en Roma en pocos meses quitó treinta mil vidas; y Tácito habla de otra peste que desoló la Campania, y segun Josefo la Judea sufrió tambien este azote: segun Tácito, Suetonio y Dion, bajo Claudio hubo dos hambres, una en Italia y Judea, y otra general.

Jesucristo anunció cosas espantosas y

extraordinarios prodijios, hechos que solo un Dios podia saber, y hechos que testifican Josefo y Tácito, tan contrarios en religion y en preocupaciones, y confirma el Talmud babilónico. Refieren aquellos historiadores y este libro rabínico, que antes del sitio de Jerusalem se vieron espantosos prodijios. Parecian ejércitos en el aire. Una luz repentinamente rodeó el templo y el altar. Las puertas del templo, que eran de bronce, y se necesitaban para moverlas veinte hombres, se abrieron por si mismas. Del santuario salió una voz terrible, que varias veces gritó: «salgámos de aquí.»

Anunció que antes de estas cosas los apóstoles serian presos, entregados á las sinagogas, encarcelados, perseguidos; y los Hechos apostólicos y las cartas canónicas atestiguan el cumplimiento. Anunció que la abominacion de la desolacion profetizada por Daniel se habia de verificar en el Santuario, y se verificó; pues fué profanado con los ídolos, que alli pusieron los romanos, con los asesinatos y sacrilejios.

Anunció que Jerusalem seria cercada por un ejército, y circunvalada de trincheras, y se verificó, como atestigua Josefo. Un muro de circunvalacion, guarnecido por trece torres, levantó Tito. Anunció, que Jerusalem seria hollada por los gentiles: que no quedaria piedra sobre piedra; y se cumplió á la letra.

Anunció que de sus habitantes unos serian pasados á filo de espada, y otros llevados cautivos por todas las naciones; y que seria tal la calamidad de aquel pais, cual nunca se habia visto; y Josefo, sin saber lo que hacia, usa de esta espresion: dice, que desde la creacion jamás se vió sufrir tanto una ciudad; y confirma todo lo demas que contiene el anuncio. Señala el periodo dentro del cual se verificaria todo esto, es decir, aquella generacion, y en ella sucede.

Anuncia, que los judios se verian reprobados, dispersos, cautivos, puestos á precio como cerdos, derramados por todas las naciones hasta la consumacion de los siglos, sin templo y sin sacrificio, ya remitiéndose á Da-

niel, ya ampliando por sí la antigua profecía; y que la nueva ley se establecería, y que no habia de faltar, y que estaría siempre con la iglesia, y que no prevalecería contra ella el infierno, y que siempre sufriría contradicciones; y ya vemos que el templo no se ha reedificado; que el sacrificio no se ha restablecido; que los judios viven dispersos y despreciados y aborrecidos; y fueron cautivos á Roma, y puestos en el mercado como los cerdos; y la iglesia se estableció; y ha sufrido y sufre contradicciones; y el infierno todavia no ha prevalecido contra ella; y llevamos ya cerca de diez y nueve siglos de luchas, de combates con todo el poder de los hombres, con toda la violencia de las pasiones enconadas, con todas las riquezas, con todos los recursos humanos, con toda la naturaleza corrompida; y la religion venciendo por todas partes, abatiendo el orgullo de los mortales, confundiendo á la faláz filosofia, reformando al pecador, estableciendo por todas las naciones las mas sanas doctrinas, echando los fundamentos de los mejores gobiernos, civi-

lizando á los salvajes, haciendo oír en los países mas remotos y en las selvas mas escondidas su dulce voz; siendo ya en fin proclamada por los mas sábios escritores; reconocida como necesaria por los mas hábiles estadistas; cantada por los mas escelentes poetas; presentada por los mas elocuentes oradores con toda su gala, con toda su pompa y augusta magnificencia; hallada por los verdaderos filósofos en sus admirables armonías con todas las instituciones humanas, está cumpliendo exactamente la profecía del divino maestro.

Con que los milagros de Jesucristo están sostenidos en escritos de aquel tiempo; publicados ante los pueblos que presenciaron tales cosas: predicados por los apóstoles y discípulos allí mismo en donde pasaron. Sirvieron para reconvenir á los sacerdotes y escribas, y para apoyar la acusacion de deicidio que se les hacia: fueron sellados con la sangre de los mismos predicadores, que no esperaban en este mundo ni podian esperar otra cosa, que persecuciones, desprecios, be-

fas, miserias, tormentos y la muerte; y si eran falsos los milagros, contaban con la condenacion eterna.

No podian estos apóstoles haber sido engañados, porque Jesus necesitaba de ellos para finjirlos; y hubo un Judas que desertó, y debia revelar la suposicion. No podian engañar, porque se hablaba de prodijios que pasaron ante los mismos pueblos á quienes se les predicaba; y eran tales, que en ellos no podia caber ficcion. Los muertos resucitados; los enfermos curados estaban presentes; un centenar de pueblos que experimentaron las tinieblas y espantoso terremoto atestiguaban los prodijios: de alli salian millares de millares, y abrazaban el cristianismo con toda su austeridad, con todas sus privaciones; y sufrían tormentos, y sellaban con su sangre el testimonio que daban de los milagros: todos testigos presenciales, todos sin esperanza de bien mundano; todos sufriendo persecuciones por sostener lo que decian; todos muriendo por la fé.

Los sacerdotes judios, los fariseos y es-

cribas, reprendidos por Jesucristo; desafiados, para que vieran que los profetas y la ley daban testimonio de él; reconvenidos con los prodijios que hacia; dándoseles por razon, que el árbol se conoce por su fruto y el hombre por sus obras: confundidos, cuando tomaban el esujio de atribuir al poder del diablo tales prodijios: teniendo á la mano á los muertos resucitados, á los enfermos curados: haciendo averiguaciones; practicando prolija investigacion de hechos y de circunstancias, especialísimamente respecto al ciego de nacimiento, no osan negar los milagros, que era el mas sencillo recurso, y el que habian intentado tomar, y al que en efecto acudieron, para impugnar el de la resurreccion, porque este no fué público: se confunden; sucumben al peso de la evidencia misma; y solo insisten, en que los hacia por el poder del diablo. por el secreto del nombre de Dios; y confiesan la realidad como lo dicen los escritores sagrados, que á la faz de ellos publicaban los prodijios, y por este irresistible comprobante convertian á millares de ju-

dios en la misma ^{Jerusalem}Jerusalem; como lo dice la Misna, en que se reunieron todas las tradiciones y doctrina, costumbres y ceremonias judáicas: como lo dice el Talmud gerosolimitano; como lo dice el babilónico; como lo confiesa el Toledot ó «libro de las generaciones:» como lo dicen autores particulares de aquella nacion; y aun se afirma, estar profetizado, que los malos atribuirian á májia los milagros del Mesias; y se previnieron contra el argumento sacado de tales hechos, diciendo que Dios tenia mandado observar la ley aunque viniesen falsos profetas, que para destruirla hiciesen milagros; como lo confiesa en fin un Josefo.

Se convierte Jairo, príncipe de la sinagoga, con quien Jesus obra un estupendo prodijio: se convierte José de Arimatea, hombre poderoso y principal: se convierte Nicodemo, miembro del gran Consejo de la nacion. Se convierte Pablo, perseguidor acérrimo del cristianismo, y emprende la vida mas pobre, mas inquieta y penosa; y desea morir por sellar la verdad del milagro que

motivó su conversión, y de los demas que con él se obraron y que él obraba. Se convierte Gamaliel, sábio maestro de aquel jóven fogoso y elocuente.

Los gentiles entran en masas numerosas al seno de la iglesia; un centurion romano, que se hallaba presente á la muerte de Jesus; un Paulo Serjio procónsul, un Lucas médico y pintor. Pilato envia las actas de la pasion y muerte á Tiberio, y en ellas confiesa los milagros; pues á este documento archivado en Roma se remite S. Justino en sus disputas con los filósofos, residiendo alli todos, y en la apolojía que dirijió al emperador y al senado. Flegon atestigua el cumplimiento de profecias, y uno de los principales portentos del Salvador. Talo asegura dicho prodijio. Macrobio y Calcidio hablan de otros milagros, y se remiten á escritores mas antiguos.

Celso, Porfirio, Juliano, Hierocles, Jámblico y demas filósofos enemigos de los cristianos, confiesan los milagros de Jesus y de los apóstoles, y los atribuyen á májia. Plinio,

majistrado romano, y otros escritores gentiles confiesan, que en el Ponto, en la Bitinia, en Siria, en Grecia, en Roma, en todas partes, la ciudad, el campo, el foro, el ejército están llenos de cristianos; solamente los templos de los falsos dioses no son visitados por aquellos, y se hallan vacíos de gente.

Se forma la famosa escuela de Alejandría: desertan los mas sábios filósofos de la Academia y del Liceo; los talentos mas sobresalientes, los ingenios mas vastos, los mas elocuentes oradores, los literatos mas llenos de erudicion de Grecia y de Roma, abrazan el cristianismo, y casi todos sufren el martirio por sostener la verdad de los prodijios, de que ó por pruebas irresistibles, ó por evidencia estaban convencidos. Se ve una lejon entera de héroes, llamada la Fulminante, en el ejército de Marco Aurelio. Se ve despues en el de Diocleciano y Maximiano la lejon tebéa, compuesta de seis mil campeones, que todos sufrieron el martirio; y en fin, de los gentiles se formó un numeroso pueblo cristiano, y los que quedaron hostilizando al

cristianismo, todos tenian que convenir en la realidad de los milagros.

Apenas se establece esta religion, entran en ella hombres mal convertidos, que se hacen enemigos de los apóstoles y de sus discípulos; que niegan la pasion y muerte del Dios-hombre; que por consiguiente se interesan en negar los milagros que acreditan la divinidad de Jesus. Un Simon Mago, un Cerinto, un Menandro, un Basilides, un Valentino, un Marcion y otros varios y sus discípulos. Pero tal es el peso de conviccion de los milagros, que se les hace irresistible: que sucumben bajo de él; y que decir tienen unos, que estos milagros no eran mas que aparentes; otros que el que los hizo no murió.

Ademas de los evangelios y epístolas canónicas se escriben muchos libros apócrifos, regularmente bajo nombres respetables. La iglesia los reconoce tales desde luego, porque los canónicos se conservaban incorruptos en todas las congregaciones; y se leian desde el principio en las juntas; y su autenticidad se afianzaba en esta misma universa-

lidad, en esta publicidad, en los padres y primeros escritores eclesiásticos, un S. Clemente discípulo de S. Pedro, un Bernabé, sea ó no de él la antiquísima carta que bajo su nombre corre, un Ignacio, discípulo de S. Juan, un Policarpo, condiscípulo de Ignacio, un Ireneo discípulo de Policarpo, un Papias, Hermias, Justino, Atenágoras, Dionisio de Corinto, Panteno, Tertuliano, Clemente de Alejandria, Orígenes y otros muchos.

Los libros apócrifos atestiguan tambien los milagros; aun los que alteraban la verdad de la doctrina los refieren. Los libros de los herejes vienen á ser ya compilaciones, ya extractos, ya variaciones de los evangelios canónicos: carecen desde luego de autoridad en la iglesia: sirven á congregaciones particulares, á las sectas, para quienes se escribieron, y con cuyos nombres suelen distinguirse. Pero todos hablan de los milagros; todos concurren á formar la mas grande, la mas invencible, la mas pasmosa y admirable prueba que verdad alguna ha tenido entre los hombres.

Milagros son tambien las profecias; y Je-

sucristo, como lo atestiguan los libros escritos y publicados y venerados á poco de su muerte, anuncia este acaecimiento, señala el tiempo, refiere sus circunstancias, y todo se verifica. Anuncia el establecimiento de la nueva ley, la conversion de los gentiles de Oriente y Occidente, es decir, de todo el mundo, al levantarse clavado en la cruz, la reprobacion del pueblo judio, la venida de un caudillo, la circunvalacion de Jerusalem con trincheras, las hambres, las pestes, los terremotos, las guerras, las sediciones, la profanacion del templo, la ruina de este y de la ciudad sin quedar piedra sobre piedra, la degollacion de una parte de los judios y cautividad de la otra, la cesacion para siempre de la hóstia y del sacrificio, la dispersion de aquel pueblo ingrato por toda la tierra, permaneciendo sin templo, sin sacerdocio, sin altar, aborrecido y despreciado, perseguido en todas partes hasta la consumacion del mundo; y dice, que aquellas cosas pasarán en la presente generacion; y que antes los apóstoles serán presos, encadenados, lleva-

dos á los tribunales, atormentados en las cárceles, muertos por causa de su nombre, y hace una escepcion respecto de S. Juan; y todo se verifica al pié de la letra, como nos lo dicen autores judios y paganos; y vemos hoy al cabo de diez y nueve siglos el cumplimiento de tales profecias, y el prodijioso establecimiento del cristianismo, que llena de admiracion al verdadero filósofo.

Este Jesus que tan grandes cosas hizo y otras tan grandes profetizó, vino en el tiempo anunciado por los profetas de la antigua ley: nació en el lugar señalado por ellos: fué adorado por unos magos, á quienes guió una estrella, como estaba anunciado: huyó á Egipto en brazos de su santa Madre, lo cual fué anunciado. Despues vivió en Nazareth, y de este modo, unos por injuria, otros porque de allí le consideraban, otros por espresar su santidad y consagracion le llamaron Nazareno ó Nazareo, como estaba anunciado. Vino al concluir el principado de la tribu de Judá, al salir de ella el cetro ó baston de tribu, como estaba profetizado. Descendió de David, de Juda, ep

Jacob, de Isaac, de Abraham, para que en la descendencia de este fueran benditas todas las naciones, segun estaba profetizado. Hijo de una Virgen, que para asegurar mas el crédito de su virginidad, se habia desposado, y tenia un celoso vijilante de su santa conducta; y esta virginidad estaba profetizada.

Vino en tiempo del segundo templo, que se hizo mas glorioso por su visitacion, como estaba profetizado. Fué legislador, rey eterno, gran sacerdote segun el órden de Melquisedech; fué juzgado, azotado, escupido, abofeteado; fué el poderoso en palabras y en obras, y el mas abatido de los hombres, varon de dolores, y que conoció el padecer. Fué la gran víctima, el cordero que quitaba los pecados, la realidad de lo que el cordero pascual figuraba, cuya sangre libró de la mortandad á los hebreos. Fué el José vendido por sus hermanos y adorado por ellos, el Isaac subiendo al Moria cargado con la leña para ser sacrificado por su padre. Fue coronado de espinas, despojado de sus vestiduras, las cuales se repartieron, sorteando la

túnica, todo con todas sus circunstancias como estaba profetizado. Fué puesto entre dos ladrones: se podian contar sus huesos: le dieron á beber hiel y vinagre: no le rompieron hueso alguno, segun se solia hacer con los ajusticiados. Los que sacrificaban esta gran víctima, quedaban manchados; y solo se podian purificar con la víctima misma; admirable y misterioso arcano de la vaca roja, descubierto á las claras en la muerte de Jesus. Al morir se oscureció el sol en medio del dia; se estremeció la naturaleza; todo como estaba profetizado. Fué sepultado; resucitó, y á consecuencia de su muerte, el pueblo que le negó, no fué mas suyo; los gentiles vinieron á abrazar la nueva ley; Jerusalem fué destruida; el templo sufrió la abominacion de la desolacion; cesaron la hostia y el sacrificio, y esta cesacion dura y durará hasta la consumacion de los siglos.

De manera que Jesus es el centro á donde vienen á parar todas las profecias desde los dias de la creacion; el punto en donde se reunen anuncios tales y tan variados; la

persona en quien se manifiestan tantos y tan opuestos caracteres. En él descansa la ley; en él paran las inspiraciones de los profetas: el mundo antiguo, el mundo de las revelaciones, de las figuras, de las sombras, de lo futuro, cae sobre él como sobre su centro; y allí se recoge, y allí acaba; é inmediatamente sale de sus ruinas el mundo de los milagros, el de la realidad, el de lo positivo, el de lo presente.

Jesucristo es el eje, que por un lado tiene al orbe antiguo, por el otro al moderno; en un extremo se columbra entre nubes la creacion, en el otro se mira con asombro entre horrores la destruccion: en aquel se percibe el caos ordenándose, en este el órden desquiciándose, como para volver al caos: hé aquí el eje, sobre el cual se revuelve toda la naturaleza.

Cada profecia es una centella, que desde algun punto particular de Sennaar, de Egipto ó de Canaan se dirige al Gólgota. Durante cuatro mil años el mundo yace en tinieblas; y solo de vez en cuando se ve ar-

der en la atmósfera alguno de estos metéoros, que iluminan mas ó menos, segun va pasando tiempo. Al cumplirse el plazo, el Gólgota arde; su llama sube al empíreo; y con el divino resplandor se ilumina toda la tierra. Jesucristo es por consiguiente el grande astro del mundo: el centro sobre que se mueve; el objeto de la religion; el maestro de la moral; el único bien, la felicidad suma; y fuera de él ni luz, ni verdad, ni poder, ni dicha encuentran los míseros mortales.

Todo cuanto hay prodijioso á él se dirige; y todo lo que de él sale, es prodijioso. Todo un puro milagro desde el momento de la creacion; porque todo tiende hácia él; todo se aplica por él; y sin él todo es confusion, incertidumbre, contradicciones, enigmas imdosisbles de esplicar.

Los milagros de Jesucristo, que entre los lójicos tienen las mas admirables pruebas, para los filósofos ocupan un lugar necesario en la naturaleza: son una rica fuente de armonías, de conveniencias morales, políticas, físicas y metafísicas; porque ellos prueban

una divinidad, que preside á todos los fenómenos del mundo inanimado y del animado de la materia y del espíritu.

FIN DEL TOMO II.